

¿Por qué no?



**Becca
Devereux**

Novela Romántica

¿Por qué no?

Becca Devereux

Queda prohibida, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de la obra sin la autorización expresa del titular del copyright.

© Por el texto: Becca Devereux

Esta es la historia de una mujer que no creía en el amor.

De un subinspector algo huraño apodado Mr. Gruñón.

Y de un chihuahua con aires de celestina.

Pero sobre todo es una historia de Amor, en mayúsculas. Así que se la dedico a todos los románticos empedernidos a los que como yo, les gustan las historias con finales felices, lloran con las películas románticas y creen en el amor. Espero que os guste.

Índice

- [1.Vivir la vida loca](#)
- [2.A toda pastilla](#)
- [3.El interrogatorio](#)
- [4.No es lo que parece](#)
- [5.No puede estar pasando](#)
- [6.No más sorpresas](#)
- [7.Risotto](#)
- [8.Un hombre de verdad](#)
- [9.Tiempo muerto](#)
- [10.Taquicardia](#)
- [11.Defensa personal](#)
- [12.El sargento de hierro](#)
- [13.Duele.](#)
- [14.No soy tan malo como parece.](#)
- [15.¿Tú de qué vas?](#)
- [16.Combustión.](#)
- [17.Mejor imposible.](#)
- [18.Combustión, II Parte.](#)
- [19.¡Mentiroso!](#)
- [20.El juicio](#)
- [21.Adiós.](#)
- [22.Mi celestina es un chihuahua](#)
- [23.Epílogo](#)

1. Vivir la vida loca

Me llamo Natividad, Nati para mis amigos. Y en esta vida hay dos cosas que tengo muy claras: el príncipe azul no existe, y el día de San Valentín es un invento de los grandes almacenes.

Carlos, o puede que se llame David, el tipo con el que acababa de acostarme, tiene tanto de príncipe como yo de princesa de película Disney. Pero eso es lo bueno de todo el asunto, por mucho que nos hayan vendido la historia contraria: *¡sorpresa! Las mujeres no necesitamos que ningún hombre venga a salvarnos.*

Me vestí a toda prisa, tratando de memorizar donde había dejado mis bragas anoche. Recordaba que Carlos o David, existía la pequeña posibilidad de que se llamara Ángel, me las había arrancado antes de tirarme en la cama. Las encontré en el pasillo y me las puse antes de que se diera cuenta. Luego recogí mis zapatos y caminé de puntillas hacia la puerta.

—¿Ya te vas? —su voz somnolienta me atrapó cuando tenía la mano en el pomo.

Me volví hacia él con cara de circunstancia, como si fuese una cría de ocho años a la que acababan de pillar haciendo una trastada.

—Llego tarde a trabajar —me excusé.

Era mejor así. Se suele decir que son las mujeres las que necesitan comprometerse, pero últimamente me encontraba con la versión que no te cuentan: la de los tíos que querían repetir. ¿Cómo las natillas? Argh, no, gracias.

—Llámame. Lo de ayer estuvo genial.

Pero no volverá a pasar, pensé para mis adentros.

—¿Me cogerás el teléfono si te llamo yo? —preguntó esperanzado.

Le di la callada por respuesta. David, se llamaba David, suspiró y se despezó en la cama. Tenía el típico bronceado de surfista, y el pelo rubio le caía sobre la frente. Calculé que rondaría los veintipocos.

—Cielo, me lo he pasado de maravilla contigo. Pero ahora estoy en un momento en el que me apetece estar sola.

No le expliqué que ese momento iba para largo. Que llevaba treinta y un años esquivando el compromiso porque adoraba mi vida tal y como estaba.

—Algún día te aburrirás de ir de cama en cama —me dijo, pero no parecía enfadado conmigo—. Adiós, Nati.

Me despedí de él lanzándole un beso y fui directa a las escaleras. Eso de aburrirse de ir de cama en cama es un mito. A mí me gustaba mi vida. Disfrutaba de mi independencia y de no tener que darle explicaciones a nadie. Puede que mis amigos y mi familia pensaran que al cumplir los treinta lo que me tocaba —por naturaleza y por algún tipo de ley social impuesta—, era sentar la cabeza y tener hijos. Pero a mí me traían sin cuidado aquellas estúpidas convicciones.

¿Pareja? ¿Descendencia? ¿Monovolumen? No, gracias. A Natividad García— mis padres se habían lucido con mi nombre, por cierto—, no la cambiaba nadie.

Llegaba tarde a trabajar. Hacía cuatro años que había montado con Tessa, mi mejor amiga, una cafetería justo debajo del piso que compartíamos. Ahora mi amiga llevaba saliendo casi un año con Héctor, se había mudado al piso de al lado con él y estaba embarazada de cuatro meses. ¡Lo que podía cambiar la vida en once meses y medio!

Me alegraba por ella, lo digo de corazón. Tessa era una romántica

empedernida a la que sus anteriores relaciones no habían tratado demasiado bien. Con Héctor había encontrado un hombre que bebía los vientos por ella. Y aunque la echaba de menos, algo absurdo teniendo en cuenta que vivía en el piso de al lado, tenía que admitir que jamás la había visto ser tan feliz.

—¡Menos mal que te has dignado a aparecer! —exclamó aquella mocosa de diecinueve años—. ¡Yo no puedo con todo! Mi hermana está con náuseas y se ha subido a descansar, y tú mientras tanto te escaqueas.

La que me hablaba como si el negocio fuera suyo era Tana, la hermana menor de Tessa. Era una pija repelente y mimada que se había peleado con sus padres. Desde que Tessa se había quedado embarazada, nos echaba un cable en la cafetería para pagar su parte de alquiler. Sí, mi queridísima amiga me había encasquetado a su hermana por una cuestión de generosidad entre amigos, como ella la llamaba.

—Son las diez y media —le dije, irritada por su dramatismo—. Llevas media hora sola y apenas hay dos mesas. Cómo se nota que no estás acostumbrada a trabajar...

Su rostro se tiñó de rojo y puso esa cara de indignación que me hacía tanta gracia.

—¡Encima! ¿Pues sabes qué te digo? Qué necesito un descanso, ¡estoy estresada! —se quejó.

Se fue directa hacia la puerta y cogió el bolso donde dormía Gucci, su chihuahua.

—¡Tana, ni se te ocurra...!

Demasiado tarde. En cuanto salió por la puerta, supe que era un caso perdido. Normal. Tana tenía diecinueve años y estaba acostumbrada a utilizar la tarjeta de crédito de su padre para pagarse todos sus caprichos. Aquel día

hablaría con mi amiga para explicarle que necesitaba a un empleado de verdad, y no a una chiquilla impertinente que se largaba a la menor oportunidad.

Hasta que vi a Tessa cruzando la puerta con expresión cansada. Todavía no se le notaba la barriga, pero por su gesto era evidente que el embarazo ya comenzaba a presentar sus primeros síntomas.

—¿Qué haces aquí? Deberías estar descansando. Tu hermana me ha dicho que estabas con nauseas —me preocupé por ella.

Tessa era una adicta al trabajo, pero no iba a permitir que su exceso de responsabilidad le ocasionara algún riesgo. Sabía lo mucho que deseaba tener ese hijo.

—Estoy de cuatro meses, ¡no soy una muñeca de porcelana! —bromeó de buen humor—. Además, ya me encuentro estupendamente. ¿Y mi hermana? ¿Ya se ha largado?

Cambié de opinión y decidí no preocuparla más de lo que ya estaba. Si le explicaba que Tana era un caso perdido, se empeñaría en llevar las riendas del negocio.

—Le he dado el día libre. Gucci se ha puesto malo y se lo ha llevado al veterinario. Ya sabes lo delicados que son los chihuahuas —me inventé sobre la marcha.

Me observó con los ojos entornados, tratando de discernir si le estaba mintiendo.

—Uhm... ya tienes esa cara.

Me la palpé para encontrar lo que supuestamente me delataba.

—¿Cuál?

—La de recién follada. Hija, no sé cómo no te cansas.

Me encogí de hombros, esbozando una media sonrisa.

—Ya sabes lo que dicen: el sexo, como el vino, una vez al día para fortalecer la salud.

—Te lo acabas de inventar.

—Puede —admití.

Tessa se echó a reír. Pese a mis intentos para que descansase, no toleró que la dejase al margen del negocio. Así que me limité a encargarme de las tareas más duras mientras le ofrecía la menor parte del trabajo.

Al menos la cafetería iba viento en popa. Nos había costado mucha dedicación y esfuerzo que el negocio prosperase, y los inviernos en Cádiz la clientela se reducía a la mitad. Pero éramos felices siendo nuestras propias jefas y nos daba lo justo para vivir. ¿Qué más se podía pedir hoy en día?

—Es la tercera vez que viene en esta semana —me explicó mi amiga, señalando al chico desgarbado que se sentaba en la mesa del fondo—. Me da que le gustas. Te mira de reojo siempre que puede.

En efecto, el joven, que todavía debía estar en el instituto, me lanzó una mirada tímida desde la distancia.

—Ay, qué mono. ¿Le ponemos Pepa Pig en la tele? —me burlé.

Señalé con descaro al hombre que había sentado en la terraza. Un tipo atractivo y corpulento. Con una espalda enorme y unos músculos que no se podían esconder bajo la ropa. Tenía una barba oscura y poblada que me impedía hacerme una idea de su rostro, pero algo me dijo que iría a juego con el cuerpazo de empotrador que se gastaba.

—Ese me gusta más —le dije.

Tessa puso los ojos en blanco.

—Anda, ya atiendo yo al chiquillo. Desde luego que...

Sonreí para mis adentros y me dirigí hacia el maromo de la terraza. Debía rondar los treinta y largos y a medida que me fui acercando me pareció más grande e intimidante. Tenía unos brazos enormes y unos ojos oscuros y enigmáticos. La barba le otorgaba un puntillo rudo. Genial. Un tipo duro, esos eran los que más me gustaban. Sobre todo cuando me empotraban sobre la encimera de la cocina mientras yo les arañaba la espalda...

—Hola guapo, ¿qué te pongo? —lo saludé.

Apenas levantó la mirada de la mesa para responderme.

—No me llames guapo, si no te importa. Y ponme un café con leche.

Me quedé bastante cortada por su respuesta. Pero bueno, menudo tío más antipático. Esperé durante unos segundos, por si acaso esbozaba una sonrisa y murmuraba que estaba de broma. Pero en vez de eso, me miró con cara de pocos amigos y añadió:

—Eso es todo, gracias.

Me di la vuelta y apreté la libreta con todas mis fuerzas. No me lo podía creer, ¿pero quién se creía que era? Cuando llegué a la barra, mi amiga me observó con interés.

—¿Qué te pasa? Traes mala cara.

—Nada, que los hay que nacen con un palo metido por el ...

Mi amiga comenzó a llorar de la risa, lo que me provocó otro conato de ira.

—¡Ay, que por fin te han rechazado! —exclamó emocionada.

—Ni me ha dado tiempo. No sé qué mosca le ha picado a ese tío, pero es un grosero. Solo estaba siendo amable —respondí indignada.

Intenté olvidar lo sucedido y me dije que no tenía importancia, aunque tuve que reconocer que en ese momento mi ego estaba por los suelos. Estaba acostumbrada a ser extrovertida y tomarme ciertas confianzas con los clientes, lo cual era bien recibido. Menudo soso.

Le llevé el café y lo deposité sobre la mesa.

—Qué le aproveche.

Me ignoró. A mí, a Natividad García, que era la alegría de la huerta y siempre entablaba conversación con los clientes. Sobre todo, con los que tenían ese aire de *aquí te pillo aquí te mato*.

—Se dice *gracias* —murmuré por lo bajini, incapaz de contenerme.

Se fijó en mí con expresión glacial. Madre mía, qué pena que fuera tan seco, porque bueno estaba un rato. Me crucé de brazos con arrogancia en espera de una respuesta más educada.

—¿No te han dicho que dejar en paz a los clientes es parte de tu trabajo? —me espetó.

Se me desencajó la mandíbula. ¡Menudo tío más desagradable!

—A los que son como tú desde luego —respondí malhumorada—. Y nadie me dice nada porque soy mi propia jefa.

—Pues ahí va un consejo; sé más profesional y no te tomes tantas confianzas.

¿Cooooo? Respiré profundamente. No me lo podía creer. Llevaba cuatro años trabajando en la cafetería y me había topado con clientes de todo tipo, pero aquel se llevaba la palma.

—Y si no te importa, me gustaría tomarme el café disfrutando de mi soledad —añadió con tono cortante.

Me costó algunos segundos comprender que me estaba echando. Al final, asentí con gesto avinagrado y me di la vuelta.

—Dudo que puedas disfrutar de ti mismo... amargado... —refunfuñé cuando me iba.

Intenté mantener la normalidad con el resto de clientes. Charlé animadamente con los más asiduos y seguí en mi línea. No iba a permitir que la opinión de un desconocido, a todas luces un grosero, me importara. Cuando pidió la cuenta con la mano, se la tendí a Tessa.

—Llévasela tú —le pedí.

Mi amiga me observó descolocada.

—Pero bueno, ¿tanto te ha impresionado ese tipo?

—¿A mí? ¡Tampoco es para tanto! Pero como se la lleve yo, se la lío —le advertí.

Tessa me la quitó de las manos.

—Pues ya se la llevo yo, rencorosilla.

Cuando regresó, lo hizo con una sonrisa de oreja a oreja. No pude con su cara de suficiencia, así que le pregunté:

—¿Qué pasa?

—Que nos ha dejado una considerable propina —me informó encantada—. ¿No será que te molesta que te haya parado los pies?

—¡No, si ahora la culpa es mía por ser amable! —aluciné.

Tessa soltó una carcajada y me dio una palmadita en el hombro.

—Ala... ala... ya está. A todos nos han rechazado alguna vez en la vida —me animó, para mi consternación.

Lo dejé estar porque se notaba que estaba disfrutando con la situación.

Quedaba una hora para el cierre y apenas había movimiento, así que le dije a Tessa que podía marcharse cuando Héctor pasó a recogerla.

—¿En serio?

—¡Qué sí!

Le guiñé un ojo a Héctor para que se la llevara de allí. Lo que es la vida. La primera vez que lo vi, supe que era la antítesis de lo que ella necesitaba. Un tipo mujeriego al que se veía venir de lejos. Tenía que admitir que al final Héctor me había callado la boca, porque estaban hechos el uno para el otro.

Cuando se fueron, terminé de atender a los últimos clientes y me puse a rellenar el lavavajillas. Jaime, un amigo de mi hermana, se acercó a la barra cuando estaba a punto de echar el cierre. Llevaba varios días evitándolo porque sabía que liarme con un amigo de mi hermano me acarrearía muchos problemas.

—No me lo digas; te has puesto así de guapa para que yo lo pase mal —me dijo, con su habitual tono provocador.

—¿Y cómo sabía que vendrías? —lo contradije con una sonrisa.

—Porque no falto ningún día. Soy demasiado previsible.

Me mordí el labio. Jaime tenía mi edad e iba buscando lo mismo que yo. ¿Por qué no? Lo que más me apetecía en ese momento era olvidarme del maleducado de la terraza.

—Un poco previsible sí que eres —concedí.

—Entonces, ¿me dejas invitarte a una cerveza?

—¿Tienes que invitar tú?

—Si eso implica que te vas a negar, pagamos a medias —se inclinó

sobre la barra y me rozó la muñeca. Me dedicó una sonrisa seductora—. Venga, no me digas que no.

Fui a responderle cuando sonó mi teléfono. Era Tana. Supuse que era para disculparse por haberse tomado el día libre. ¡Pues se iba a enterar! Me disculpé con Jaime y descolgué para cantarle las cuarenta, pero su voz de histérica me impidió articular palabra. Hasta que rompió a llorar.

—¿Quéeeeeeeeeeeeeee? —chillé asustada.

¿Por qué esa cría no podía dejar de meterse en líos? Uf... ahora me tocaba ir a mí a salvarla.

2. A toda pastilla

Tana se había ido a reflexionar al barrio más chungo de la ciudad. Muy propio de ella. Cuando aparqué el coche, me la encontré temblando en una esquina y con la cara llena de churretes. Apenas me dio tiempo a abrir la puerta y ella se lanzó a mis brazos llorando a moco tendido.

—¡Dios mío, menos mal que has venido! ¡Qué horror, un tipo ha sacado la cabeza por la ventanilla y me ha invitado a subirme dentro mientras se señalaba sus partes nobles! ¿Te lo puedes creer? —me dijo, entre la estupefacción y la indignación más absoluta.

—¿A quién se le ocurre venir hasta aquí? —le recriminé—. Este es un sitio muy peligroso, Tana.

Obvié decirle que era uno de los puntos clave de negocios ilegales que estaba en jaque de la policía.

—¡Iba andando y me he despistado! ¿Cómo lo iba a saber? —se hizo la víctima.

Normal. Tana se había criado en una mansión a las afueras de la ciudad. En realidad conocía poco Cádiz, excepto por los centros comerciales y la playa.

—Bueno, será mejor que nos vayamos antes de que...

—¡Nooooooooooooooooo! —gritó, rebuscando como una histérica dentro de su bolso de cuatrocientos euros—. ¿Dónde está Gucci? ¡Hace un momento estaba aquí! ¡Pequeñín, bonito!

Comenzó a llamarlo a voz en grito. Genial, estaba anocheciendo y no había un alma en la calle. Eso era justo lo que necesitábamos para llamar la atención. Le tapé la boca con una mano.

—¡Cállate! No habrá podido ir muy lejos.

Aparté la mano, no sin antes dedicarle una mirada de advertencia.

—Pero... —balbuceó—. Es un perrito muy inocente. ¿Y si alguien lo coge y...?

Hizo un puchero y las lágrimas resbalaron por sus mejillas. Suspiré. ¿Por qué tenía que hacerme cargo de esa cría? Porque Tessa estaba embarazada y no quería que se llevase ningún disgusto.

Miré de arriba abajo a Tana. Llevaba unos tacones imposibles y una ropa demasiado llamativa. No era buena idea que se paseara de esa guisa por aquel sitio.

—Métete en el coche y echa el pestillo. Seguro que Gucci se habrá escondido cerca. Ahora vuelvo —le dije.

—¡Ten cuidado! —me suplicó.

Anda que iba a decir que me acompañaba. En fin.

Busqué al perro por todas partes. No quería llamarlo para no hacer ruido, así que miré debajo de los coches y crucé la primera calle. Tana y Gucci estaban hechos el uno para el otro. Tenían mal genio, estaban consentidos y tenían una carita tan adorable que en el fondo no se les podía negar nada.

—Pssshhh, Gucci... —susurré—. Es hora de ir a casa. Te daré salchichas.

Escuché el inconfundible golpeteo de unas uñas sobre el suelo. Ajá, era nombrar la palabra *salchichas* y aquel bribón venía corriendo. Vi su cola tras un contenedor de basura, así que fui rápida y me agaché para atraparlo antes de que se largara. Solté un alarido al ver que era una rata. La rata se puso de pie sobre sus patas traseras y me enseñó los dientes. Presa del pánico,

hice lo primero que se me ocurrió: me subí encima del contenedor y cuando la rata trepó para alcanzarme, me encaramé al muro que separaba la calle y salté sin pensármelo. Aterricé sobre un montón de basura que amortiguó mi caída. Rocé con el pie lo que en otra vida fueron los restos de un sándwich y me levanté asqueada, limpiándome como pude.

Tana me las iba a pagar. Perdí la paciencia y llamé al perro. Quería salir de allí cuanto antes.

—¡Gucci! ¡Ven aquí, pequeñín! Nos vamos a casa.

No obtuve respuesta, así que avancé a tientas por aquel callejón cada vez más oscuro. Llamé de nuevo al perro y atisé a oír el sonido de unos pasos. Eran pasos de persona. Me estremecí y pegué la espalda contra la pared.

—¿Es esto lo que buscas? —una voz masculina emergió de entre las sombras.

Un hombre con una cicatriz horrorosa en el ojo izquierdo avanzó hacia mí. Llevaba a Gucci en brazos, que temblaba asustado. Me dio mala espina de inmediato. Pero supe que estaba en un aprieto de verdad cuando observé el cuchillo ensangrentado que portaba en la mano derecha.

¿Le había hecho daño al perro? Lo mataría con mis propias manos de ser así. Ya averiguaría la forma, por cierto. Pero tras examinar de lejos a Gucci, comprendí que no tenía ningún rasguño. Unos metros por detrás del hombre, vi que había un tipo lleno de sangre y con el rostro pálido. Parecía dormido o...

Se me cayó el alma a los pies y estuve a punto de desmayarme de la impresión. Hilé los hechos en cuestión de segundos. Un callejón sin salida. Un tipo armado. Otro... sin vida.

Una mueca maliciosa se formó en el rostro del hombre. Desvió la mirada hacia el cadáver, y luego la posó en mí con una sonrisa asquerosa. Me puse a temblar y noté que me sudaban las manos. Estaba perdida.

—¿Conoces el dicho: estar en el lugar equivocado en el momento equivocado? —murmuró, con un brillo perverso en los ojos.

Intenté buscar una salida. Mi única opción era rehacer mis pasos y encaramarme a la tapia antes de que me alcanzara. Pero me doblaba el tamaño y tenía que recuperar al perro.

—¿Qué hace una preciosidad como tú en un sitio como este?

Avanzó hacia mí y retrocedí por puro instinto.

Piensa, me dije.

—Me he perdido —le dije, intentando darle conversación mientras manejaba mis opciones.

Me había dejado el spray de pimienta en el coche. Genial, Nati. ¿Para qué quieres un spray de pimienta si no puedes usarlo en situaciones como aquella? Recordé las nociones que había aprendido en mis clases de defensa personal, pero de repente me resultaron imposibles de ejecutar contra un tipo que medía casi dos metros. Estaba aterrorizada.

—Vaya... vaya.... Caperucita se encontró con el lobo...

—¿El lobo eres tú? —insinué, echándome hacia un lado.

Imitó mi movimiento.

—Este granujilla no tiene pinta de ser ningún lobo —se mofó, tirándole del pelo a Gucci. El chihuahua chilló de dolor—. Y el tipo de ahí detrás no respira. Así que sí, Caperucita, yo soy el lobo.

Estrujó con aquellas manazas al perro, que volvió a chillar.

—¡No lo toques! —le supliqué angustiada.

—Si tanto lo quieres, ven a por él. Tranquila, no te haré daño.

Estaba mintiendo. En cuanto me acercara, estaría perdida. Pero no podía dejar a Gucci a expensas de aquel animal. Así que fingí que me acercaba mientras me retorció las manos con nerviosismo y ponía cara de buena. Eso también lo había aprendido en las clases de defensa personal: fingir delante de tu adversario que no eras ninguna amenaza, y aprovechar la menor oportunidad para atacar.

—Yo... no he visto nada... no diré nada... —musité, extendiendo las manos para que me diera al perro.

—Oh, preciosa, seguro que podemos llegar a un acuerdo.

Se llevó la mano al paquete y se frotó con una mueca cargada de lascivia. Tuve que reprimir una arcada.

—Primero déjalo en el suelo y luego... luego llegaremos a ese acuerdo —acepté, y me mordí el labio para ejecutar mi papel—. ¿A dónde voy a ir? No soy ninguna amenaza.

El hombre soltó una carcajada y me repasó de arriba abajo.

—Eso desde luego.

Se agachó para depositar al perro en el suelo, así que aproveché ese momento de flaqueza para actuar. Eché el brazo hacia atrás y utilicé mi codo, como me habían enseñado, para darle un golpe fuerte en la nariz. El hombre soltó un grito y se dobló por la mitad, así que le propiné una patada en la entrepierna y agarré a Gucci, echando a correr hacia el muro.

—¡Serás hija de perra! —resolló.

Mi ataque apenas logró desestabilizarlo lo suficiente para que me diera tiempo a saltar y encaramarme a la tapia. Me costó mucho trabajo

porque el montón de basura no era una superficie estable y tenía agarrado a Gucci con la mano libre. Cuando alcancé el borde de la pared, una mano me agarró el tobillo.

—¡Ven aquí, zorra tramposa!

Pataleé con todas mis fuerzas y logré atinarle en la boca. Soltó un gruñido. Eché la pierna izquierda por encima del muro y apreté a Gucci contra mi pecho.

—¡Quieta o te pego un tiro!

Me quedé paralizada de golpe. Con medio cuerpo colgando, eché la cabeza hacia atrás y vi que me estaba apuntando con una pistola. Se limpió el rastro de sangre de la comisura y me dedicó una mirada cargada de odio. Gucci tembló contra mi cuerpo y escondió la cabeza dentro de mi camiseta. Me hice a la idea de que moriría tirada en un callejón sin salida. Puede que el chihuahua corriera la misma suerte que yo a manos de aquel criminal.

No sé lo que me empujó a saltar sobre el contenedor. Solo que cuando lo hice escuché un disparo en el momento que aterricé con el hombro. Ni si siquiera me acordé de la rata. Convencida de que seguía mis pasos, eché a correr como alma que lleva el diablo y quise llorar de alegría al ver que el coche y Tana seguían allí.

—¡Te mataré! —lo oí gritar a mi espalda.

Tana me abrió la puerta y me tiré en el asiento del conductor. Gucci aterrizó en su regazo y yo eché el pestillo. En medio segundo, encendí el motor y pisé el acelerador hasta el fondo. El acelerón impulsó a Tana contra el resguardo del asiento.

—¡Pero qué haces!

Se escucharon unos tiros y ella comenzó a berrear. Empujé su cabeza

hacia delante mientras conducía todo lo rápido que podía.

—¡Agáchate! —le ordené.

Tana abrazó a Gucci y me miró atónita.

—¿¡No están disparando!?! —creo que estaba a punto de sufrir un infarto.

—¡Tú qué crees!

—¡Pero por qué nos disparan!

—¡Porque he sido testigo de un asesinato! —le expliqué, respirando con dificultad.

Giré en una curva y las ruedas traseras derraparon. A Tana se le iban a salir los ojos de las cuencas. Eché un vistazo por el espejo retrovisor para comprobar que no nos seguían. Suspiré aliviada, pero no aminoré.

—¿Qué miras? ¡Crees que no están siguiendo! —se asustó, y se agazapó en el asiento.

—No lo sé. Creo que no.

—¡Crees que no! ¿Pero quién eres, Chuck Norris?

—¡Todo esto es culpa tuya! ¡Me he jugado la vida por salvar a ese chucho! —le eché en cara.

—¡No es un chucho! ¡Tiene pedigree! ¡Es un chichuahua cabeza de manzana!

—¡Por mí como si es Lassie!

Tana comenzó a llorar y yo sentí que se me llevaban los demonios. Había sido la situación más intensa y surrealista de mi vida. La adrenalina me recorría las venas y el pulso me martilleaba las sienas.

—Tenemos que ir a la policía —determinó, echando un vistazo por la

ventanilla para comprobar que no llevábamos ningún coche detrás.

—Es la primera vez que dices algo coherente en todo el día —le di la razón, conduciendo hacia la comisaría más cercana.

3. El interrogatorio

Llegué a la comisaria conduciendo a toda pastilla y aparqué derrapando como si fuera El Vaquilla. Tana todavía seguía hiperventilando y Gucci, que enseñaba los dientes, estaba a punto de convertirse en el perro del exorcista.

—Calma a ese bicho —le pedí.

—No es ningún bicho. Es un chihuahua de pura raza. El pobre está un poquito nervioso por culpa de tu numerito automovilístico con tiroteo incluido.

—¡Mi numerito! —bramé fuera de mí—. ¡Casi me matan por su culpa! Por no hablar de tu puñetera excursión al barrio más chungo de la ciudad. ¿Qué tienes, quince años? O quizá la edad mental de un cacahuete. Apuesto a que en tu mundo el mayor peligro que puedes correr es que papi te corte la tarjeta de crédito.

Tana apretó a Gucci contra su pecho e hizo un puchero. Me masajeeé las sienes y recé para que no rompiera a llorar, justo lo que menos necesitaba en ese momento. El primer alarido me taladró el tímpano, y el segundo sollozo se me clavó en el cerebro como la música de espera que te ponen cuando llamas a la compañía telefónica. *Genial*. Apoyé la cabeza sobre el volante y suspiré mientras pensaba: *Señor, ¿por qué a mí?*

—Cuando te calmes, entramos a la comisaría. Teniendo en cuenta que nos estaban persiguiendo, te doy un margen de un minuto —le dije.

De repente, se le descompuso la expresión y sus ojos oscuros se abrieron de par en par.

—¿Nos meterán en protección de testigos? Y viviremos de ciudad en ciudad, como en ese capítulo de los Simpson donde los persigue el actor

secundario Bob. ¿Y si ese desalmado nos da caza hasta dar con nosotras y...?

—Has visto muchas películas —la corté irritada—. Además, tú ni siquiera le has visto la cara.

Se le iluminó la expresión de puro alivio.

—¡Es verdad! ¡No le he visto la cara! ¡Tú eres la que estás en peligro! —hubo tanto alivio en su voz que contuve el deseo de estrangularla—. ¿Llamamos a mi hermana? Para ponerla sobre aviso.

—¡Ni se te ocurra! —le advertí. Lo que faltaba, que Tessa se llevara un susto en su estado.

Cuando Tana se tranquilizó y estuve segura de que no le daría un jamacuco, entramos a la comisaría y todas las miradas se posaron en nosotras. No es de extrañar, imagínate la escena: una veinteañera con el maquillaje corrido, un chihuahua tembloroso que no paraba de ladrar, y una mujer con más malas pintas que la bruja rubia de Hocus Pocus.

Agarré a Tana del brazo y la empujé hacia el mostrador, donde relaté atropelladamente lo que nos había sucedido. Cuando acabé, el policía me miró con el ceño fruncido.

—Señora, ¿es una broma?

—¡Pero qué broma ni qué leches! —estallé, y Tana me apretó el codo—. ¡He estado a punto de morir! ¡Mire los agujeros de mi coche! ¡Y encima me llama señora! ¡A mí!

El policía carraspeó incómodo y se rascó la barbilla.

—Usted perdone, pero es una historia un tanto rocambolesca... —dio un golpecito a su libreta—. Entonces, intentaba salvar a su amiga cuando el sospechoso...

—¡Nooooo! —lo interrumpí irritada—. Estaba buscando al perro

cuando me topé con ese desalmado. ¿Es que no ha escuchado nada de lo que le he dicho?

—Y dice que la amenazó.

—Así es. Ese asesino se abalanzó sobre mí, pero conseguí escapar por los pelos.

—¿Cómo sabe que era un asesino?

Puse los ojos en blanco.

—¡Por el cadáver, ya se lo he dicho!

—¿Pero sabe si estaba muerto? ¿Le tomó el pulso?

—¡Estaba escapando de ese tipo! ¿Cómo iba a tomarle el pulso? ¿Qué quería que hiciera, decirle: “*disculpa un momentito, que voy a cerciorarme de que te lo has cargado*”?

—Señora, tampoco se ponga así.

Lo fulminé con la mirada.

—Me pongo como me da la gana —me defendí airada.

—No me falte el respeto. ¿Sabe usted que hacerlo constituye un delito contra la autoridad? —me advirtió en tono serio.

—¿Y matar qué es, una falta leve?

—Nati... —me susurró al oído Tana—, cálmate...

—¡No, no me calmo! Acabo de escapar de un desalmado que ha asesinado a un hombre, me han perseguido, han disparado a mi coche, y ahora...

Se me nubló la vista y me sobrevino un mareo. Me agarré al mostrador y escuché la voz distorsionada de Tana. Abrí la boca y sentí que me faltaba el aire. Segundos después lo vi todo negro.

Lo primero que sentí cuando volví a la vida fue un olor muy agradable. Una mezcla de perfume y gel de baño que me dejó atontada por unos instantes. Escuché voces a mi alrededor, y luego algo me acarició la mejilla.

—Señorita, ¿se encuentra usted bien?

Balbuceé una especie de sí mientras trataba de abrir los párpados, que en aquel momento me pesaban una tonelada. Entorné los ojos y atisbé una mata de pelo oscuro. Fruncí el ceño y me aparté desconcertada, pero unas manos autoritarias me lo impidieron y me sujetaron las mejillas.

—No se levante con brusquedad. Vamos a llamar a un médico para que la examine —dijo la misma voz masculina.

—¡No! De verdad, me encuentro bien —repuse, tratando de ponerme en pie.

El hombre me tendió la mano y me ayudó a levantarme. Cuando lo miré a la cara, me encontré con el desconocido huraño de la cafetería y no pude disimular mi sorpresa. Si él también la sintió, la enmascaró a la perfección con aquella expresión distante a la par que solícita. El uniforme de policía, que se ceñía a aquel cuerpazo de metro noventa, me dejó bastante claro qué estaba haciendo allí.

—¡Pero se encontraría mejor si su compañero nos hubiera tratado con más tacto! —bramó indignada Tana—. ¡Qué hemos venido a denunciar un asesinato!

El maromazo de metro noventa miró a mi amiga durante medio segundo, luego a mí de reojo y no tuve ni idea de qué se le pasó por la cabeza.

—En primer lugar, señorita, el perro no puede entrar en comisaría —le espetó.

Tana se puso roja de ira.

—P-pero Gucci no es...

—En segundo lugar, no interrumpa a la autoridad —la cortó, dejándola con la palabra en la boca. Y luego se volvió hacia mí con expresión helada—. Y usted, acompáñeme si no le importa.

Creo que hubiera tenido que acompañarlo me importara o no, pero por si acaso no dije nada. Antes de entrar a su despacho, leí la placa que había en la puerta: subinspector Pablo Picasso. Obvié la coña y pasé dentro. Me hizo un gesto bastante seco con la cabeza para que tomara asiento. Durante unos minutos, se limitó a leer lo que supuse que había sido mi declaración con el anterior agente. A pesar de su aparente frialdad, de vez en cuando arrugaba el ceño y ponía cara rara. Normal. Aquello parecía sacado de una película de sobremesa. Cuando por fin me miró a la cara, me estudió con detenimiento hasta sacarme de mis casillas.

—Bueno, ¿qué? —enarqué las cejas—. ¿Me va a hacer algunas preguntas o me puedo ir ya?

—¿Qué tal se encuentra? —la pregunta me pilló desprevenida.

A pesar de su evidente tono formal, me dio la sensación de que el subinspector Pablo Picasso —telita con el nombre, por cierto—, lo preguntaba en serio. Como si de verdad cupiera la posibilidad de que bajo aquella fachada de sieso existiera un corazoncito.

—Pues... bien, supongo —me encogí de hombros.

Fijó aquellos ojos oscuros y penetrantes en mí y de nuevo me hizo sentir incómoda, algo totalmente absurdo teniendo en cuenta mi dilatada experiencia con el sexo contrario. Para desarmar a Natividad García hacía falta algo más que una miradita intensa.

—Acaba de sufrir un desmayo, consecuencia probable de un ataque de ansiedad. No hace falta que se haga la dura, señorita García.

Su tono paternalista me sacó de mis casillas.

—¿Ahora es médico?

—No, pero le reitero mi ofrecimiento de llamar a uno.

—Y como ya le dije antes, no hace falta. Me encuentro perfectamente.

Entrelazó las manos y apenas movió un músculo de su cara. ¡Una moneda por los pensamientos de aquel hombre!

—La veo un poco... nerviosa —me corrigió con voz suave.

—Una no se enfrenta todos los días a algo así. Y si no tiene más preguntas que hacerme aparte de mi estado de salud, que como ya le he dicho es perfecto, me voy porque soy una mujer ocupada —hice ademán de levantarme.

—En realidad sí que las tengo, así que si no le importa vuelva a sentarse y permítame hacer mi trabajo —me pidió con cierta irritación.

—Pues haber empezado por ahí... —murmuré por lo bajini, pero lo suficiente alto para que me oyera.

El subinspector se recostó en la silla y se cruzó de brazos. Al hacerlo, sus bíceps se transformaron en dos melocotones. *Guau*. Pues vaya con el Sr. Picasso, ¡sí que estaba fuerte! Por si acaso, miré hacia el suelo con cara de aburrimiento.

—Espero que nuestro encontronazo en la cafetería no le impida que yo le tome declaración —me soltó, y asomó a sus labios una sonrisa sarcástica.

Me puse roja y apreté los puños. ¡Cómo se atrevía! Encima me lo restregaba por la cara. Grrrr.

—Ah, ¿pero nos conocemos? A los estirados con el ego por las nubes los olvido pronto.

¡Ja! ¿Y ahora qué? Casi sentí la necesidad de aplaudirme a mí misma por aquella respuesta. Nati 1, Pablo Picasso 0.

—Dudo que a mí hayas podido olvidarme —respondió sin perder la sonrisa—. Se te ve un poco resentida. Tranquila mujer, seguro que habrá algún cliente que tolere tu coqueteo descarado.

Sentí que me hervía la sangre y tuve que contener el irrefrenable deseo de borrarle aquella sonrisa de suficiencia de la cara de un puñetazo. En lugar de ello, inspiré profundamente y clavé las uñas en la silla.

—Bastantes. En esta vida no todo van a ser amargadillos como tú —le espeté.

El subinspector apretó la mandíbula y se dejó de bromas. Regresó a él la pose profesional y estudiada y comenzó a hacerme preguntas. Tuve que reconocer que se lo tomó más en serio que su predecesor. Cuando acabó, llamó a un retratista al que le dije todas las características que recordaba sobre el hombre que me había atacado. Finalmente peritaron mi coche y suspiré aliviada. Ya podía largarme y olvidar lo sucedido.

—Natividad —me llamó la voz del subinspector a lo lejos.

—Nati, nadie me llama así —lo corregí ofuscada. Detestaba mi nombre con todas mis fuerzas. Sonaba a octogenaria, y no a la mujer moderna y empoderada que era.

—Natividad —repitió, y estuve convencida de que lo hizo para sacarme de mis casillas—. Hasta que demos con el sospechoso, lo ideal sería que tuviese cierta precaución.

—¿Insinúas que puedo estar en peligro? —dejé de tutearlo y me

sobrevino un ramalazo de pánico.

—Ha dicho que le vio la cara. No quiero alarmarla, pero sería conveniente que no utilizase su coche. Con los agujeros de bala es bastante llamativo.

—Claro, cogeré el Mercedes que tengo aparcado para emergencias — ironicé.

—No estoy bromeando, Señora García.

Un momento, ¿acababa de llamarme señora? ¡A mí, que tenía treinta y un años y el culo más duro que una tabla gracias a mis cincuenta sentadillas diarias! ¡Menudo impresentable!

—Yo tampoco. Así que me lo puedes ir aclarando. ¿Hago vida normal, o me compro una pistola por si las moscas?

La mirada del subinspector se endureció. Ahora empezaba a cabrearse. Por mucho que tratase de disimularlo, se veía a leguas que su mayor virtud no era la paciencia. Lo noté en la tensión de su mandíbula y en aquel ceño fruncido.

—Ni una cosa ni la otra. Sea cauta, responsable y avise a la policía si nota que la siguen. ¿Es muy difícil para usted, o se lo apunto para que se lo aprenda?

—Lo suyo no es el trato social, por lo que veo —respondí, con las mejillas encendidas. Acababa de tratarme como una imbécil, y lo peor es que empezaba a sentirme así—. Y de tratar a una mujer mejor ni hablamos.

—A las mujeres las reconozco cuando las tengo delante. A las crías inmaduras se las dejo a otros con más paciencia —me soltó sin despeinarse.

Me levanté con tanta violencia que tiré la silla de espaldas. De un manotazo, arrojé una pila de carpetas al suelo y grité con voz de histérica:

—¡Mire lo que hace esta cría inmadura, subinspector de pacotilla!

Respiré como si fuese a darme un infarto. Luego me pasé las manos por el pelo y recogí mi bolso, que se había caído al suelo con la silla. Cuando fui consciente del estropicio que acababa de formar, levanté la cabeza y erguí la espalda. Pablo Picasso me miró como si quisiera saltar el escritorio y estrangularme con sus propias manos. Había papeles por todas partes, y calculé que le llevaría un buen rato ordenar aquello.

¿Qué hacer cuando te llaman *cría inmadura*? Comportarte como una. Bravo por ti, Nati.

Como disculparme ante aquel capullo estaba descartado, puse cara de sentirme orgullosa, apreté el bolso y me largué de allí. Aún sentía la mirada del subinspector sobre mi nuca cuando cerré de un portazo.

4. No es lo que parece

Lo sucedido con el subinspector me tuvo cabreada durante cuatro días. Evidentemente no se lo conté a Tessa, que embarazada de cuatro meses era lo último que necesitaba saber.

¿Qué tal te ha ido el día? Pues verás, fui a recoger a tu hermana al barrio más chungo de la ciudad, salvé a su perro de un asesino, nos tirotearon y escapamos por los pelos. Luego me tomó declaración el maromazo de la terraza, que además de estar como un queso, es un capullo de los pies a la cabeza. Y puede que el asesino me esté buscando, así que tengo mi coche aparcado en el garaje con una tela negra por encima, ya que no tengo dinero para llevarlo al taller.

No, no era buena idea. Así que mi numerito me carcomía por dentro. Y por supuesto no podía desahogarme con Tana. ¡Esa, esa sí que era una cría inmadura! ¿Cómo se había atrevido a llamarme así?

Dios, pero lo cierto es que si recordaba mi reacción desmedida me daban ganas de morirme. Le había destrozado el despacho. Pero joder, ¿por qué se me había ido la pinza de aquella manera?

Pensé en los dos melocotones que tenía por bíceps, en el cuerpazo que se gastaba y en lo atractivo que era. Bueno, sí, puede que me hubiese dolido un poquito que me rechazara. Pero... ¡aquel tío era el hombre más desagradable con el que me había topado en mi vida! Y para colmo me había insultado. Así que no, no me sentía ni un pelín culpable por haber actuado como una loca. Se lo merecía.

Me miré en el espejo y comprobé que seguía estando tan plana como siempre. Pero era consciente de mis encantos. Pese a mi escaso canalillo, rondaba el uno setenta, era rubia natural y delgada por naturaleza. Era la típica chica mona que ganaba bastante si se arreglaba, y sabía de sobra que gustaba al sexo contrario. Así que, ¿a quién le importaba lo que pensara aquel sieso?

Más animada, decidí responder al mensaje de Jaime. El amigo de mi hermano llevaba insistiendo en quedar conmigo desde hacía diez días. Prácticamente había estado recluida en la cafetería y algo asustada por si el tipo del callejón

me estaba buscando. Pero al final, era evidente que todo eran paranoias mías.

Yo: me viene bien quedar ahora. ¿O te pillo en mal momento?

Jaime: para nada. Estoy deseando verte.

Jaime: ¿te vienes a mi casa?

Vamos, que quería echar un polvo. ¿Por qué no? Cuando dos personas están buscando lo mismo, dar rodeos es tan innecesario como improductivo.

Yo: Llegaré en media hora.

Me lo pensé bastante antes de coger mi coche. Jaime vivía a las afueras de la ciudad y el transporte público era escaso a esas horas de la noche. Podía coger un taxi, pero teniendo en cuenta que hacía malabarismos para llegar a fin de mes, no iba a tirar a la basura cincuenta euros por un temor infundado.

¡¡Llevaba diez días recluida en casa!! Del trabajo —en el local comercial situado bajo nuestro piso—, a casa. Y por mucho que observase a los clientes como si fuese Sherlock Holmes, era evidente que nadie me había estado vigilando.

—¿Vas a salir? —preguntó con curiosidad Tana.

Desde que Tessa se había quedado embarazada, se había mudado al piso de al lado con Héctor. Cosa totalmente lógica, por otra parte. Pero ahora me tocaba a mí aguantar a la pija insoportable de su hermana, que más que una ayuda resultaba un martirio.

¿Cuándo haría las paces con sus padres y se largaría de mi casa? Hasta Trufa, mi perro, estaba aterrorizado por el genio de Gucci, aquel chihuahua que no levantaba un palmo del suelo. Prácticamente habían invadido nuestro espacio, y por lo que se veía aquello iba para largo.

—Sí.

—¿Pero no decías que estabas en peligro y que no podías pegar ojo después de lo sucedido? —me contradijo.

—Obviamente exageraba. Lo he pensado mejor. No me va a pasar nada.

Tana puso cara de no estar de acuerdo conmigo.

—Pero el policía que nos atendió dijo que tuvieses cuidado y que...

—¡Oh, lo que me faltaba! No vuelvas a mencionar a Mr. Gruñón —dijo con

tono irritado.

—¿Mr Gruñón? —Tana se partió de risa—. Pues sí que te ha dado duro...

—¿De qué estás hablando? —respondí malhumorada.

—Ya sabes. Tú y ese policía cañón —arqueó las cejas en plan cómplice—. Admítelo, te pone bastante, ¿a qué sí?

Me empezó a hervir la sangre. ¡Pues claro que no me gustaba! ¡No me gustaba ni un poquito!

—Para nada —suspiré como si el tema me resultase aburrido—. No sé a qué viene eso. ¿Gustarme? Bah. No es mi tipo.

—Ja, ja, ja. Ay, Nati... sabes de sobra que con ese cuerpo es el tipo de cualquiera —se burló de mí. Al ver que me dirigía hacia la puerta, alzó la voz—. Oye, ¿no irás a coger el coche?

—Qué noooo —mentí, para que me dejase en paz—. Voy a ir en taxi.

—Vale —se quedó más tranquila.

Cuando cerré la puerta, me quedé pensativa durante varios minutos. No podía ser. Primero Tessa y luego Tana. Pero bueno, ¿tanto se me notaba? Un momento, ¿qué se me notaba? ¡Pero si a mí ese tío no me gustaba! No me gustaba en ab-so-lu-to. Era borde, antipático, con esa miradita de superioridad tan... en definitiva, que por muy bueno que estuviese me sacaba de mis casillas. Así que tras repetírmelo veinte veces para convencerme, fui directa a casa de Jaime con la intención de borrar la cara del Subinspector Picasso de mi cabeza. Para siempre.

¿Y si no había sido buena idea coger el coche? Puede que fuesen imaginaciones más, pero el Volkswagen negro que tenía detrás llevaba siguiéndome un buen rato. Desde hacía cinco kilómetros, para ser exactos.

Comencé a ponerme nerviosa y eché un vistazo por el retrovisor. No conseguí ver la cara del conductor, pues mantenía una distancia prudencial. Como si intentara disimular que me estaba siguiendo. Ay, ¡Dios mío, me estaba siguiendo!

Un sudor frío me recorrió las sienes mientras pisaba el acelerador. Cambié mi recorrido y giré precipitadamente a la derecha en un intento por distraerlo. El

Volkswagen aceleró e hizo lo mismo.

Me tembló todo el cuerpo y mi pulso se disparó. Vale, me estaba siguiendo, ¿y ahora qué? Estaba aterrorizada y era incapaz de pensar con claridad. ¡Menuda idiota! ¿Por qué había tenido que salir de noche, en mi propio coche, para hacerme la valiente?

Podía llamar a la policía. Sí, eso es lo que haría. Seguiría conduciendo y no me pararía hasta llegar a la comisaría más cercana que estaba a... unos veinte kilómetros. Pero, ¿y qué les decía? La vergüenza y el temor de que no me hicieran caso se apoderaron de mí.

Mr. Gruñón, pensé de repente.

¡Claro! Tenía su número apuntado en una tarjeta. El subinspector se lo había dado a Tana antes de que nos marcháramos. Le dijo que se lo diese “a la histérica de su amiga, con la que no se podía hablar”, para mantenerlo informado si notaba que alguien la estaba siguiendo.

Bien, pues esa histérica iba a llamarlo ahora mismo. No es que la idea me entusiasmase, pero, ¿qué otra cosa podía hacer?

Puse el teléfono en manos libres y su voz me respondió al tercer tono.

—¿Subinspector Picasso? —pregunté alterada.

—Sí, ¿con quién hablo? —respondió con tono áspero.

—Soy... soy Nati. No sé si se acuerda de mí.

—Me acuerdo de usted —dijo secamente.

—Es que... verá... creo que me están siguiendo —resumí, con la voz entrecortada.

Lo escuché suspirar.

—Dígame que no ha utilizado su coche.

—Pues... verá...

—Es usted una estúpida inconsciente —me ladró.

—¡Oiga, no le permito que me hable así...!

—¿Dónde se encuentra? —me cortó de manera autoritaria.

—En la autopista que va en dirección al centro comercial. Dios mío, acaba de

coger la misma salida que yo, ¿qué hago? —comencé a hiperventilar y un intenso sollozo se apoderó de mi voz—. ¿Voy a la comisaría? Yo... ¿qué hago? ¡Dígame que hago!

—No, demasiado lejos. Coja la salida que va en dirección al centro comercial —me ordenó con una tranquilidad increíble, como si en realidad no me estuvieran persiguiendo ni mi vida estuviese en juego—. Siga mis instrucciones y le prometo que todo saldrá bien. Natividad, ¿sigue usted ahí?

—Sí —conseguí susurrar.

Me desvié hacia la salida y comprobé que el Volkswagen negro hacía lo mismo. Joder, ¿cuánto quedaba para llegar al centro comercial?

—Describame el coche.

—Es un Volkswagen negro. Un todoterreno. No logro ver bien la matrícula, pero acaba en ZKG. Dios mío, todavía me sigue. ¿Qué hago?

—No perder la calma. Tranquilícese y siga conduciendo. Puede hacerlo.

La voz calmada y autoritaria del subinspector consiguió que no despegase las manos del volante y sucumbiera por completo al ataque de pánico.

—Aparque en la primera planta del parking, es la más concurrida. Cuando lo haga, tome la puerta que va directa a las escaleras mecánicas y mézclese con la gente. Hay una cafetería con un letrero verde, tendrá que esperarme allí.

—Vale, pero...

—No le pasará nada, se lo prometo.

Por alguna absurda razón, la confianza que inspiraba su voz hizo que lo creyese.

—Va a venir a buscarme, ¿verdad? —odié suplicarle, pero lo único que podía mantenerme a salvo eran los enormes brazos de el subinspector. Un momento, ¿de verdad estaba pensando eso en un momento tan surrealista?

—Cinco minutos —dijo, y me colgó.

Apreté el teléfono contra la palma de mi mano. Joder, Mr. Gruñón tenía el mismo tacto que un zapato. Y sin embargo, nuestra breve conversación había logrado tranquilizarme. Ver para creer.

Prácticamente aparqué con el coche en marcha, salí corriendo sin pararme a

comprobar si el extraño del Volkswagen negro me seguía y aterricé jadeando en la cafetería. En cuanto puse un pie dentro, un guardia de seguridad se acercó a mí y preguntó.

—¿Natividad García?

—Sí —respondí confundida.

—No se preocupe, la policía ya está en camino. Me han ordenado que me quede con usted hasta que lleguen los agentes. ¿Se encuentra bien?

Eché una mirada aterrorizada a mi alrededor, pero era evidente que el plan del subinspector había dado resultado. Entre tanta gente y cámaras, el extraño del Volkswagen no se había atrevido a seguirme.

Cuando a los cinco minutos, tal y como había prometido el guardia, dos agentes uniformados se acercaron hacia mí, pude respirar tranquila de una vez por todas. No obstante, una punzada de decepción me apretó el estómago.

No había rastro de Mr. Gruñón por ningún lado.

—¿Una cerveza?

Jaime me puso la mano en la espalda y me acarició la nuca con la boca. Me estremecí de placer y asentí con una sonrisa débil. Quizá lo que necesitaba era una noche de lujuria para olvidar a Mr. Gruñón. Sin duda, un capricho pasajero por ser el primer hombre que me había rechazado sin contemplaciones. Pero era lo que menos me apetecía en aquel momento después del susto que me había llevado.

Me bebí la mitad de la cerveza de un trago y la dejé sobre la mesa auxiliar. Jaime se había sentado muy cerca de mí, y el volumen de la televisión envolvía el ambiente. Puso una mano sobre mi muslo y la dejó allí. No le pedí que la quitara.

Los agentes de policía, tras tomarme declaración, me informaron de que una grúa se llevaría mi coche hasta la comisaría. “Es por su seguridad”, me explicaron. Supuse que el subinspector había dado la orden, y después de lo sucedido no es que me apeteciera volver a conducirlo. Tenían orden de llevarme hacia un lugar seguro, y por alguna razón no se me ocurrió nada mejor que darles la dirección de Jaime. Puede que porque no quisiera estar

sola, y también porque detestaba la idea de que Tessa me viese llegar a casa escoltada por un par de policías.

No me quedo más remedio que explicarle a Jaime, a mi manera, lo que había sucedido. Decidí obviar los antecedentes: que había sido testigo de un crimen y que ahora alguien intentaba cerrarme el pico. En su lugar, le dije que alguien había intentado darme un susto en la autopista y que había ido a su casa porque no quería estar sola.

—Joder, te habrás muerto de miedo. ¿Estás bien? —me acarició la espalda.

—Sí, ya se me ha pasado. Más o menos.

—Venga, deja de hacerte la dura —cuando fui a objetar algo, él añadió—. Como haces siempre. ¿Quieres que llame a tu hermano?

—¿Qué? ¡No! Ya sabes cómo se pondría.

Javi era la última persona a la que necesitaba ver en aquel momento. Me echaría la bronca, como hacía siempre. Me tildaría de inconsciente y blablablá.

—¿Puedo darme una ducha? —le pedí—. Siento no ser la mejor compañía en este momento, pero estoy hecha un asco.

—Nati... deja de hacer eso.

—¿Hacer qué? —pregunté sin entender.

—Ya sabes, fingir que lo que ha sucedido no te afecta.

Suspiré.

—Puede que un poco, ¿satisfecho?

Jaime sacudió la cabeza y ahogó una carcajada.

—Tienes toallas limpias en la estantería de arriba —me informó—. Y si quieres quedarte a dormir, no tienes más que decirlo. Yo puedo dormir en el sofá.

—Volveré a casa. Pero gracias de todos modos.

Él se encogió de hombros. Parecía algo decepcionado, pero intentó enmascararlo. Jaime y yo teníamos una larga historia de idas y venidas. Me costaba dar el primer paso porque tenía la sensación de que él siempre querría algo más. Y era uno de los mejores amigos de mi hermano. Entonces, ¿por qué

había ido hasta allí?

Lo supe en cuanto me metí bajo la ducha. Me imaginé unos brazos gruesos apretando mi cuerpo. Unas manos grandes acariciándome la espalda. Una barba espesa haciéndome cosquillas en el pecho mientras que su boca...

Cerré el grifo y apoyé la cabeza contra los azulejos. Venga ya, Nati, ¿en serio? Me envolví en una toalla y vi mi camiseta arrugada en el suelo. Estaba sudada gracias a mi ataque de pánico, así que fui hacia el salón para pedirle a Jaime una de repuesto.

—Oye, ¿te importa si te cojo una camiseta?

Cuando asomé la cabeza, me quedé blanca. Allí estaba el subinspector, con su expresión adusta y sus ojos helados puestos en mí. Fui consciente de mi desnudez y apreté la toalla contra mi cuerpo. ¿Qué estaría pensando? ¿Qué era la clase de persona que se iba a echar un polvo después de haber estado a punto de palmarla? Y de todos modos, ¿a mí que más me daba?

—H- hola —tartamudeé. Al ver lo patética que resultaba, añadí—. ¿Qué hace usted aquí?

—Mi trabajo —respondió con voz fría, sin apartar los ojos de mí.

—Coge lo que necesites, Nati —intervino Jaime.

Asentí con las mejillas ardiendo y me perdí de regreso al baño. Estaba convencida de que el subinspector había sacado sus propias conclusiones. Primero coqueteaba descaradamente con él y luego me veía medio desnuda en el apartamento de otro hombre. Sí, en aquel momento debía de estar pensando que yo era un caso perdido.

Me puse unos vaqueros y la camiseta más pequeña de Jaime. Algo más tranquila, regresé al salón y supe que el día todavía no había terminado. Al grupo se había unido Javi, mi queridísimo hermano mayor. Miré de reojo a Jaime, que se encogió de hombros.

—Tuve que llamarlo, no me lo habría perdonado —se excusó.

Me metí las manos en los bolsillos en plan “nada de lo que digáis puede importarme”. El subinspector permanecía sentado en el sofá, y por la expresión sulfurada de Javi imaginé el contenido de la conversación que

habían mantenido.

—¿Cuándo pensabas decírmelo? —me recriminó furioso.

—Mejor hablamos luego —le pedí, harta de quedar en evidencia delante de Mr. Gruñón.

Mi hermano claudicó, probablemente porque se sentía tan incómodo como yo de tener que mantener aquella bronca en público.

—Saldremos para que se pongan al día —intervino el subinspector—. No les queda mucho tiempo.

Lo miré confundida.

—¿A qué se refiere?

—Enhorabuena —me dijo con ironía—. Su temeridad la ha puesto en peligro. Bienvenida al programa de protección de testigos.

Y en ese momento mi mundo, mi apacible y ordenado mundo, se derrumbó por completo.

5. No puede estar pasando

Lo primero que pensé fue que aquello debía de ser una broma. Que el subinspector, con su falta de humor y su carácter avinagrado, tenía un sentido del humor de lo más retorcido. Pero cuando Javi intentó tranquilizarme mientras me explicaba que aquello me lo había buscado yo solita, comprendí que más que una broma era una pesadilla. Y que por mucho que me pellizcase, no iba a despertarme de ella.

—Pero... pero tengo un trabajo, y obligaciones. No puedo marcharme — intenté hacerlo entrar en razón.

El subinspector ni siquiera se inmutó.

—Le concedo media hora para que se despida de su hermano. Luego la acompañaré a su casa para que haga la maleta.

—¿Y qué voy a decirle a mi socia? ¡No puedo dejarla tirada con el negocio!

—Eso no es asunto mío —respondió, sin una pizca de humanidad.

—No puede obligarme —le solté, justo cuando estaba a punto de salir por la puerta.

El subinspector ni siquiera se volvió para hablarme.

—No, no puedo. Pero si le queda algo de sentido común dentro de esa cabeza de chorlito, le aseguro que dejará de darme problemas. Por su bien, aceptará entrar en el programa de protección de testigos.

—Por supuesto que aceptará —añadió Javi.

Cuando Mr. Gruñón, alias el hombre con menos tacto del planeta, nos dejó a solas, miré a Javi con lágrimas en los ojos. Mi hermano se cruzó de brazos y sacudió la cabeza. Pero al final los abrió para acogerme y ofrecerme el abrazo que tanto necesitaba.

—No quiero ir a ningún sitio —musité llorando.

—Pero tienes que ir. Tú solita te has metido en este lío, pequeña inconsciente.

Asentí entre lágrimas porque en el fondo sabía que tenía razón. Muy a mi pesar, después de lo que me había explicado con brevedad y una frialdad hiriente el subinspector, me había metido de lleno en un estado de pánico

absoluto.

—Oye, todo saldrá bien. Hasta que den con ese tipo, lo mejor es que te alejes de aquí por un tiempo —mi hermano me cogió por los hombros para que lo mirara a la cara—. Y por lo que más quieras, aléjate de Jaime.

—Oye... no estábamos haciendo nada, de verdad —murmuré avergonzada.

—No es asunto mío, Nati.

—Pues no me mires así —le pedí irritada—. Soy mayor de edad, no puedes tratarme como a una...

—¿Niña? —soltó una carcajada—. Lo haré cuando dejes de comportarte como una.

Estaba pasando.

Mientras hacía la maleta, custodiada en silencio por el metro noventa del subinspector, como si de buenas a primeras fuera a escaparme, comprendí que mi vida acababa de dar un giro de 180 grados.

—¿Puedo despedirme de mis amigas? No puedo irme así como así, sin darles ninguna explicación.

—Cinco minutos. Ya vamos tarde.

—¿Por qué tienes que ser tan capullo? —le solté sin poder contenerme.

Mr. Gruñón levantó la vista del suelo y me fulminó con la mirada. Tenía la mandíbula apretada y el gesto furioso de un pitbull.

—Porque uno de los dos tiene que velar por su seguridad, y desgraciadamente ese es mi trabajo —lo dijo como si de verdad yo fuese un grano en el culo.

—Pues si tanto le molesta, pida que se encargue otra persona —repliqué algo herida.

—Ante todo soy un profesional, Señora García. Y ahora dese prisa, no tengo toda la noche.

¡Y dale con señora! Lo hacía para sacarme de mis casillas, eso seguro.

Lo agarré del brazo antes de que saliera de mi habitación. El subinspector

miró mi mano como si fuese un virus contagioso, así que la aparté ruborizada.

—¿Qué hay de mis amigas? ¿Mi hermano? ¿Ellos están en peligro? No me gustaría que por mi culpa...

—No lo están. El sospechoso buscaba su coche, pero no tenemos pruebas de que supiera donde vive. De todos modos, tendremos a su entorno vigilado. Hay agentes de incógnito que se encargaran de su vigilancia, no se preocupe.

—Vale —me quedé más tranquila—. Sé que cree que soy una imprudente, pero jamás habría cogido el coche de saber que estaba en peligro.

—Se lo advertí —me recordó.

Asentí mordiéndome el labio. Sí que lo hizo, pero tampoco hacía falta que me lo restregase de aquella manera. Ya había dejado claro que le resultaba una mujer insoportable, ¿por qué tenía que comportarse con aquella frialdad? ¿Acaso era un robot sin sentimientos?

—Vamos a pasar mucho tiempo juntos —dije, y él no dio pruebas de que le afectara lo más mínimo—. Supongo que si los dos ponemos de nuestra parte, al menos podríamos tener un trato cordial.

—No soy su amigo. Si hace lo que le digo, sigue mis instrucciones y no se pone en peligro, le aseguro que la convivencia será aceptable —gruñó, antes de dejarme a solas.

Aceptable. Bufé.

Desde luego, lo de Mr. Gruñón le quedaba que ni pintado, porque en mi vida me había topado con un tipo tan antipático y serio como él. ¡E íbamos a tener que vivir bajo el mismo techo! Señor, dame paciencia...

Tana puso el grito en el cielo en cuanto le conté la verdad. Más que preocupada por mí, parecía horrorizada ante el hecho de que fuese a ocupar mi puesto en la cafetería junto a su hermana. Así que por si las moscas, le supliqué que fuese responsable y que no le dejase a Tessa todo el peso del trabajo duro.

—Oye, ¿por quién me tomas? —se hizo la ofendida.

—Por alguien que se escaquea a la menor oportunidad —me agaché para acariciar a Gucci. Después de todo, le había cogido bastante cariño al

pequeño bribón de orejas puntiagudas—. Adiós, monada. Pórtate bien y no le des mucho la lata a Trufa.

Luego me dirigí a Tana, que seguía despotricando en voz baja.

—Saca a Trufa todos los días. Nada de empapadores, lo digo en serio.

—Qué síiiii —puso los ojos en blanco.

—Y ni una palabra de esto a tu hermana.

—Sabes de sobra que me va a preguntar.

—Lo tengo todo pensado —respondí.

Y así era. Le explicaría a Tessa que tenía que irme de viaje durante unos días a visitar a mi tía abuela Virtudes, que se había puesto muy enferma. Sabía lo sentimental que era Tessa, así que ni me haría muchas preguntas ni me pediría que volviese lo antes posible. Mr. Gruñón, alias el hombre del ceño fruncido, se largó con mi equipaje y me pidió, con su habitual buen humor, que no tardase demasiado.

—Ojalá me tocase a mí irme con él —fantaseó Tana—. En el fondo tienes buena suerte.

—¿Tú lo has visto bien? —me quejé.

—Lo que salta a la vista; que está buenísimo y tiene un cuerpazo. Seguro que tú no te has fijado —puso los ojos en blanco.

—Es un amargado.

—Eso se arregla —Tana me guiñó un ojo.

Como no estaba dispuesta a seguir escuchándola, me despedí de ella y agarré mi bolso de mano, que me resultó bastante pesado. No sé para qué metía tantas cosas en la maleta, si al fin y al cabo iba a pasar todo el tiempo encerrada bajo el mismo techo de aquel neandertal.

Llamé a la puerta de Tessa, que salió al cabo de unos minutos ataviada con unos pantalones desabrochados. Puso mala cara mientras se señalaba la tripa con expresión disgustada.

—¿Te lo puedes creer? Estoy super gorda. ¡Ya no me entra la mita de mi ropa!

—Estás embarazada —tuve que aguantar las ganas de echarme a reír, porque su cara era un poema—. ¿Qué esperabas?

—No lo sé. Quizá soñaba con ser como esas embarazadas a las que le crece la tripa de repente en el último mes.

—¿Te quedas a cenar? —la voz de Héctor me llamó desde el interior—. Estoy haciendo fajitas. Así le sacas de la cabeza a mi novia la absurda idea de que está gorda. Puede que a ti te escuche.

A Tessa se le iluminó la expresión al escuchar a Héctor. Era evidente que estaban locos el uno por el otro. De repente, reparó en mi bolsa de equipaje y abrió los ojos de par en par.

—¿Te vas de viaje?

—Sí, justo venía a explicarte que...

—¿Cuánto te queda? —ladró una voz a mi espalda—. Dios, no se puede tardar tanto en hacer una maleta. Solo es una maleta, no el fin del mundo.

Lo maldije en silencio. ¿Ahora como le explicaba a Tessa la presencia de Pablo? El muy idiota acababa de dar al traste con mi versión. Para mayor inri, Tessa lo miró boquiabierto y luego me dio un codazo, como preguntando: ¿y este qué hace aquí?

—¿Me he perdido algo? —insinuó, fascinada y a la vez irritada de que le ocultara aquel secreto.

—Pues...

Piensa lo-que-sea.

—Verás... no quería decírtelo hasta que fuese algo más serio, pero dadas las circunstancias...

—¡No! —Tessa se tapó la cara con las manos en plan melodramático—. ¡Estáis saliendo juntos! ¡No me lo creo!

—¿Perdón? —interrumpió el subinspector. Como si el hecho de salir conmigo lo horrorizara en lo más profundo de su alma.

Le di un pellizco para que no metiera la pata. Fingiendo un entusiasmo que no sentía, le agarré la mano mientras esbozaba una sonrisa falsa.

—La vida... que da unas vueltas. Ha sido... algo inesperado. Pero ya me conoces, lo mismo cuando volvamos esto ya se ha acabado, ¿no?

Mr. Gruñón me miró de reojo sin decir una palabra. A saber lo que estaba

pensando.

—Pero Nati, ¿cómo eres así? A mí me parece que hacéis muy buena pareja. Pero oye, ¿cómo que os vais de viaje? —quiso saber Tessa.

Todas las miradas se clavaron en mí mientras trataba de buscar una salida.

—¡Su abuela! —cambié a toda prisa la versión de la historia—. La pobre se ha puesto muy enferma. Su última voluntad es conocer a la novia de su único nieto antes de que sea demasiado tarde.

A Mr. Gruñón se le descompuso la expresión, pero no me delató.

—Ay... pobrecita, lo siento mucho —lamentó mi amiga.

—Gracias —respondió muy serio Pablo.

—Pero entonces, ¡vais muy en serio! —se emocionó Tessa.

—Psss... no te creas. Le estoy haciendo un favor. El pobre tiene tan mal carácter que nunca ha tenido una pareja formal. Y como ya le he dicho, para mí es un placer que su abuela se despida de él sin llevarse ese disgusto.

Noté que Pablo me fulminaba con la mirada. Ja, se lo merecía por impresentable.

—Anda ya... ¡cuentista! Si estabas coladita por él desde que lo viste en la cafetería —me contradijo mi amiga. Se dirigió a Pablo con aire confidente y añadió—. No le hagas caso. Entre tú y yo, es lo más orgulloso que te puedas echar a la cara. Como la rechazaste aquel día, estaba que se subía por las paredes. Lo sabía, ¡sabía de sobra que estaba coladita por tus huesos!

Me puse tan roja que me podrían haber confundido con el extintor de la pared. Atisbé el amago de una sonrisa de suficiencia en Pablo, quien a todas luces estaba disfrutando con el hecho de que mi amiga acabara de ponerme en evidencia.

—Adiós, tenemos mucha prisa —me despedí, antes de que Tessa siguiera metiendo la pata.

Lo último que quería era que el subinspector se llevara una imagen equivocada de mí. Del tipo: colada por sus huesos, pringada y necesitada de cariño.

En cuanto las puertas del ascensor se cerraron, me di cuenta de que seguía

agarrada de su brazo, así que lo solté como si quemara. Su silencio fue peor que si se burlara de mí, porque no tenía ni idea de lo que se le pasaba por la cabeza. Allí estaba, apoyado contra la pared con aquel aire despreocupado y esa expresión inaccesible.

Opté por romper el hielo.

—Desde que está embarazada se ha convertido en una romántica empedernida. No le echés cuenta. Ve cosas donde no las hay.

Ni siquiera levantó la mirada de la pared, así que continué.

—Se monta unas películas... —se me escapó la risa floja. Estaba hecha un flan. ¿Por qué Tessa me había dejado con el culo al aire? Necesitaba arreglarlo. No quería quedar delante de él como una colgada.

—Le has dicho que éramos pareja —dijo, con un tono extraño que no supe descifrar.

—No quería asustarla con la verdad. Y para que lo sepas, me iba a inventar que era mi abuela la que estaba enferma y que tenía que ir a visitarla. Entonces tú llegaste ladrando como un pitbull, y me desmontaste toda la historia. Culpa tuya, colega.

—No soy tu colega.

Puse los ojos en blanco. Aquel hombre era insufrible, ¿acaso no tenía sentido del humor?

—Es una forma de hablar.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, el subinspector dijo antes de salir;

—En cualquier caso, no eres mi tipo.

6. No más sorpresas

Llevábamos una hora de camino en coche hacia algún lugar que Mr. Gruñón se negaba a revelarme. Él en su línea, parco en palabras. Mientras que a mí me salía una úlcera y recordaba su última frase. Pero bueno, ¿qué se creía aquel egocéntrico?

—¿Qué no soy tu tipo? ¡Tú de qué vas? —estallé, sin poder contenerme.

Si me escuchó no dio prueba de ello. Se limitó a seguir con la vista fija en la carretera. Sin inmutarse.

—¿Es que no has escuchado nada de lo que te dije? —insistí furiosa.

—Es difícil no hacerlo. Hablas todo el rato —hizo una larga pausa, como si de verdad le molestase tener que hablar conmigo. Luego remarcó—: Con *esa* voz.

Me erguí sobre mi asiento. Lo que me faltaba, que ahora se metiese con mi voz.

—¿Qué demonios le pasa a mi voz?

—Gritas todo el tiempo.

—¡Porque me sacas de mis casillas! —al darme cuenta de que estaba gritando, bajé la voz—. Porque me sacas de mis casillas.

Me crucé de brazos y apreté los dientes.

I-di-o-ta.

Mr. Gruñón dejó a un lado su pose impasible y me miró de reojo. Parecía sorprendido de verdad.

—¿Yo a ti? —soltó una carcajada ahogada—. Distorsionas la realidad.

—¿Me estás llamando loca?

—Puede —una sonrisa sibilina asomó a sus labios—. Primero coqueteas conmigo en la cafetería, luego montas un numerito en la comisaría, y por último te pones en peligro actuando como una niña. ¿Es así como se comporta una persona cuerda? Lo dudo.

Touché.

—Estoy flipando —dije, con los dientes apretados.

Sacudí la cabeza. ¿Por qué permitía que todo lo que dijera me afectara? Era injusto. Él estaba allí, conduciendo y con aquella frialdad de fábrica. Pero yo continuaba poniéndome en evidencia una y otra vez.

—No estoy loca —sentí la necesidad de defenderme. *Otra vez*—. Simplemente tengo sentimientos.

—Guárdatelos para ti, a mí no me interesan.

—Obviamente no, robocop.

—¿Cómo me has llamado? —noté que su voz se crispaba por primera vez.

Vaya... vaya... con que al *Señor frío como el hielo* sí que podía sacarlo de sus casillas después de todo.

—Robocop —repetí, revolcándome de placer en aquella palabra como un cochino en una charca—. La gente tiene sentimientos, ¿sabes? Y si me pinchan, salto. No puedo ser como tú. Debe ser agotador fingir que nada te afecta.

—Debe ser agotador ser una dramática todo el tiempo.

—Eso... —clavé las uñas en el asiento e intenté tranquilizarme. Me costó medio minuto conseguir que el tono de mi piel regresara a la normalidad. Lo odiaba—. Eso es resumir los acontecimientos muy a tu favor. Y para que lo sepas, paso de discutir contigo. Tú no me soportas, yo no te soporto... está todo aclarado. Dejémoslo así.

—Como quieras. No era mi intención continuar con una conversación que no he empezado.

Uf.

Sería mejor que lo dejara por imposible.

Llegamos a algún punto de la sierra de Sevilla. Uno de esos pueblos de pocos habitantes, apartados del resto del mundo y mal comunicado. El lugar perfecto para pasar desapercibido y que nadie te hiciera preguntas.

Me sentí bastante tonta al darme cuenta de que no íbamos a estar solos.

Me había concentrado tanto en mi discusión con Pablo, o más bien en intentar ganarla, que no me había percatado de que un todoterreno blanco llevaba siguiéndonos todo el camino. Del coche se bajaron una mujer morena y atractiva y un hombre calvo que rondaría la cuarentena. Ambos me miraron con curiosidad, pero no entablaron conversación conmigo. Se limitaron a descargar el equipaje y se metieron dentro de la que supuse que iba a ser nuestra casa.

—Te acompañaré hasta el que será tu dormitorio —me explicó Pablo, y sin darme opción me quitó la bolsa de las manos—. Llevas demasiada ropa aquí dentro. Apenas saldrás de la casa, ¿no lo sabías?

—Protección de testigos. Me hago una ligera idea de lo que me espera en estos días —respondí irritada.

Tampoco había echado tanta ropa. Lo justo y necesario para sobrevivir. Pero como siempre, aquel gruñón tenía que buscarme algún defecto.

Era una casa de dos plantas, con mobiliario rústico y una escalera de madera que daba hacia los dormitorios. Había tres habitaciones y a mí me tocó la del medio. Cuando Pablo arrojó la bolsa sobre la cama, escuché un gruñido.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó, y se llevó la mano de manera instintiva hacia el arma.

Puse mi mano sobre la suya en un gesto espontáneo. Al hacerlo, me recorrió un escalofrío que se esfumó ante la mirada glacial que me dedicó el subinspector. La aparté de inmediato.

—No vas a necesitarla —dije, pues había reconocido el sonido.

Hurgué dentro de la bolsa hasta tocar algo suave. Suspiré. No me lo podía creer. Tana montaría en cólera en cuanto se lo contara. Agarré al

dichoso perro y lo saqué de allí, mostrándoselo a Pablo.

—Tenemos un intruso.

El subinspector observó a Gucci con el ceño fruncido.

—Creí que ya te lo había explicado. Nada de mascotas.

—Ha debido de meterse dentro. Así que por eso pesaba tanto la maleta... —lo rasqué detrás de las orejas y Gucci entrecerró los ojos. Aquel chihuahua no tenía remedio—. A menos que quieras conducir de vuelta, va a tener que quedarse con nosotros.

Pablo observó al perro como quien veía a un fantasma. Era evidente que al organizado y frío subinspector no le gustaba que sus planes se vieran alterados.

—Tú te encargas de él —decidió molesto—. Pero cada vez que lo saques de paseo, lo harás acompañada de uno de nosotros, ¿entendido?

Asentí y dejé a Gucci en el suelo.

—Venga ya, no pongas esa cara. ¡Es una monada de perro! —intenté hacerle ver—. A todo el mundo le gustan los chihuahuas. ¿Ni siquiera Gucci consigue que se te quite esa cara de amargado?

Cuadró los hombros y me taladró con la mirada. Pues no. Ni siquiera Gucci conseguía que se le quitara aquel humor de perros, nunca mejor dicho.

—Los animales son una responsabilidad —explicó, como si estuviera recitando de memoria un artículo del código penal mientras detenía a un criminal—. Otra más que añadir a esta misión. Y si fueses una mujer con dos dedos de frente, me darías la razón.

—No tengo dos dedos de frente. Soy una loca, ¿recuerdas? —repliqué con ironía.

Pablo se inclinó sobre mí hasta que su respiración cálida me envolvió. Me temblaron las piernas, pero me esforcé en aguantarle la mirada. Sus ojos oscuros se posaron en los míos y noté la minúscula cicatriz que tenía sobre la ceja derecha. ¿Cómo se la habría hecho?

—No más sorpresas, ¿entendido? —rugió su voz.

Fui a responderle, pero en ese momento el perro levantó la patita y se orinó encima de los zapatos del subinspector. Mr. Gruñón sacudió la pierna y puso cara de espanto. Me tapé la cara con las manos y ahogué una carcajada.

—¡Qué demonios! —gritó una retahíla de maldiciones.

No pude soportarlo más. Comencé a llorar de risa mientras él se ponía rojo de ira. Yo no lo había conseguido, pero Gucci y su pequeña vejiga habían logrado sacar de quicio a Mr. Gruñón.

—¡Saca a ese animal a hacer sus necesidades fuera! —ladró, y luego cerró de un portazo.

Cogí en brazos al perro y le guiñé un ojo.

—Buen trabajo, amiguito.

No sé qué era peor, si tener que aguantar los lloriqueos de Tana o ser consciente de que todos mis movimientos eran observados al milímetro. El hombre calvo me seguía los pasos mientras yo sacaba a pasear a Gucci, el chihuahua vengador.

—¡Quiero que me devuelvas a mi pequeñín inmediatamente! —me separé el móvil del oído. Si Mr. Gruñón se quejaba de mi voz era porque no había tenido que sufrir los gritos histéricos de Tana—. ¡O seré yo quien vaya a buscarlo! ¿Me has oído? Mi pobre perrito nunca ha estado más de un día

separado de su mamá. ¡Pero si hasta vamos a la peluquería juntos!

—No seas infantil, Tana.

—¡No soy infantil, quiero a mi perro!

—Yo no tengo la culpa de que se metiera dentro de mi bolsa de equipaje —le expliqué agotada. Llevábamos quince minutos discutiendo y no había manera de hacerla entrar en razón—. Oye, de verdad que en cualquier otra situación te lo llevaría. Pero esto es distinto. Protección de testigos. No puedo andar por ahí, entiéndelo.

—Pero... pero... —noté que su voz se quebraba—. Mi pobre bebé... ¿y si por tu culpa recibe un balazo? ¿Y si ese criminal os encuentra y lo paga con Gucci? ¡Eh, eh!

—Oh, sí, yo estoy perfectamente, gracias por preocuparte.

—El pobrecillo debe de estar tan triste...

Gucci se revolcó sobre un sendero de hierba fresca. Triste no era la palabra que yo hubiera utilizado para definirlo, la verdad.

—¡Nati, sigues ahí! ¡Ladrona de perros, devuélveme a mi...!

Froté el papel de un caramelo contra el altavoz del teléfono, fingiendo interferencias.

—¿Tana? Vaya... no te escucho... será mejor que cuelgue —mentí.

—¡Ni se te ocurra...!

Colgué y apagué el teléfono. Observé al perro, que caminaba felizmente sin correa entre la naturaleza. Ventajas de vivir en mitad de la nada: no había tráfico.

—Tu dueña es una plasta, ¿sabes?

Gucci me miró con sus ojillos saltones y ladeó la cabeza. Acto seguido

arrastró el culo por el suelo. Creo que en idioma perruno eso era un sí.

7. Risotto

—Natividad, ellos son Horacio y Andrea. Son agentes de máxima confianza, y sobra decir que con ellos estarás segura —su expresión se endureció y me miró con segundas—. Siempre y cuando no te empeñes en correr riesgos, ¿entendido?

Asentí ruborizada de la cabeza a los pies. ¿Enserio no iba a parar nunca? Ya había dejado claro que yo le desagradaba, pero tampoco era necesario que me dejara en evidencia delante de aquel par de extraños.

—Ya sabes lo más importante, pero te pondremos al tanto de algunos detalles para que sepas la clase de criminal al que nos enfrentamos, y la razón por la que debemos tomar tantas precauciones. Andrea, ¿empiezas tú?

Andrea era alta y tenía una constitución agradecida y a la vez trabajada en el gimnasio. Llevaba el espeso cabello negro atado en una coleta y apenas llevaba maquillaje. Era atractiva y poco habladora. Y las pocas veces que la había pillado mirándome había notado cierta suspicacia. ¿Por qué razón? No tenía ni idea, pero teniendo en cuenta que íbamos a convivir bajo el mismo techo pronto lo averiguaría.

—Tomás Benavente Morón, más conocido como “El águila”. Uno de los mayores narcotraficantes de todo el sur de la Península —depositó varias fotografías del susodicho sobre la mesa. Era el hombre que me había atacado en el callejón. El de la cicatriz horrorosa—. Llevamos intentando darle caza desde hace varios años, pero no tenemos nada contra él. Supuestamente posee varios invernaderos, pero no es más que una tapadera.

Observé la sonrisa lasciva que dedicaba a la cámara y me estremecí de pavor. Había escapado por los pelos de uno de los narcotraficantes más peligrosos del país.

—Y este otro —Andrea colocó otra fotografía en la mesa—, es Bernardo Rodríguez Tomillosa, alias “Salomon” por su... particular sentido de la justicia —una mueca de desprecio asomó a sus labios—. Con tu testimonio y el retrato, no lo teníamos del todo claro. Creíamos que “El águila” llevaba tiempo fuera de España, pero al parecer ha vuelto. Hemos comprobado nuestra base de datos, y efectivamente “Salomon” conduce un Volkswagen negro con la misma terminación de matrícula que tú nos facilitaste.

—Le encargó que acabara conmigo —intuí, muerta de miedo.

—Y tú se lo pusiste fácil —añadió ella con tono agrio—. Lo único que tenían para encontrarte era el coche. Enhorabuena.

Me sentí como una tonta. Tampoco hacía falta que la tal Andrea, a la que acababa de conocer, me echase la bronca.

—Quizá si vosotros me hubierais puesto vigilancia... —murmuré sin poder contenerme—, ahora mi vida no correría peligro.

—¿No se lo has dicho? —Andrea miró a Pablo, que no dijo nada. Ella suspiró y sacudió la cabeza. Parecía más contrariada que molesta—. Pues verás, lo cierto es que sí se te puso protección. Por petición expresa del Subinspector Picasso, que se toma muy en serio su trabajo. Estuviste vigilada día y noche por Horacio y por mí. Si ibas a tirar la basura o a sacar al perro, ahí estábamos nosotros vigilándote.

Me quedé de piedra. ¿Me habían estado vigilando todo el tiempo? Un momento, ¿por qué Pablo no me había dicho nada?

—Estábamos convencidos de que no se te ocurriría coger el coche. Porque... a ver... —Andrea utilizó un tono cargado de desdén que me enervó—. ¿Para qué ibas a hacerlo, sabiendo de sobra que era lo único que podía llevarlos hasta a ti? Si ya se te había advertido de que no lo hicieras... lo más

lógico era pensar que no ibas a cometer una imprudencia semejante. Pero no, la señorita tuvo que conducir el maldito coche y salir por la puerta trasera del garaje sin que nosotros nos enterásemos.

—Andrea —la cortó Pablo.

—¿¡Qué!?! —ella se volvió bastante alterada—. Es justo que lo sepa, ¿no?

—¿Saber qué? —pregunté con inocencia.

—Nada que te incumba, Natividad —zanjó Pablo, que dirigió una mirada tajante a Andrea.

Horacio permanecía en silencio, manteniéndose al margen. Comprendí que entre aquellos dos existía una relación más que profesional. Por cómo se miraban Andrea y Pablo, era evidente que entre ellos existía bastante confianza.

—Tu testimonio será clave para encarcelar a “El águila”. Y él lo sabe, así que hará todo lo posible para dar contigo.

Me puse blanca. Horacio se acercó a mí y me dio una palmadita en la rodilla.

—Tranquila, mujer. Aquí estás segura —me animó.

—Gracias —musité acongojada.

Mr. Gruñón siguió a lo suyo. No es que fuera un experto en ofrecer consuelo, por mucho que allí hubiera una mujer aterrorizada que lo necesitara.

—Si seguimos nuestra tapadera al pie de la letra, no llegarán hasta nosotros —fue su manera de tranquilizarme.

—¿Qué tapadera? —quise saber.

—Somos dos matrimonios que han venido a desconectar del estrés de

la ciudad —intervino Andrea—. Pablo y yo llevamos varios años casados, y tú y Horacio sois una pareja de recién casados. Los cuatro somos amigos de toda la vida y regentamos una lavandería en Sevilla.

A ver... a ver... ¿por qué era ella la que tenía que estar casada con Mr. Gruñón? No es que a mí me importara lo más mínimo, por cierto. Pero, ¿no era evidente que nosotros hacíamos mejor pareja? O sea, Horacio me sacaba casi quince años. Lo que me llevó a la siguiente conclusión: Andrea era una lagarta. Por eso me había tratado tan mal. ¡Estaba enamorada del subinspector y temía que yo se lo quitara! Bien, pues todo suyo. Podía quedarse con Mr. Gruñón y su matrimonio de pantomima, porque a mí no me gustaba ni un poquito.

—¿Alguna duda? —preguntó Pablo poniéndose en pie.

—¿Qué hace ese chucho aquí? —Andrea señaló a Gucci.

—Su nombre es Gucci. Yo no veo aquí a ningún chucho —le espeté.

—Cómo se llame.

Nos batimos con la mirada durante un largo segundo hasta que ella se resignó y miró hacia otra parte. Se le notaba la rabia en la expresión. ¡Lo sabía, estaba coladita por Mr. Gruñón!

—¿Algo más? —el tono de Pablo fue imperante. Esperaba silencio. Era una forma de ordenar que nos llevásemos bien.

—Sí —dije, y me gané su mirada airada—. Llamadme Nati. Todo el mundo me llama así.

Desde la cocina me llegaba un olor delicioso. Andrea y Horacio estaban viendo una reposición de House y yo me aburría como una ostra. Gucci roncaba plácidamente sobre un cojín. Intrigada por lo que estaba

cocinando Pablo, me levanté del sofá. Andrea me miró con curiosidad y puso mala cara cuando vio hacia donde me dirigía.

Lo primero que vi fue la espalda del subinspector. El delantal se ceñía a su cintura y los vaqueros se apretaban a un culo respingón. Qué alto era. Qué cuerpazo se gastaba. Y qué lástima que fuera tan antipático.

—¿Necesitas ayuda? —me ofrecí.

—Si necesitara ayuda ya la habría pedido.

Reprimí el impulso de empujar su cabeza sobre la sartén con aceite hirviendo. En lugar de eso, inspiré y lo intenté de nuevo. Teníamos que llevarnos bien, me dije. Porque íbamos a pasar mucho tiempo juntos y no quería que la convivencia fuera insufrible.

—Solo intentaba ser amable.

—Agradezco tu espontánea amabilidad, pero no necesito ayuda.

—Bien —me froté las manos, un tanto desconcertada por su rechazo. No entendía qué parte de mí le desagradaba tanto como para tratarme con tal aspereza—. ¿Qué estás cocinando? Huele genial.

—Risotto.

—Yo nunca le pillo el punto. Siempre se me pasa.

Silencio. ¿Por qué no podíamos llevarnos bien? Yo estaba poniendo de mi parte. ¿Qué le pasaba a aquel hombre?

—¿Por qué no me dijiste que me pusiste protección? —pregunté, movida por una curiosidad enorme.

—No lo vi necesario.

Seguía de espaldas a mí. Era como hablar con la pared.

—¿Qué no lo viste necesario? —repetí incrédula—. Me habría

encantado saberlo. De hecho, puede que de haberlo sabido me lo hubiera tomado todo más en serio.

Pablo se volvió con brusquedad. Su mirada llameante encontró la mía y me dejó sin palabras. Todo en él emanaba una calma peligrosa, como si estuviera a punto de explotar en cuestión de segundos.

—Pero no lo hiciste, eso no cambia nada. Tus acciones, sin embargo, dicen mucho de ti. Afectan a otras personas.

—¿Te refieres a Andrea y Horacio? —mi mente trabajó a toda velocidad—. ¿Los metí en problemas por...?

—No quiero seguir con esta conversación —determinó, como si pudiera hablar por los dos.

—Bueno, pero yo sí. Estoy intentándolo, ¿vale? Sé que no hemos empezado con buen pie, pero dado que vamos a vivir bajo el mismo techo, me gustaría que ambos hiciéramos un intento por llevarnos bien.

—No somos amigos.

—¡Eso ya lo sé! —me desesperé. Joder, era como hablar con una pared—. Me lo has dejado claro. Bastante. Mucho. Y ahora que ya tengo claros los términos, ¿por qué no te comportas como un adulto y me das la mano?

—¿Por qué no sales de la cocina y me dejas en paz? —replicó con dureza, pero no lo dejó ahí—. Ninguna de las personas que se encarga de tu protección lo hace por su propia voluntad. No esperes una palmadita en la espalda ni un abrazo de reconciliación. Eres como un grano en el culo.

Fue como si me golpearan. Me tembló todo el cuerpo y fui incapaz de articular palabra. Pablo se dio la vuelta y apoyó las manos sobre la encimera. Resopló y soltó una maldición. Me picaba la garganta. Quería llorar porque

me sentía humillada, pero no me lo permití.

—Oye... —fue a decir.

—Se me ha quitado el hambre. Que disfrutes de tu puñetero risotto —
le espeté, y salí de allí dando un portazo.

Las palabras de Pablo me escocían en lo más profundo de mi alma. ¿Cómo se atrevía? Era un capullo. ¿Qué no esperase una palmadita en la espalda ni un abrazo de reconciliación? ¿Quién demonios se creía que era para hablarme así? Vale que me había ganado a pulso encontrarme en aquella situación, pero no me merecía que me tratara así. Había intentado con todas mis fuerzas llevarme bien con él, pero eso se había acabado.

Eres como un grano en el culo.

Para grano en el culo él. Que además de estar amargado, era antipático, borde y un cretino integral. Puede que estuviera de buen ver, pero no todo en esta vida es la belleza. Y el interior del subinspector estaba podrido.

Podrido.

Me borré las lágrimas con el puño del jersey. Sobre todo estaba cabreada conmigo misma. Y decepcionada. Pero bueno, ¿desde cuándo lloraba yo por un hombre? Y encima por uno que me trataba fatal. Que me despreciaba y que no lo disimulaba ni un poquito.

Yo nunca lloraba. Y menos por el sexo contrario. Jamás me había enamorado, y a mis treinta y un años había llegado a la conclusión de que el amor y yo no estábamos hechos el uno para el otro. No creía en los príncipes azules, en los cuentos de hadas y mucho menos en el amor verdadero. Creía en mí misma, en la mujer fuerte e independiente que no necesitaba a nadie para

brillar o conseguir lo que se propusiera. Y esa mujer jamás lloraba porque se metieran con ella.

—Te ha pillado en mal momento —me dije en voz alta—. Eso es todo. Pero mañana, otro gallo cantará.

Estar en el programa de protección de testigos me había influido bastante. Tenía miedo y eso, sin lugar a duda, había mermado mi autoestima. No las palabras de Mr. Gruñón, que me entraban por un oído y me salían por el otro. No, ni hablar. Me negaba a otorgarle tanto poder a ese hombre tan desagradable.

Cuando escuché un ruido detrás de la puerta, tensé la espalda y apreté el cojín contra mi pecho. Conque venía a pedirme perdón, ¡ja! Pues ya podía irse por donde había venido.

—¡Lárgate! Paso de escuchar lo que tengas que decirme —bramé, con la voz áspera a causa de las lágrimas.

Algo arañó la puerta hasta que consiguió entreabrirla, pero lo que asomó por la rendija no fue el subinspector, sino la cabecita de Gucci, que me observó apenado. Una punzada de decepción me apretó el pecho. ¡Por supuesto que aquel cretino jamás osaría disculparse!

—Oh... ven aquí, chiquitín.

Me agaché para subirlo conmigo a la cama. Gucci me dio un lametón en la barbilla y luego se acurrucó sobre mi pecho. Sus enormes ojos saltones me miraron como si comprendiera a la perfección lo que me pasaba.

—Echas de menos a tu dueña, eh —adiviné, y él me dio un lametazo en la mano—. No deberías haberte metido en mi bolso. Se que se está muy calentito ahí dentro, pero ahora vamos a tener que pasar una temporada juntos.

Suspiré. Gucci también. Sonreí ante la idea de que estuviéramos

sincronizados. Se hizo una bolita sobre mi regazo y escondió la cabeza en mi jersey.

—Al menos nos tenemos el uno al otro.

Un segundo después estaba roncando. Ah, qué envidia de vida perruna.

Cuando llamaron a la puerta di un respingo. Me peiné con las manos el desastre que tenía por pelo. Alguien carraspeó al otro lado, y en ese momento estuve convencida de que era él: Mr. Gruñón. Se sentía tremendamente culpable por como me había tratado e iba a arrastrarse para que lo perdonara.

Sonreí para mis adentros. Pensaba ponérselo muy difícil.

—¿Se puede? —preguntó una voz masculina al otro lado de la puerta.

—¿Horacio?

Bueno, pues ya está. Era definitivo. El subinspector no tenía corazón. Qué a mí me daba igual, por cierto. Pero hubiera disfrutado de lo lindo poniéndolo en su sitio.

—Pasa —le pedí.

Horacio empujó la puerta. Llevaba una bandeja con un plato de risotto, una botella de agua y un yogur.

—He pensado que tendrías algo de hambre —me dijo.

Al menos no todo el mundo en esa casa me odiaba. Algo es algo.

—Gracias, pero la verdad es que no.

Él se encogió de hombros y dejó la bandeja sobre la mesita de noche. Se quedó de pie, con las manos metidas en los bolsillos y actitud pensativa. Creo que buscaba la manera de empezar una conversación, así que decidí romper el hielo.

—Aunque estemos “casados” —formé unas comillas con mis dedos—, no hace falta que te preocupes tanto por mí. En serio.

Ambos nos echamos a reír.

—En realidad no ha sido idea mía —me hizo saber. A mí se me cambió la expresión y contemplé el plato de risotto con resentimiento—. Ha pensado que tendrías hambre.

—Pues no tengo. Y si la tuviera, ya me prepararía yo algo.

—Es un gran cocinero. Algo bueno tenía que tener, ¿no? —me guiñó un ojo.

Aflojé una sonrisa. Horacio parecía buen tipo.

—Lo digo en serio, no es tan malo como parece —insistió, y yo enarqué las cejas con escepticismo—. Bajo esa fachada de tipo duro y barba de leñador se esconde un gran corazón.

—Si tú lo dices —respondí con desgana.

—Dale tiempo. Estos últimos días han sido complicados para todos.

—¿A qué te refieres? —pregunté con interés.

—Creo que he hablado demasiado. Me pasa con frecuencia. Incontinencia verbal, según algunos.

—Mira, como yo. Al final va a resultar que estamos hechos el uno para el otro —bromeé.

Nos volvimos a reír.

—No, en serio. ¿Lo de mi escapada con el coche os acarreo problemas? —intuí. Horacio no respondió, pero leí la respuesta en su rostro—. A ti, a Andrea... y supongo que a Pablo. No hace falta que respondas, ya sé la respuesta.

—Entiende que él es el máximo responsable.

—No pretendía meteros en problemas, de verdad. Y lo siento mucho. Pero eso no le da ningún derecho a hablarme así.

—Lo sabe —lo miré sorprendida, y él asintió con una enigmática sonrisa—. Créeme que lo sabe. Aunque sea demasiado orgulloso para decírtelo a la cara.

—Pues yo creo que un hombre sabe cuando debe pedir perdón. El que no lo es manda a otros a hacer el trabajo sucio.

Horacio fue a decir algo, pero se arrepintió y cerró la boca. En lugar de ello, soltó un profundo suspiro y dijo:

—Buenas noches, Nati.

—Buenas noches, Horacio.

8. Un hombre de verdad

No podía dormir. Llevaba horas dando vueltas en la cama. Me tumbé bocarriba y suspiré. Gucci, por el contrario, dormía a mis pies con aquel ronquido que siempre lo acompañaba.

El risotto seguía intacto. No pensaba tocarlo. Si el subinspector pensaba que estaba todo aclarado con aquel gesto, es que no me conocía en absoluto.

Me levanté y fui hacia la ventana. La abrí y el frío viento de invierno me acarició las mejillas. Me gustaba el invierno. Me recordaba a un tiempo feliz donde estuve rodeada de amor. En el que todos los sábados mi abuela nos despertaba con chocolate con churros y yo estaba convencida de que no podía existir nada mejor en el mundo. Y tenía razón.

Cuando la congoja me apretaba el corazón, como en aquel momento, era mi hermano el que me sostenía en mis momentos de flaqueza. Javi casi siempre tenía una respuesta para mis dudas. Algo que decir que conseguía sacarme una sonrisa.

Eran las dos de la mañana, pero le escribí de todos modos. Porque en el fondo ambos sabíamos que solo nos teníamos el uno al otro.

Yo: hace mucho frío.

Él sabía leer entre líneas, como siempre. Que me conociera tan bien a veces me ponía de los nervios. Otras me consolaba. Me aliviaba saber que él era mi alma gemela. Esa que todos se empeñan en buscar para no pasar el resto de su vida solos. Pero, después de todo, ¿qué tiene de malo la soledad? Nacemos solos. Morimos solos. Es parte del viaje. Y en mi vida, una constante desde hacía bastante tiempo.

Estás bien así. Me lo repetía de vez en cuando, para recordarme que solo me necesitaba a mí misma. Y punto.

Mi ventana daba al patio trasero de la casa. Alejada de ojos curiosos, por si las moscas. Al principio no lo vi, oculto bajo el espeso limonero. Entrecerré los ojos y traté de conocer sus secretos. Tenía la sensación de que Pablo era mucho más de lo que se veía a simple vista.

Estaba fumando, con la espalda apoyada contra el tronco del árbol. Tenía la

mirada perdida y la expresión cargada de nostalgia. O eso me pareció. Estaba demasiado lejos, pero casi discerní el rastro de una sonrisa triste. Desprovisto de su armadura, me resultó un hombre melancólico.

Me pilló desprevenida cuando levantó la cabeza. Nuestras miradas se encontraron y me quedé sin aliento. Me hizo un gesto con la cabeza a modo de saludo. No se lo devolví. A él no le importó. Yo fingí que oteaba el horizonte de montañas rocosas, aunque en realidad no le quitaba la vista de encima.

El subinspector tiró el cigarrillo al suelo y lo aplastó con el pie. Luego se metió dentro de la casa sin volver a mirarme. Noté que se me aceleraba el corazón. Cerré la ventana y caminé de puntillas hacia la puerta. Pegué la oreja y escuché sus pasos. Tenían que ser los suyos.

Se detuvo delante de mi habitación. Tragué saliva. ¿Iba a entrar? En el profundo silencio de la noche, noté su respiración al otro lado. Durante unos segundos pareció pensárselo. Algo, tal vez su mano, se apoyó contra la puerta. Me mordí el labio. Después, los pasos se alejaron y escuché que la puerta de al lado se cerraba.

No tuve tiempo de pensar en aquel comportamiento tan extraño. O en por qué me había quedado escuchando detrás de la puerta como si me importara si se atrevía a llamar. Javi acababa de responder a mi mensaje.

Javi: te quiero.

Sonreí como una boba y le devolví el mensaje. De repente tenía mucho sueño.

Me desperté con un hambre voraz, algo comprensible teniendo en cuenta que no había probado bocado la otra noche. La casa estaba en completo silencio, así que supuse que era la primera en despertarme. Dejé el plato de risotto sobre la encimera para fregarlo después de desayunar.

Estaba dando cuenta de mi desayuno cuando Pablo apareció sin camiseta por la cocina. Sin camiseta. Puede que lo odiara, pero ante todo era una mujer. Una con ojos en la cara que era incapaz de no prestar atención a aquella tableta de chocolate. A cómo le quedaban los pantalones de chándal. O a las gotas de sudor que le resbalaban por el abdomen.

Madre... mía...

—Buenos días —me saludó.

Le hice un gesto con la cabeza y fingí que mi desayuno me parecía mucho más interesante que su sick pack.

—Es de mala educación estar sin camiseta en la mesa, ¿no lo sabías? —le solté.

Se miró a sí mismo algo sorprendido, y acto seguido se puso la camiseta.

—Disculpa, creí que no había nadie en la cocina. Pensé que seguías dormida.

—Pues ya ves que no.

Al parecer, al subinspector le gustaba hacer ejercicio a primera hora de la mañana. Ya me lo imaginaba, pavoneándose sin camiseta por el pueblo para que a las pobres ancianitas les diera un infarto. Seguro que estaba encantado de la vida.

Me di cuenta de que miraba el risotto con aire contrariado. Como si no se esperara aquel desplante por mi parte. Como si ofrecerme un plato de comida fuese un acto de generosidad tan grande que yo no pudiera despreciarlo.

—Así que eres demasiado orgullosa para aceptar comida —comentó como si nada.

Abrió la nevera y sacó un tetrabrik de leche.

—Así que eres demasiado orgulloso para pedirme disculpas.

—No lo soy —dijo muy tranquilo—. Pero voy a mi ritmo.

Me quedé tan sorprendida por aquel repentino cambio de actitud que tardé en contestar.

—Eres lento.

—Puede.

Dejé la taza de café sobre la mesa y lo observé como si me estuviera gastando una broma. ¿Quién era aquel hombre y qué había hecho con Mr. Gruñón?

Pablo se movía como pez en el agua en la cocina. Se preparó el desayuno en cuestión de segundos y luego se sentó a la mesa, justo a mi lado. Lo miré de reojo con bastante desconfianza. Seguro que ahora venía una de las suyas. Pero yo estaba preparada para luchar.

—O puede que no me guste que duden de mi virilidad. O que digan que mando a otros a hacer el trabajo sucio.

Vaya, así que Horacio se lo había contado. Elevé la barbilla con ademán orgulloso, para hacerle ver que no me arrepentía en absoluto de aquellas palabras.

—Sigo pensando lo mismo —le dije.

—Bien, pero yo no. Perdona por lo que te dije la otra noche.

Parpadeé alucinada.

—Uhm... disculpas aceptadas. No soy rencorosa —respondí, porque en el fondo no estaba preparada para eso.

—Me alegro.

Pablo se levantó y dio por zanjada la conversación. Pero de repente se volvió hacia mí con el ceño fruncido.

—Es un alivio que no lo seas. Pensé que me lo pondrías más difícil.

Me recompuse en cuestión de segundos. En cuanto mi mente recordó lo de “eres como un grano en el culo”. Fue ahí cuando le lancé toda la artillería pesada.

—¿Por qué iba a hacerlo? Cuando comprendo que alguien no merece la pena, prefiero pasar página. Es un alivio que tú seas de esa clase de personas —murmuré encantada de la vida, dándole de su propia medicina—. Como dijo un sabio: errar es humano, perdonar divino.

—Tienes un gran concepto sobre ti misma —ironizó.

Le sonreí de oreja a oreja. Aquella guerra la había empezado él, pero la acabaría yo.

—Qué va. Me conozco bastante bien. A ti tampoco te vendría mal hacer un ejercicio de introspección. Lo mismo te ayuda a descubrir que para lo tuyo sí que existe cura. Me temo que ser un amargado debe espantar a todo el mundo. Pobrecito.

Pablo me atravesó con la mirada. Sonreí como si nada y me dispuse a fregar los platos, dándole la espalda.

—Prefiero ser un amargado que una histérica como tú.

Me volví como una fiera y le salpiqué. Mr. Gruñón, con el rostro goteando, estaba en ese punto en el que es mejor dejar las cosas como están. Pero yo no podía.

—Cuidado con las histéricas. Pueden hacerte la vida imposible y convertir la convivencia en un infierno —le advertí.

—Haz lo que tú quieras —graznó, dirigiéndose hacia la puerta—. Pero añade *cría* a tu lista de adjetivos.

—¡Eso ya me lo habías dicho! ¡Renueva tu vocabulario! —le grité, antes de que se cerrara la puerta.

Cuando Gucci se terminó el pienso, se acercó hacia donde estaba y me arañó el tobillo. Lo rasqué detrás de las orejas y me dispuse a darle su paseo matutino. Me detuve a medio metro de la puerta al recordar que estaba allí por un motivo. No podía salir sin vigilancia, así que retrocedí y busqué por toda la casa a Horacio. Incluso la compañía de Andrea me resultaba más agradable que la del subinspector, pero no los encontré por ninguna parte.

Gucci gimió, y comprendí que me quedaban escasos minutos antes de que hiciera pis en algún rincón. Así que me tragué el orgullo y fui hacia la habitación de Pablo. Inspiré para hacer acopio de valor, pues detestaba la idea de volver a vernos las caras después de nuestra discusión. Cuando llamé a su puerta no respondió nadie. ¿Había salido y me dejaba sola? Aquello no era muy profesional por su parte. O quizás se encontraba en el jardín, fumando con aquel aire taciturno. Antes de seguir buscándolo, abrí la puerta del baño para hacer pis. Y lo vi en todo su apogeo.

A Pablo, completamente desnudo. A Mr. Gruñón, secándose la espalda mientras me ofrecía un plano bastante generoso de su anatomía. Mis ojos recorrieron con avidez sus muslos torneados, los brazos anchos y la hilera de vello oscuro que se perdía hasta su...

Abrí la boca de par en par y solté un alarido. ¡Madre del amor hermoso! Pablo se anudó la toalla alrededor de la cintura y caminó tranquilamente hacia mí. Se me aceleró la respiración y me quedé temblando.

—¿Has terminado de mirar?

—Yo... perdón, creí que estaba vacío... —titubeé, incapaz de mirarlo a los ojos.

—Se llama antes de entrar —espetó, y me cerró la puerta en las narices.

Me quedé un buen rato delante de la puerta, asimilando lo que acababa de suceder. Lo que había visto con mis propios ojos. Tardaría bastante tiempo en olvidar aquel cuerpo serrano. La imagen de sus caderas. El tamaño de su...

Se me secó la boca y bajé las escaleras a toda prisa. Uf, con lo mal que nos llevábamos y ahora esto. Sabía de sobra que tenía que comportarme con normalidad para quitarle hierro al asunto, así que lo esperé en el salón hasta que Pablo apareció. Esa vez vestido, gracias a Dios.

—¿Sabes dónde está Horacio? —le pregunté, fingiendo prestar atención a la tele.

—¿Para qué lo necesitas?

¿Y a él qué le importaba?

—Gucci necesita dar un paseo.

El perro gimió a modo de protesta.

—Puedo acompañarte yo —se ofreció, dirigiéndose hacia la puerta.

Me quedé sentada. Pablo, en la entrada de la casa, comenzó a exasperarse.

—¿Vienes o no?

—¡Sí, claro!

Gucci salió disparado, así que me separé unos metros de Pablo. En el fondo lo necesitaba, porque era incapaz de mirarlo a la cara después de lo que había sucedido. O mejor dicho: de lo que había visto. Él no parecía tan afectado. Aunque a saber lo que escondía aquella cabeza tan dura.

—¿Dónde está Horacio? —rompí el hielo.

—Ha ido a asegurar el perímetro con Andrea. Salieron muy temprano, estarán al llegar —me explicó, y noté cierta crispación en su voz—. ¿Prefieres que te acompañe él en lugar de yo?

¿Eran imaginaciones mías, o el subinspector parecía molesto porque prefiriese a Horacio? No, debían de ser imaginaciones mías. A él le gustaba controlarlo todo, por eso estaba irritado.

—No, me da igual.

—Bien.

Nos sumimos en otro tenso silencio. Gucci se alejó unos metros para olisquear unos arbustos. Lo vigilé atentamente mientras notaba que Pablo se acercaba por mi espalda. Olía de maravilla.

—Pero si prefieres que él te acompañe de ahora en adelante, no tienes más que decirlo. Por mí no hay ningún problema —insistió de mala gana.

Me encogí de hombros.

—Ya te he dicho que me da igual.

—No lo parece.

—Perdona si no demuestro un gran entusiasmo ante tu presencia —respondí exasperada, y me volví hacia él con cara de pocos amigos—. A lo mejor es que me corta el rollo que te caiga tan mal. Sí, será eso.

Pablo no dijo nada. Me hubiera gustado que al menos lo negara, pero no lo hizo. Se limitó a mirarme con aquella expresión indescifrable. Suspiré.

—Así que sí. Prefiero la compañía de alguien que no me detesta. Horacio me cae bien. Y es más agradable que tú.

—Pues será él quien te acompañe de ahora en adelante —zanjó con voz dura.

Fue detrás de Gucci, así que me tocó a mí seguirlo. Caminaba tan deprisa que tuve que acelerar el paso. ¿Qué diantres le pasaba? Por más que lo intentaba, me costaba pillarle el punto a aquel hombre.

—¡Genial! —exclamé con esfuerzo—. Lo prefiero a él antes que a ti.

—Eso ya lo has dicho.

—Es mi legítimo esposo —ironicé, y me gané una mirada de reojo—. No sé quién repartió los papeles, pero acertó de pleno. No hubiera soportado estar casada contigo ni aunque fuera de mentira.

—¿Has terminado?

Aunque seguía de espaldas a mí, hubo un tono peligroso en su voz. Una advertencia velada para que lo dejara estar.

Ajá. Estaba cabreado. Y se lo merecía.

Eché un vistazo a mi alrededor para buscar a Gucci. Cuando no lo encontré, lo llamé para que regresara.

—¡Gucci! —el perro no respondió a mi llamada, así que silbé—. Eh, pequeñín, ¡te daré salchichas!

Me impacienté al no encontrarlo, así que aceleré el paso. ¿Dónde se había metido?

Pablo me agarró del brazo y tiró de mí.

—No vayas tan deprisa.

Me zafé de su agarre de malas maneras.

—Es culpa tuya —le eché en cara—. Lo he perdido por tu culpa.

—¿Por mi culpa?

—Sí, ¡por discutir contigo!

—Para eso no necesitas mi ayuda.

Lo fulminé con la mirada. Pablo señaló hacia un terraplén, donde el perro estaba olisqueando bajo un quitamiedos. Suspiré aliviada y nos dirigimos hacia donde estaba.

—La próxima vez sácalo amarrado —me ordenó.

—La próxima vez no vengas conmigo.

—Ni aunque me lo suplicaras.

—Te has ofrecido tú —le recordé—. Yo no te lo he pedido.

—Puede que lo haya hecho por el perro. Y por mis zapatos.

Aflojé una sonrisa al recordarlo. Cuando vi que Gucci se metía por debajo del guardarraíl, se me borró de un plumazo y corrí hacia él. Pablo me siguió mientras los dos gritábamos el nombre del perro.

—¡Gucci, sal de ahí! —le supliqué asustada.

El terraplén tenía unos ocho metros de caída, y estaba repleto de zarzas, piedras y arbustos. Gucci estaba jugando con un guijarro y no me prestaba atención.

—¡Oye, ven aquí!

Cuando me asomé al quitamiedos, el perro agarró el guijarro con la boca y se lo llevo hacia el borde del acantilado. Genial, pensaba que iba a arrebatarme su juguete.

—Anda, no seas malo —le supliqué angustiada—. No te lo quiero quitar, ¿por qué no vienes aquí? Venga, bonito...

Gucci dudó, así que volví a llamarlo con voz suave mientras le prometía salchichas. Sus ojitos saltones se iluminaron y fue en mi dirección. Lo estaba animando a seguir cuando parte del sendero de rocas se derrumbó y arrastró a Gucci hasta abajo. Sus ladridos de rata poseída fueron lo último que escuché cuando lo perdí de vista. Joder, Tana iba a matarme.

—¡Noooooo! —exclamé aterrorizada.

Sin dudar, me encaramé al quitamiedos para rescatar al perro. Podía escuchar sus sollozos asustados. Había una caída bastante empinada, pero tenía que hacerlo. Estaba a punto de bajar cuando Pablo se deslizó hacia abajo.

—Quédate ahí —me ordenó.

Lo vi perderse entre la espesa vegetación y el corazón se me aceleró. Escuché el sonido de las piedras rodar hacia abajo. El tiempo se me hizo eterno mientras esperaba verlo aparecer con el perro.

—¡Pablo! —grité angustiada—. ¿Estáis bien?

Nadie contestó.

9. Tiempo muerto

—Qué susto me habéis dado —me llevé la mano al corazón, que aún no se había recuperado del todo.

—Este bribón ha tenido la culpa. El mérito es suyo.

Pablo aún llevaba al perro en brazos, que se había hecho un ovillo sobre su pecho. No me extrañaba, porque seguro que allí se estaba la mar de cómodo y calentito. Vale, tenía que admitirlo. El momento héroe de Mr. Gruñón me había dejado impresionada.

—Mírale el lado positivo; te debe una. Ya no volverá a mearse en tus zapatos.

Cuando creí que Pablo me lanzaría una mirada sulfurada, respondí:

—He tenido que lanzarme por un terraplén para conseguir caerle bien. Pues sí que es duro —bromeó.

Pablo dejó a Gucci en el suelo, que fue directo hacia la alfombra que había delante de la chimenea. Entrecerró los ojos y se estiró como un lagarto. Y allí se quedó, disfrutando del agradable calor que impregnaba la estancia.

—Venga, admítelo. Es una monada, ¿a qué sí? —le di un codazo.

Él se retorció de dolor y lo miré preocupada.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Te has hecho daño?

—Estoy bien —se apartó de mí cuando intenté tocarlo.

Puse los ojos en blanco.

—No hace falta que te hagas el duro —le dije con suavidad—. Ya has demostrado que lo eres. Y ahora, ¿por qué no me dejas que le eche un vistazo a esos arañazos?

Señalé su rostro y sus manos. Pablo puso mala cara.

—¿Disfrutarás como una sádica cuando me desinfectes las heridas con alcohol? —se temió.

—No seas miedica.

Pablo se irguió de orgullo, y yo tuve que hacer un gran esfuerzo para aguantarme la risa. Le daba por saltar a lo Rambo y ahora me venía con esas. Hombres...

—Puede que un poquito —admití, y le cogí la mano de manera espontánea para arrastrarlo hacia la cocina—. ¿Dónde está el botiquín?

—En el cajón que hay encima del microondas. Pero puedo hacerlo yo.

Me di cuenta de que seguía cogiéndole la mano. Para mi sorpresa, él no se apartó. Fui yo quien lo hizo, bastante turbada por el contacto. Traté de enmascarar mi reacción y lo empujé con suavidad para que se sentara en una silla.

—Es lo menos que puedo hacer por ti —le dije, cogiendo el botiquín.

—No es necesario.

Lo ignoré e impregné el algodón en agua oxigenada, mientras él me observaba con atención y un deje de recelo.

—¿Lo ves? Tampoco soy tan mala.

Tenía un corte superficial justo encima de la nariz y un rasguño en la barbilla. Me puse delante de él, y Pablo separó las piernas para que me acercara. Tragué con dificultad. ¿A quién quería engañar? Tenerlo tan cerca alteraba todos mis sentidos. Vamos, que me ponía cardíaca. Y justo allí, a escasos centímetros de su rostro, observé cada detalle del hombre más atractivo que había visto en toda mi vida. La boca ancha, las facciones duras... todo me gustaba.

Le limpié la herida de la nariz y apoyé una mano sobre su muslo. Noté que se tensaba, así que la aparté y me concentré en mis labores de enfermera. Me dolía que me rechazara de aquella forma cuando yo solo trataba de ser amable, pero lo dejé estar.

—No eres muy hablador, eh —bromeé.

—Ya lo eres tú por los dos.

Pablo me miró a los ojos de una manera que me hizo sentir incómoda, así que me centré en sus heridas. Se apoyó relajadamente en la silla mientras yo terminaba de curarlo. Y me miró. Simplemente me miró. Hasta que me puso

muy nerviosa y se me cayó el algodón al suelo.

Sin dejarme intimidar, porque era evidente que era lo que pretendía, cogí otro pedazo de algodón y lo impregné en agua oxigenada.

—Gracias por salvar a Gucci.

—No ha sido nada.

—¿Nada? —lo contradije—. Cualquiera no se habría tirado a por él.

—Tú lo habrías hecho.

—Sí, supongo. Pero no es lo mismo.

Señalé con curiosidad la cicatriz que tenía sobre la ceja derecha.

—¿Cómo te la hiciste?

—No es asunto tuyo.

Asentí con la boca apretada.

—No, no lo es —respondí agotada—. Levántate la camiseta.

Pablo no me hizo caso, así que puse las manos en alto.

—¿Crees que voy a abusar de ti? Tampoco estoy tan desesperada. Te duele, ¿no? Déjame ver lo que tienes.

Pablo se subió la camiseta y observé que tenía la zona bastante enrojecida y llena de arañazos. La desinfecté, tratando de prestar la menor atención posible a su anatomía. Se tensó cuando le rocé el abdomen con una mano.

—Las tienes heladas.

—Perdón, ya casi acabo.

No me dejó continuar. Cogió mis manos entre las suyas y comenzó a frotarlas. Me quedé tan cortada que no supe qué decir, algo bastante impropio en mí. Se me erizó el vello de la piel mientras que Pablo me acariciaba las manos. Fue agradable. Y desconcertante. Y me gustó muchísimo.

—Mejor así —dijo.

Asentí con las mejillas encendidas. Cuando terminé de desinfectarle la herida, fui a bajarle la camiseta, pero él me agarró la muñeca.

—La crema.

Lo miré sin entender, así que él señaló el tubo que había en el botiquín.

—Para el dolor —me explicó—. Te has ofrecido, ¿no vas a acabar el trabajo?

—Eh...

¿Estaba jugando conmigo? Su mirada se oscureció y me tendió el bote de crema. Lo observé angustiada. ¿Iba a soportarlo? ¿Qué estaba tramando? Dispuesta a no quedar como una cobarde, agarré el bote de crema y se lo quité con cierta violencia.

—Sí, no hay problema —dije, abriéndola con torpeza.

Pablo me la quitó de las manos y desenroscó el tapón con facilidad. Me sentí como una tonta. Intentaba dejarme en evidencia, ¿no? Tenía que ser eso.

Extendí una fina capa por la zona amoratada e intenté darme prisa. Se formó un tenso silencio a nuestro alrededor. Pero no fue como los anteriores... sino íntimo. Y desconcertante. Y me di cuenta de que me estaba recreando al tocarlo. Él tampoco se apartó.

—No vi nada —solté de manera atropellada.

—Tus ojos decían lo contrario —me contradijo con voz ronca.

Dejé de tocarlo y le bajé la camiseta. Ya está. Fuera lo que fuera, se había terminado.

—Porque no me lo esperaba —musité acalorada—. Pero vamos, que no vi nada.

—Si tú lo dices —lo puso en duda, y el rastro de una sonrisa sibilina asomó a sus labios—. Tendré que creerte.

—¡Por supuesto que tendrás que creerme! —me alteré, alejándome de él—. No soy ninguna mirona.

Pablo se quedó en silencio y se puso de pie. Joder, qué alto era. Y cuando me miraba de aquella forma tan misteriosa no sabía qué pensar. Y lo que era peor, no sabía lo que pensaba él.

Hasta que me ofreció la mano.

—¿No vas a cogerla? —preguntó con voz suave.

—No lo sé. ¿Significa eso que vamos a llevarnos bien? —dudé, sin fiarme del todo de él.

—Pondré de mi parte, te lo prometo.

—Yo... también.

Estreché la mano del subinspector y sentí un ramalazo de deseo. Quise soltarlo, pero él mantuvo el apretón durante más tiempo de lo normal.

—Encantado de conocerte, Natividad.

—Nati —lo corregí.

—Nati —su voz me envolvió como el caramelo caliente.

Y me soltó.

Andrea me sorprendió en cuanto abrí la puerta de la cocina. ¿Nos había estado espionando? Por cómo me miró, diría que no le había hecho ni pizca de gracia encontrarme con Pablo.

—Buenos días —la saludé.

Ella me hizo un gesto con la cabeza.

—Ya hemos asegurado el perímetro —escuché que le decía a Pablo—. ¿Todo bien por aquí? ¿Qué coño te ha pasado en la cara?

—Un accidente con el perro.

Me sentí fuera de lugar entre aquellos dos, así que me dirigí hacia el salón. Horacio estaba tirándole la pelota a Gucci, que no le hacía ni caso. El chihuahua se lamía las patitas en actitud digna, como si no estuviese dispuesto a seguirle el juego.

—No es como los otros perros —le expliqué, sentándome a su lado.

—A todos los perros les gusta jugar.

—Gucci es un poco... especial. Va con su dueña a hacerse la manicura, no te digo más.

—Un perro con estilo —bromeó.

—Se podría decir que sí.

—¿Qué te apetece ver? —me preguntó, señalando a la tele—. Hay mala señal y tenemos pocos canales. Elige tú.

—Gracias por el honor —sonreí. Hice zapping durante un buen rato—. No

echan nada bueno. ¿Una cerveza? He visto que hay una barbacoa en el patio, podríamos encenderla.

—¿A la intemperie? Me gusta la idea. Al final va a resultar que tenemos muchas cosas en común.

—Será por eso que estamos casados —le seguí el juego.

Me caía bien Horacio. Parecía buen tío y me ponía de buen humor hablar con él.

Regresó al patio con un par de cervezas y me tendió una. Le di un trago e intenté encender la barbacoa, pero el viento me lo ponía muy difícil.

—No hay manera, se apaga.

—Déjame a mí —se ofreció—. No eres mucho de campo, ¿no?

—Pues no.

—Yo tampoco.

Me partí de risa.

—¿Y entonces para qué te ofreces?

—Porque eres mi mujer. Tendré que ser educado, ¿no es lo que esperas de mí?

Se me escapó la risa floja. Estuvimos un buen rato así, bromeando mientras intentábamos prender la barbacoa. Al final lo conseguí yo, granjeándome la ovación de Horacio. Me calenté las manos en el fuego y luego encendí un cigarrillo.

—¿Fumas? —le ofrecí uno.

—Desgraciadamente sí. He intentado dejarlo cientos de veces, pero no hay manera.

—Entonces empieza hoy —me burlé de él, y guardé el cigarrillo en el paquete

—. No quiero ser una mala influencia para ti.

—Oye, ¡qué ya lo he dejado por imposible!

Intentó quitarme el paquete, así que me subí a una silla. Horacio saltó para arrebatármelo y puse el brazo en alto.

—Venga ya, ¡no seas así!

—Estoy mirando por la salud de mi esposo.

Él soltó una carcajada atónita y me arrancó mi cigarrillo de las manos.

—Quiero que me sobrevivas, ¿y si caigo en una depresión por no superar tu pérdida?

—¡Ey! —intenté alcanzarlo.

—¿Os lo estáis pasando bien? —la voz crispada de Pablo nos dejó callados de golpe—. ¿Habéis encendido la barbacoa? No sabía que esto era una fiesta.

Horacio se quedó bastante cortado. Pablo, en aquel momento, hacía honor al mote con el que lo había bautizado. ¿Por qué tenía que ser tan aguafiestas?

—Tampoco es un funeral —dije sin poder contenerme—. ¿Por qué no podemos encenderla?

Pablo me ignoró y centró toda su atención en Horacio. Lo miró durante un largo segundo, dando a entender que allí el que mandaba era él. Tenía que ser insoportable tratar con ese hombre.

—Te toca la segunda guardia —le dijo.

—Entendido —respondió Horacio.

Pablo volvió a dejarnos a solas. Sacudí la cabeza sin dar crédito a lo que acababa de presenciar.

—No sé cómo lo soportas —le dije.

—Se toma su trabajo muy en serio —lo disculpó.

—Está amargado.

Horacio no lo negó, pero añadió con tristeza:

—Tiene sus razones.

—Mr. Gruñón tiene una razón para todo.

—¿Cómo lo has llamado?

Uy, acababa de hablar en voz alta. A Horacio se le escapó la risa floja, así que me envalentoné.

—No me digas que no le pega.

—Como te oiga decirlo se va a cabrear muchísimo —me advirtió.

—Peor no le puedo caer, qué más da.

—¿Tú crees?

—Pues sí —respondí sin dudar—. Qué más da. Tampoco es que me importe demasiado.

—Yo diría que te importa más de lo que quieres dar a entender.

—¿A mí? —me encendí—. Para nada.

—Vale, si tú lo dices —lo dejó estar—. Pero dale una oportunidad. Aunque no lo creas, Pablo es una gran persona.

Recordé cómo se había tirado a por el perro sin dudarlo. Puede que lo estuviese juzgando mal. Tal vez había un corazoncito bajo ese pecho tan duro.

10. Taquicardia

A alguien se le ocurrió la maravillosa idea de jugar a un juego de mesa. No teníamos mayor distracción que una televisión con pocos canales a la que se le iba la señal cada dos por tres, así que todos habíamos estado de acuerdo. Habíamos encontrado dos juegos: un viejo parchís y un Party&Co.

Jugar al parchís fue toda una odisea. Primero porque no nos poníamos de acuerdo con las normas, y segundo porque cuando lo hicimos, Pablo se lo tomó demasiado en serio y tuvo un único objetivo: comerse todas mis piezas.

—Hay más gente jugando, ¿lo sabías? —me cabreeé, cuando se comió mi cuarta pieza.

—No es más que un juego, relájate —respondió en plan condescendiente.

—Relájate tú y déjame jugar.

Era evidente que lo hacía para provocarme. Uf, qué hombre tan retorcido.

—No seas cría —pronunció la última palabra con retintín, y porque en el fondo sabía que para nosotros significaba algo más que para el resto de la mesa—. Si quieres te dejamos ganar, como a las niñas pequeñas.

—Venga, dejadlo ya —medió Horacio—. Es solo un juego.

—Díselo a ella, que se lo toma todo a la tremenda —continuó Mr. Gruñón.

—Ja, ja, ja... ¡mira quién fue a hablar! El que se cabrea cada vez que no le sale un cinco —respondí malhumorada—. No te preocupes, que me voy a poner en el mismo plan que tú.

—Uy, qué miedo me das —me vaciló.

Y comenzó mi venganza. Porque a otra cosa no, pero a vengativa no me ganaba nadie. De pronto el parchís se convirtió en una competición a vida o muerte para ver quién de los dos le comía más fichas al otro. Horacio y Andrea nos observaban sin decir una palabra, mientras que nosotros competíamos como dos críos.

Luego llegó el turno del Party & Co, un juego por equipos en el que se hacían preguntas de cultura general, mímica para adivinar películas, dibujos para adivinar palabras... entre otras pruebas. Como lo más justo era sortear las

parejas, a mí tuvo la desgracia de tocarme como compañero Mr. Gruñón. Lo miré con resentimiento: por su culpa había quedado la última en el parchís. No se lo perdonaría nunca.

—Espero que este se te de mejor que el parchís —me susurró al oído.

Su aliento me hizo cosquillas en el lóbulo de la oreja. Ignoré lo que me provocaba su contacto y me centré en lo importante: lo mucho que lo odiaba.

—Soy una máquina en el Party. Tú sígueme el rollo y no la cagues —le respondí con orgullo.

—Habrá que verlo —lo puso en duda.

Pero no, no fue eso lo que sucedió. Mientras que Horacio y Andrea se compenetraban y jugaban en equipo, nosotros éramos incapaces de hacer lo mismo. Nos llevábamos fatal, cosa que se tradujo en el juego.

Pablo se puso de pie para imitar la película que a mí me tocaba adivinar. Se sacudió como un gorila mientras yo lo observaba perpleja.

—¡El planeta de los simios! —exclamé.

Dejó de moverse y me fulminó con la mirada.

—¿El planeta de los simios? ¿Lo dices en serio? —se exasperó—. ¡Es El señor de los anillos! ¿Cómo puedes ser tan torpe?

Me puse colorada de indignación. ¿Cómo se atrevía?

—Te movías como un mono, ¿qué querías que pensara? —lo rebatí, cada vez más cabreada—. ¿El señor de los anillos? ¡Pero si es super fácil! ¿Por qué no has hecho lo del anillo? Eh, listillo. ¡Se llama El señor de los anillos! ¡De los anillos! ¿Desde cuándo salen simios en la película?

Pablo se quedó callado durante unos segundos, asimilando lo que acababa de decirle. Ja, lo había dejado con la palabra en la boca. Pues claro, el inútil era él.

—Estaba imitando a un orco —se justificó.

Me froté la cara. Eso no podía estar pasando. ¿Pretendía que reconociera a un orco con sus movimientos?

—Pero cómo te ibas a dar cuenta. Seguro que ni siquiera has visto la película, Einstein —añadió, como si yo fuera una imbécil.

—¡Soy fan de Tolkien! ¡Cómo te atreves!

—Lo dudo mucho. No tienes cultura cinéfila.

—¡Ja, lo que me faltaba por escuchar! Conque un orco... —me puse de pie, tan airada que no medí mis palabras—. ¡Te hubieras señalado la cara, lo habría pillado de inmediato!

Horacio y Andrea se quedaron boquiabiertos. A Mr. Gruñón se le desencajó la mandíbula y apretó los puños. Uy, quizá me había pasado un poquito.

—Paso de jugar con esta niñata —dijo, y fue en dirección a las escaleras.

—¡La que pasa de jugar contigo soy yo, que eres insufrible! —le grité, y me fui directa a mi habitación.

Cría, niñata... en el fondo se lo tenía merecido. Lo del mote de Mr. Gruñón le venía que ni pintado. Qué hombre tan... tan... ¡argh! Estaba tan cabreada que ni siquiera me salían las palabras.

No podía pegar ojo. La competición verbal con el subinspector, alías “*tengo razón porque lo digo yo*”, me había dejado una jaqueca de proporciones épicas. A ratos me sentía furiosa, irritada conmigo misma y algo culpable. No es que él no se mereciera que le dieran de su propia medicina, pero no era necesario que yo le siguiera el juego. Como decía el refrán: dos no se pelean si uno no quiere. Y desde luego, en eso de lanzarnos pullitas los dos íbamos empatados.

Pero él tiene más culpa que yo, me dije. Es insufrible. Exasperante. Lo detesto.

Me sorprendió recibir un mensaje de Jaime a esas horas de la noche, pero en el fondo lo agradecí. Echaba de menos mi vida. A Tessa e incluso a Tana. A mis escarceos de una noche, que no me producían tantos quebraderos de cabeza como Mr. Gruñón.

Jaime: ¿qué tal estás?

Yo: viva. El asesino todavía no me ha encontrado ?? Tendrás que seguir aguantándome.

Jaime: no bromees. Sabes de sobra que te echo de menos.

Me quedé atascada en su último mensaje. Jaime me gustaba lo suficiente para tener algo con él. Pero como el resto de hombres de mi vida, se acabaría en cuanto empezara. ¿Por qué? Porque no sentía eso a lo que la gente llama amor. Porque a mis treinta y un años jamás me había enamorado. Quizá, y ya me había hecho a la idea, yo era una de esas personas destinadas a estar solas.

¿Y qué tenía de malo? Nada, por mucho que a veces —y solo a veces—, echara de menos tener algo más en mi vida. Pero no era la clase de persona que se enredaba de por vida con alguien para llenar ese vacío. Prefería estar sola que vivir con un hombre al que no amaba.

Yo: tengo el humor un poco negro. Estoy bien. Todo lo bien que se puede estar alejada del resto del mundo.

Jaime: genial, ¿nos vemos a tu vuelta? Ya sabes, cuando todo ese lío se solucione y puedas llevar la vida de una persona normal. Sin riesgo a que te disparen y esas cosas.

¿Qué le decía? Si Javi tenía razón, Jaime quería algo más que una amistad conmigo. Algo más que irnos a la cama de vez en cuando hasta que uno de los dos se aburriera.

Estaba pensando qué responderle cuando me llegó otro mensaje. Era Tana, alias “la tía más pesada del mundo”. Y preguntaba por Gucci, cómo no. A mí que me dieran por saco.

Tana: ¿cómo está mi bebé? ¿Lo sacas tres veces al día? Cómprale ropita mona. Allí debe de hacer mucho frío.

¿Dónde se pensaba que estaba? ¿Rodeada de centros comerciales donde vendían ropa para mini chihuahuas?

Yo: estoy genial, gracias por preguntar.

Tana: Oh, Nati, deja de hacerte la importante. NO ERES EL CENTRO DEL MUNDO, querida.

Grrr... pija insufrible.

Yo: aplícate el cuento, princesa.

Tana: si fuese una princesa no me tendrías explotada en esa cafetería. Por Prada, dime que vuelves dentro de poco. Mi manicura es incompatible con

fregar a mano.

Yo: voy a llamar por teléfono al asesino para comentárselo. Seguro que será comprensivo y me dejará en paz. Tu manicura es más importante que sus planes, obviamente.

Tana tardó bastante tiempo en contestar. O bien no pillaba la ironía, o estaba buscando algo ingenioso que responderme.

Tana: eres cruel, ¿lo sabías?

Me envió una foto. Cuando la abrí, observé horrorizada que había vestido a Trufa, mi perro, con un vestido de lunares rojos. Le había colocado unas gafas fucsias y... Dios Santo, ¿le había hecho la manicura al pobre animal?

Tana: he encontrado sustituto temporal para Gucci. ¿A qué es una monada? Nos hemos hecho grandes amigos.

Yo: podría considerarse maltrato animal.

Tana: no seas boba. Está encantada de que la traten como a una reina.

Le mandé una foto de Gucci, durmiendo a los pies de mi cama. Tana, a su vez, me envió un audio que decía:

—¡Oh, mi pequeñín! ¿Echas de menos a mamá? ¡Eres la cosita más bonita del mundo! Muerde a Nati si se porta mal contigo. ¡Te quiero, bollito! Pronto estaremos juntos.

Gucci contempló el teléfono de reojo, sin apenas inmutarse. Y luego se tiró un cuesco. Joder, ¿cómo algo tan pequeño podía apestar tanto? Me tapé la nariz con una mano y lo acusé con la mirada. Él puso carita de no haber roto un plato.

—Oye, ¿te parece bonito? —le reocriminé.

Su respuesta fue cerrar los ojos y volver a dormirse. Desde luego, Tana y Gucci estaban hechos el uno para el otro. Su pasotismo era envidiable.

Tana: ¿qué ha hecho? Seguro que se ha puesto super contento de escuchar a su mami.

Oh, sí. Había montado una fiesta. Decidí mentirle para que no montara en cólera.

Yo: ha movido el rabito y se ha puesto a ladrar.

Tana: claro, me echa mucho de menos. ¡Pobre criatura!

Puse los ojos en blanco.

Tana: cambiando de tema, ¿cómo te va con el subinspector cañón?

Yo: ¿te refieres a ese espécimen más propio del paleolítico que del siglo xxi?

Tana: oh, venga ya. Seguro que te lo has tirado, ¿a qué sí?

Pero bueno, ¿qué clase de concepto tenía Tana de mí?

Yo: no, ¿por qué?

Tana: :o

Tana: ¡no te creo! ¿Cómo que por qué? ¡Por que le tiras la caña a todos los tíos buenos! Y este se encuentra en la cúspide de la pirámide de los tíos buenos. No me digas que no te gusta, ¡mentirosa!

Yo: no me gusta.

Tana: no te lo crees ni tú. Seguro que ha pasado de tu cara. Por eso estás así.

Teclé con todas mis fuerzas. Eso no era... bueno, no era exactamente así, ¿no? Nos odiábamos. En plural. Mr. Gruñón no tenía derecho a apropiarse de ese sentimiento.

Yo: es recíproco. No me gusta, no le gusto. ¡No es mi tipo!

Tana: ja, ja, ja ¡he dado en el clavo!

Quise atravesar la pantalla para estrangular a Tana. Lo que me faltaba, que ella creyese que estaba resentida con el subinspector porque él pasaba de mí.

Yo: piensa lo que quieras. No das para más.

Tana: ji, ji, ji ¡no te enfades! Hay más peces en el mar. Lo superarás.

Yo: ¿superarás tú lo cortita que eres? Lo dudo.

Tana: ☹ me has roto el corazón.

Tana: ja, ja, ja. Nati se ha enfadado... Nati se ha enfadado...

La dejé por imposible. A una parte de mí le escocía que Tana pensara que mis sentimientos hacia Pablo se debían a que él me había rechazado. Porque había sucedido una vez, en la cafetería. Luego lo había conocido y... bueno, que no

me gustaba. ¡Ni un poquito! ¿A dónde iba yo con ese amargado?

Estaba peleándome con mis pensamientos cuando escuché un ruido proveniente de la planta baja. Hasta Gucci se despertó. Me acurruqué en las sábanas y se me pusieron los vellos de punta. ¿Había entrado un intruso? Observé el reloj y comprobé que eran las cuatro y media de la noche. Demasiado tarde para que Andrea y Horacio siguieran despiertos.

Agarré lo primero que tenía a mano, que fue la lamparita de noche. Sin pensármelo, cogí a Gucci y lo encerré en el armario.

—Ahí estarás seguro —le expliqué antes de cerrar la puerta.

Me escondí detrás de la puerta de la habitación y agarré la lamparita con manos temblorosas. Dios mío, El águila, Salomón o a saber quién, me había encontrado y venía a cerrarme la boca.

¡No estaba preparada para morir! Una vez una adivina me leyó la mano y me dijo que la palmaría a los noventa años, rodeada de mis hijos y nietos. Estaba claro que la pobre mujer no daba ni una, pero aquel escenario era más bucólico que el que me esperaba ahora.

Escuché pasos detrás de la puerta y me tembló hasta el alma. Levanté la lamparita y me prometí a mí misma que me defendería hasta que me quedara el último aliento. El miedo se apoderó de mí cuando observé cómo se movía el pomo. Mierda, iba a entrar. Cuando empujó la puerta, grité como una posesa y le arreé con la lámpara, pero el extraño me agarró la muñeca. Atiné a darle un rodillazo en las costillas antes de que me derrumbara al suelo. Me tapó la boca con las manos y le mordí.

—¡Joder! —maldijo la voz de Pablo—. Por lo que más quieras, estate quieta y cállate.

—¿Pablo? —pregunté aturdida.

Tirado encima de mí, conseguí entrever sus facciones en la oscuridad. Noté que asentía mientras me quitaba la lamparita de la mano.

—¿Qué pensabas hacer con esto?

—Defenderme —respondí con voz débil.

No se levantó. Aplastada por su cuerpo, fui consciente de que en aquella situación, al borde de la muerte, mi cuerpo lo necesitaba más que nunca. Me

invadió un calor repentino. Quizá no era un escenario tan espantoso después de todo: morir agarrada a Mr. Gruñón. A sus músculos de acero. Su barba me hizo cosquillas en la frente cuando habló.

—¿Con una lámpara? Muy propio de ti —esa vez no hubo burla en su voz, sino algo muy parecido al orgullo—. Siento haberte asustado, pero no podía hacerlo de otra forma.

Pablo se incorporó y experimenté una ligera pérdida. Luego me cogió del brazo y me levantó sin esfuerzo.

—El ruido que he escuchado...

—Lo sé —dijo. Estaba tan intranquilo como yo, pero su voz destilaba autoridad—. Probablemente no haya sido nada, la casa es segura. Pero iré a echar un vistazo de todos modos.

—¡No! —supliqué, agarrándole la mano—. No me dejes sola, por favor.

—Nati, es mi trabajo.

—Sí, pero... ¿y si te pasa algo?

—¿Tanto lo lamentarías?

—Yo... —balbuceé. Si con eso provocaba que se quedara a mi lado, le diría la verdad—. Sí, tal vez. Puede. Un poco.

—Apenas me soportas —dijo, y sonó como una acusación velada.

Le apreté la mano con más fuerza. Pablo no se apartó.

—Esa es otra historia —respondí, con la voz quebrada por el miedo—. Por favor, quédate conmigo.

Pablo me pegó contra la pared y sostuvo mi rostro entre sus manos. Me quedé sin aliento. Apenas podía ver su expresión, pero sí la intensidad que desprendían sus ojos. Sus dedos me acariciaron las mejillas y yo me derretí como un flan. Deseé que allí, en ese momento, me besara. Y lo deseé con todas mis fuerzas.

—No puedo —gruñó, casi molesto consigo mismo.

—Pablo... —susurré.

—Te prometo que esto no acaba aquí —dijo, dejándome sin palabras.

Pegó su boca contra mi frente y me besó. Fue un beso áspero y rápido. Uno que me dejó desconcertada y con ganas de más.

Y luego me dejó sola.

¿Y si estaba muerto?

Encerrada con Gucci en el armario, lo único en lo que podía pensar era en eso. Y en el beso. En el extraño beso de despedida que Pablo me había dado. Quizá solo lo había hecho para tranquilizarme.

Esto no se acaba aquí.

Ojalá tuviera razón. Fuera lo que fuera lo que había querido decir, no estaba preparada para decirle adiós al subinspector. A Mr. Gruñón, que a ratos me ponía de los nervios y a ratos me ponía la piel de gallina. Pero Sobre todo a Pablo, que hacía que mi corazón latiera muy deprisa.

No sé cuánto tiempo estuve encerrada en el armario. Pensando en el beso. Pensando en Pablo. Pensando en que lo que me hacía sentir no era ni medio normal. Haciéndome a la idea de que pasar del odio a lo que diantres fuera aquello era surrealista.

Lo que sí sé es que cuando alguien abrió sin previo aviso la puerta del armario, le di una bofetada.

—¡Qué coño haces, maldita loca! —me gritó la voz de Andrea.

Tenía mi mano tatuada en su mejilla. Salí mareada del armario mientras ella me dedicaba una mirada cargada de rabia.

—Lo siento, es que pensé...

—Falsa alarma, damisela en apuros. Un pájaro se estrelló contra una de las ventanas de abajo —me informó, dirigiéndose hacia la puerta.

Suspiré aliviada.

—¿Te duele? —le pregunté avergonzada.

—¿Esto? —se señaló la cara con sorna—. Con esa manita no podrías hacerle daño a nadie.

11. Defensa personal

Todavía no me había recuperado del susto. Ni del beso de Mr. Gruñón. Ni de las palabras de Andrea. Me sentía tan conmocionada y fuera de lugar que estuve remoloneando en la cama hasta medio día, intentado asimilar los acontecimientos de la noche anterior. Cuando por fin salí de mi escondite, lo hice por causas mayores: tenía que sacar a Gucci a dar un paseo.

Fue Horacio quien me acompañó. De Pablo no había ni rastro, y Andrea me había saludado con un: *buenos días, bella durmiente*. Estaba claro que no le caía bien. Abofetearla tampoco me había hecho ganar puntos.

—¿Estás bien? Te veo muy callada hoy —me dijo Horacio.

—Me pegué un buen susto anoche.

—Sí, todos nos llevamos un susto.

—Pero vosotros estáis acostumbrados a este tipo de cosas —le dije, sintiéndome como una tonta por haber actuado de aquella manera—. Ni siquiera supe reaccionar.

—No te apropiés del miedo. Es algo natural, nos pasa a todos. Por mucho que nos entrenen para esto, tener miedo es lo más lógico del mundo.

—Le pegué a Andrea —le conté abochornada. Y añadí por si las moscas—: fue sin querer.

—Ah... conque eso es lo que le pasó en la cara.

—¿No lo sabías?

—Dijo que se había caído.

—Creo que me odia —le confesé.

Aquello no lo pilló por sorpresa, y tampoco lo negó. Así que me animé a sacarle algo de información. Obviamente, la animadversión de Andrea tenía alguna razón de ser. Y sospechaba que el motivo estaba relacionado con Pablo.

—¿Ella y Pablo están muy unidos? —dejé caer como si nada.

—Tienen una relación muy especial que viene de lejos —respondió,

mirándome de reojo—. Son muy amigos.

—¿Están saliendo juntos?

Ala, yo como siempre, sin pelos en la lengua.

—Eso no me corresponde decirlo a mí.

—Creí que los matrimonios no se guardaban ningún secreto —bromeé.

—Entonces deberías decirme por qué te importa tanto la clase de relación que tengan.

—¿A mí? —me hice la inocente—. No es eso. Es solo que... a ella no le caigo muy bien. Pensé que sería por eso.

—¿No será que te preocupa algo más? —intuyó con una media sonrisa.

—¡No! Qué dices...

Genial, encima era un libro abierto.

—Podrías preguntárselo a él —me animó.

—¿A Pablo? —aluciné—. No, ni de coña.

Cuando regresamos a la casa, me quedó claro que la razón por la que Andrea me detestaba era esa relación tan especial que tenía con el subinspector. Quizá no tenían nada serio, pero sí se acostaban juntos. Puede que ahora que teníamos que convivir bajo el mismo techo me viera como una enemiga. Fuera como fuera, no iba a preguntárselo a Pablo. Ni hablar.

Pero una idea alocada seguía rondándome la cabeza. Estaba deseando comentársela a Pablo, a ver qué le parecía. Y por qué no, me moría de ganas de volver a verlo. ¿Por qué me había besado? ¿Qué significaba lo que me había dicho?

No dio señales de vida hasta casi el anochecer. Horacio me comentó que estaba haciendo una ruta de vigilancia por el pueblo. Sabía de sobra que entre los tres se turnaban, así que no entendía que ese día él se encargara de todo el trabajo. ¿Me estaba evitando a propósito? La verdad es que ya no sabía lo que pensar.

Estaba fumando en el patio cuando él regresó. Estuvo un rato hablando con Horacio y Andrea, cenó algo rápido y subió las escaleras. Me desanimó que ni siquiera me saludara, pero fingí que no me importaba. Fue una hora y media

después cuando se dignó a aparecer por el patio. Se quedó plantado delante de la puerta, como si le sorprendiera que yo aún siguiese allí.

—Si quieres me voy —le dije.

—¿Por qué? ¿Respirar el mismo aire que yo te molesta? —replicó con tono huraño.

—Parece que al que le molesta es a ti. ¿Dónde has estado hoy?

Pablo encendió un cigarrillo y se apoyó contra la pared.

—No sabía que tuviera que darte explicaciones.

—No te las estoy pidiendo —respondí, en el mismo tono irritado que utilizaba él—. Simple curiosidad, eso es todo.

Pablo se quedó un buen rato mirando las estrellas mientras fumaba. Parecía ausente, como si fuese ajeno por completo a mi presencia. La luz de la luna le perfilaba las facciones, y a mí me pareció muy injusto que fuese tan atractivo. Incluso me gustaba su barba. A mí, que nunca me habían gustado los hombres con barba.

—Aquí se pueden ver las estrellas, ¿te has fijado? —señaló el cielo cuajado de estrellas—. Cuando era pequeño me pasaba horas y horas esperando ver una estrella fugaz. Me encantaba pedir deseos.

—¿Y ya no lo haces?

—No desde que descubrí que son trozos de meteorito. Entonces perdieron toda su magia.

—No dejan de ser hermosas. Y quién sabe, quizá sí que puedan conceder deseos.

—¿Crees en esas cosas? —preguntó sorprendido.

—¿Por qué no? Es bonito tener ilusión. Tú no pareces un hombre con demasiada, por cierto. No te lo tomes como algo malo. No pretendía, ya sabes...

—Entiendo lo que quieres decir —respondió bastante calmado—. Lo de que estoy amargado y todo eso. Ya lo dejaste caer.

Me mordí el labio inferior.

—Oye, los dos nos hemos dicho cosas poco agradables.

—Sí, tienes razón —concedió, ante mi incredulidad—. No he sido el hombre más agradable del mundo estos últimos días.

Lo miré como si me estuviera gastando una broma. ¿De verdad lo estaba admitiendo?

—No lo has sido.

—Tú tampoco me pones las cosas fáciles —añadió consternado—. Eres... complicada.

La forma en la que pronunció aquella palabra provocó que me estremeciera.

—Será porque tú me desconciertas —solté como si nada—. Ayer fuiste... bastante agradable, por cierto.

—Estaba haciendo mi trabajo —le restó importancia—. Tenía que calmarte. Y protegerte. Para eso estoy aquí.

Me desinflé como un globo. Pues claro, no había segundas intenciones. Pablo no sentía nada por mí. ¿Y el beso? Una mera estrategia para calmar a la mujer desquiciada que no le dejaba hacer su trabajo.

—Sí, me lo había imaginado —dije, forzando una sonrisa.

—¿Cómo estás?

Me sorprendió su pregunta. ¿Qué cómo estaba? Sana y salva. Al parecer eso era lo único que le importaba. Entonces, ¿por qué lo preguntaba como si le interesara de verdad?

—Bien —murmuré. Apagué el cigarrillo y me dirigí hacia la casa—. Estoy cansada, buenas noches.

Pablo me agarró del brazo.

—¿Por qué mientes? No estás bien. Se te nota en la cara.

Odié que mis emociones me traicionaran. Me encogí de hombros. Detestaba ser tan vulnerable. Yo era todo lo contrario, ¿qué me estaba pasando?

—Es que no estoy acostumbrada a que mi vida esté en peligro —respondí a la defensiva—. Puede que sea eso.

Pablo alargó un brazo y me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. Me estremecí ante el contacto y entrecerré los ojos.

—Eres más fuerte de lo que piensas.

¿Me estaba haciendo un cumplido?

Abrí los ojos de par en par y se me escapó la risa floja.

—¿Yo? Para nada. Intenté golpearte con una lamparita, y tú me desarmaste en cuestión de segundos. Fue patético —respondí compungida.

—Yo he recibido entrenamiento, tú no. Lo raro hubiera sido que consiguieras golpearme, ¿no crees? —dijo con suavidad.

—Supongo. Pero me comporté como una tonta. Estaba muerta de miedo.

—No te escondiste. Saliste a defenderte, eso dice mucho de ti.

—No, Andrea tiene razón. Le di una bofetada, soy lo peor. ¿Quién se defiende así?

La expresión de Pablo cambió. Cuando creí que me echaría la bronca por haberle pegado a su novia, dijo:

—Así que alguien te dice que no vales nada y tú te lo crees. Pensé que tenías un alto concepto de ti misma.

—¿Yo? —aluciné—. Mi autoestima es más bien normalita. Me defiendo cuando alguien me llama cría. Eso es todo.

—Andrea se puso hielo por esa bofetada de nada que le diste. ¿No te has parado a pensar que le hiciste bastante daño y que eso la cabreó?

Analiqué sus palabras. Tenía toda la lógica del mundo.

—Fue sin querer, en serio.

—Nadie dice que quisieras pegarle —me tranquilizó—. En cualquier caso, creo que hablo por todos cuando digo que nos sorprendió que no te quedaras lloriqueando en una esquina.

Me sentí muy orgullosa de que él pensara eso de mí.

—He estado pensando en algo. No sé qué te parecerá.

Pablo me miró de manera interrogante, así que seguí.

—Quiero que me ayudes a defenderme. Tú, o quizás Horacio. Cuando ayer me sentí tan indefensa, me recordó a aquella vez en el callejón con El Águila. Fue horrible. No quiero volver a sentirme así.

—No —respondió sin más.

Me quedé tan decepcionada que no supe qué decir. No, ¿y ya estaba?

—Si quieres recibir clases de defensa personal, me pido la exclusividad. Es una condición innegociable —dijo con tono autoritario.

Pablo me miró a los ojos y observé el mismo brillo intenso de la otra noche. Acababa de excluir de la ecuación a Horacio. Él y yo. Nosotros. Tragué saliva.

—Vale —respondí nerviosa—. ¿Cuándo empezamos?

—Mañana —dijo, dándome la espalda para regresar a la casa—. Mañana serás mía.

Mañana serás mía.

O yo no sabía leer entre líneas, o a Mr. Gruñón le había sentado un pelín mal que hubiese pensado en Horacio.

Me dejé caer en el colchón con los ojos abiertos como platos. Genial, ¿y ahora quién pegaba ojo? Iba a tener a Pablo como mi entrenador personal. Los dos sudados... madre mía, se avecinaba tormenta. Me puse mala de solo imaginarlo.

—¿Tú qué crees? —le pregunté a Gucci.

El chihuahua estaba mordisqueando un hueso y me ignoró por completo.

—Gracias por tu ayuda —me resigné.

No sabía con quién hablar de lo que sentía. En otra ocasión, se lo habría contado a Tessa. Pero teniendo en cuenta que creía que Pablo y yo éramos una pareja, no podía decirle nada. Con mi hermano podía hablar de muchas cosas, excepto de hombres. Javi se pondría en plan paternalista.

Me quedaba Tana. Dios, ¿cómo iba a recurrir a una pija insufrible de veinte años? Me mordisqueé la uña del dedo pulgar. Necesitaba desahogarme con alguien y ella era mi única alternativa.

Yo: ¿estás ahí?

Tana: Trufa y yo estábamos viendo Love Actually. Qué bonita. ¿Por qué el amor no es como en las películas?

Yo: porque en la vida real todo es más complicado.

Tana: uhm... en la vida real existe Tinder. Pero yo solo encuentro tíos que quieren llevarme a la cama. Por cierto, ¿qué tal con el señor Macizo?

Tana: ¿o sigues fingiendo que no sientes nada por él?

Decidí ser sincera con ella. ¿Por qué no? Estaba a cientos de kilómetros de distancia.

Yo: es complicado.

Tana: ¡así que no lo niegas!

Yo: me desconcierta. Se comporta como si me detestara. Pero, a veces...

Tana: ¿?

Yo: no lo sé, es una corazonada. Creo que no soy su tipo. Quizás tienes razón y me ha dado fuerte porque es la primera vez que un tío me trata así.

Tana: no me puedo creer que te vaya a decir yo esto.

Tana: ¿en serio, Nati? Tú nunca tienes pelos en la lengua. ¿Hola? ¡Sé más lanzada!

Yo: ¿y si me rechaza?

Tana: tu orgullo lo superará. No es el fin del mundo. ¿Es eso lo que te preocupa?

Yo: me preocupa no saber lo que siento. Creo que me he encaprichado de un tío que me da largas.

Tana: puede ser, pero nunca lo sabrás si no das el primer paso.

Yo: ¿y por qué tengo que ser yo? ☹

Yo: no es justo. No es un libro abierto. Y tal vez haya otra persona.

Tana: lee las señales.

Yo: en su caso son contradictorias. Me beso en la frente. EN LA FRENTE. ¿Qué demonios significa eso? Luego pasó de mí durante todo el día. Y puede que esté celoso de Horacio. No sé qué pensar.

Tana: ¿quién es Horacio?

Yo: su compañero.

Tana: muy bien, pues pasa tiempo con Horacio. Si se pone celoso, obviamente siente algo por ti.

Yo: ¿eso no es un poco retorcido?

Tana: sí. Son las tres y media de la mañana. No me pidas buenos consejos a esa hora.

Tana: o puedes decirle lo que sientes y salir de dudas.

Yo: eso no es una opción. En absoluto.

Tana: genial, entonces ya sabes lo que tienes que hacer. ¡Buenas noches!

Yo: ¡espera!

Yo: Tanaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa.

Yo: eooooooooooooooooooooo.

Nada, se había largado. Así que tenía dos opciones: o encaraba a Pablo o utilizaba a Horacio para darle celos. Para ser sincera, ninguna de las dos me gustaba demasiado.

12. El sargento de hierro

Estuvo a punto de darme un infarto cuando alguien me arrancó las sábanas. Me costó medio minuto asimilar que eran las seis y media de la mañana, Pablo estaba en mi dormitorio y yo llevaba una camiseta de tirantas y unas ridículas bragas de Hello Kitty. Me limpié con disimulo la baba y puse cara de indignación.

—¿Cómo te atreves a entrar en mi cuarto? —bramé enrojecida—. ¡Estoy medio desnuda, animal!

Pablo apenas se inmutó, pero hubo un brillo travieso en sus ojos cuando me recorrió las piernas desnudas. Con los brazos cruzados sobre el pecho y su metro noventa de estatura, parecía todo un sargento. Devolvió la vista a mi cara y dijo:

—¿Se te han pegado las sábanas, señorita? ¡Arriba! Tenemos un entrenamiento que seguir, y yo no soporto a los débiles.

Salté de la cama como si estuviera en la mili. Pero bueno, ¿no se lo estaba tomando demasiado en serio? Yo solo quería que me enseñara a defenderme, no que me convirtiera en el próximo Chuck Norris.

—Estoy en bragas —repliqué, entre abochornada e incrédula por sus modales—. Déjame que me vista. ¿O estás disfrutando del paisaje?

Mr. Gruñón me dedicó un vistazo rápido que me puso cardiaca.

—No hay mucho que ver —comentó con desdén.

¿Qué no había mucho que ver? ¡Lo mataba!

—Y ahora estamos en igualdad de condiciones, ¿no te parece? —añadió, con una sonrisa perversa.

En aquel instante lo tuve clarísimo. Se estaba vengando de mí por haberlo visto desnudo en el baño. Estaba disfrutando de la situación.

—¿Me pongo a hacer flexiones ya? —siseé cabreada.

—Vístete y te espero en la cocina para desayunar. Cinco minutos.

Mientras salía de mi habitación tuve la impresión de que su sonrisa se ensanchaba por momentos. Estaba claro, Mr. Gruñón había dicho aquello de:

“mañana serás mía” porque estaba deseando torturarme. Genial, ¡le demostraría lo dura que era!

—¿Qué mierda es esto? —dije, observando con recelo el desayuno que me tenía preparado. Si es que a eso se le podía llamar desayuno.

—Un batido de proteínas. Tienes que preparar tus músculos, así evitarás lesiones.

—Oye... —respondí, y fui consciente de los trozos sin identificar que flotaban en la mezcla a la que él llamaba batido—. Solo quiero que me enseñes a defenderme, eso es todo. Ya sabes, el típico truquito para salir del paso, una llave, una buena patada en los...

Mr. Gruñón entornó los ojos y puso aquella expresión suya de: *¿ya vas a empezar a darme problemas?*

—No pretendo que me entrenes para pasar las pruebas de la escuela militar. Y lo de desayunar huevos crudos se lo dejo a Rocky. No soy la teniente O’Neill. ¿Me estás escuchando?

—Estoy perdiendo el tiempo al hacerlo —dijo en plan duro—. Si quieres que te entrene, bébete el batido. Y si buscas el típico tutorial para desarmar a un agresor que en la práctica no te servirá para nada, dada tu nula condición física, será mejor que busques en YouTube.

¿Mi nula condición física? Ejem, se estaba pasando. Vale que no fuese a competir en las olimpiadas, pero tampoco estaba para el arrastre.

—¿Me estás llamando inútil? —me piqué, y me bebí el batido sin respirar ante su atenta mirada—. No tienes ni idea de lo dura que soy. Ponme a prueba, sargento Highway.

Media hora después estaba a punto de vomitar el corazón por la boca. Me arrastré por el suelo e intenté ponerme de pie. Me dolía hasta el alma y estaba empapada en sudor. ¿Me podía dar un golpe de calor en pleno invierno? Joder, me estaba muriendo. O mejor dicho: aquel psicópata pretendía matarme.

—¿Te rindes tan pronto? —se mofó, cuando fui incapaz de acabar la serie de

sentadillas—. Te doy la enhorabuena. Creí que no podrías sorprenderme, pero lo cierto es que has superado mis expectativas. Para mal.

Lo miré con resentimiento.

—Dame un respiro —jadeé exhausta.

—Esfuézate más —insistió sin concederme una tregua.

Lo odiaba. Con to-da mi al-ma.

Estiré el brazo y me agarré a la silla para ponerme en pie. Pablo me observó desde su posición sin dignarse a ofrecerme ayuda. Obviamente estaba disfrutando. Le encantaba torturar pobres almas inocentes como la mía. Menuda idea había tenido.

—¿Qué tienen que ver todos estos ejercicios con la defensa personal? ¡Enséñame a pegar de una maldita vez! —exigí, cuando por fin conseguí recuperar el equilibrio.

—¿Quieres pegar?

—Quiero pegarte a ti —gruñí, con cara de psicópata.

—Eso no lo dudo —respondió, y noté que estaba haciendo un gran esfuerzo para no reírse. Genial, la primera vez que se reía y lo hacía a mi costa—. Pero tendrás que ganártelo.

—Esto no es kárate kid. No me pongas a dar cera, pulir cera... ¡lo que yo quiero es...!

—Aprender a defenderte —me cortó—. Pero debes tener una base física.

Se acercó a mí y me agarró el brazo sin previo aviso. Me palpó los músculos e intenté zafarme, pero fue como si estuviera encadenada a un muro de hormigón.

—¿A quién vas a pegarle con esos bracitos? Entrena, mejora tu rendimiento y entonces hablaremos de pasar al siguiente nivel.

—Uf...

Me di cuenta de que Andrea y Horacio nos contemplaban con cara de póker desde el salón. A Horacio parecía hacerle bastante gracia mi bochornoso espectáculo, pero Andrea nos observaba con expresión funesta.

—¡Eh, no te distraigas! —me ordenó Pablo, captando mi atención—. Vamos a

probar tus reflejos.

—¿Mis refle...?

No lo vi venir. Me golpeó con algo en la cabeza y solté un alarido. Lo observé atónita y dolorida. Me llevé las manos a la cabeza, donde me saldría un chichón.

—¿Acabas de pegarme? —chillé indignada—. ¿Para qué quiero defenderme si vas a acabar conmigo?

No lloré por orgullo. No es que me hubiera hecho mucho daño, pero me sentía más abochornada que otra cosa. Y encima la maldita Andrea lo había presenciado.

—Está recubierto de goma espuma, no seas quejica.

Resoplé.

—Sigo sin ver la relación entre...

Me agaché cuando intentó golpearme. ¡Lo iba a matar!

—Genial, ¿ves como eres capaz de esquivarlo?

—¡Dame ese maldito palo y verás como también soy capaz de abrirte la cabeza! —lo amenacé.

—Te lo daría, pero apuesto a que la persona que te atacara no te lo pondría tan fácil. ¿Quieres que pare? ¿Eres débil?

—¡No soy débil! —me defendí, y esquivé su ataque moviéndome hacia la izquierda—. ¡Pero estoy cabreada!

—Utiliza toda esa furia para desarmarme —me animó.

Me golpeó de nuevo antes de que pudiera reaccionar. Grité de rabia. Tenía razón, se lo estaba poniendo demasiado fácil.

—Primero observa. Luego piensa. Y por último, ejecuta tu ataque. Si eres capaz de prevenir mis movimientos, lograrás encontrar el punto débil.

Lo primero que pensé fue que él no tenía ningún punto débil. Parecía el puñetero Jason Statham repartiendo leches. Y yo me las estaba llevando todas.

—¡Sé más lista que tu adversario! —me ordenó.

Me agaché para esquivar otro ataque y luego rodé hacia la derecha cuando

intentó golpearme. Utilicé mi antebrazo para frenar el golpe y agarré el arma con la mano libre. Pablo pareció sorprendido por mi iniciativa, así que aproveché el momento de confusión para abalanzarme sobre él. Lo intenté con todas mis fuerzas y me agarré al palo como una fiera. Como una desquiciada. Como si fuese el último par de zapatos de mi talla y una maruja quisiera arrebatármelo. Pablo me noqueó en cuestión de segundos. No tenía nada que hacer contra aquel armatoste.

Tirada en el suelo, suspiré decepcionada. Él me tendió una mano.

—Arriba, buen trabajo.

Lo miré extrañada.

—Pero si no he conseguido quitártelo.

—Me has pillado desprevenido. Es buena señal para una principiante. Quién sabe lo que conseguirás con un poco de práctica —me animó.

Su voz estaba plagada de satisfacción, cosa que me renovó el ánimo. Estreché su mano y me levanté de un salto.

—¿Quieres tomarte un descanso? —preguntó.

—No. Voy a quitarte ese maldito palo recubierto de gomaespuma tarde o temprano —repliqué decidida.

—Esa es mi chica —dijo, y lo hizo de tal forma que me estremecí.

Estaba exhausta cuando terminamos. Me dolía todo el cuerpo y me temblaban las extremidades. Pero no había ido tal mal después de todo. Es cierto que Pablo era duro, pero su entrenamiento daba resultados. Y sabía ser indulgente de vez en cuando. Y lo que era mejor: me elogiaba. Cada vez que conseguía superarme, él me regalaba los oídos. Y para qué engañarnos, casi me moría del gusto al escucharlo.

—Buen trabajo —me susurró al oído.

Di un respingo, pues no lo había oído venir. Pablo me acarició la espalda y me derretí como la mantequilla. Dejó su mano sobre mi hombro y me agradó el contacto.

—¿Estás bien? ¿He sido demasiado duro contigo? —hubo cierta preocupación

en su voz.

Me volví hacia él bastante asombrada.

—No. Bueno... al principio pensaba cómo asesinarte. Pero luego ha ido mejorando —admití, roja por el esfuerzo y la intimidad que empezaba a formarse entre nosotros.

—Lo hago porque veo un gran potencial en ti.

Sonreí ilusionada.

—¿En serio?

Asintió. No me estaba vacilando. Me estaba siendo sincero.

—Te pierde la impulsividad, pero eres más fuerte de lo que piensas.

—Gracias —susurré impresionada.

Me mordí el labio. Qué jodidamente atractivo era. Con lo bien que le quedaba la ropa de deporte. Y ni siquiera estaba sudado. Por supuesto, aquello era un entrenamiento de principiante para él.

—Y Nati... —pronunció mi nombre con aquella voz ronca que me embelesaba. Asentí como una boba—. Ve a darte una ducha, apestas.

Me abandonaron todas las mariposas de golpe.

—Capullo... —siseé, caminando indignada hacia el baño.

Lo escuché reírse desde las escaleras.

Dios mío, me moría. Me estaba muriendo. Me dolían partes del cuerpo que ni sabía que existían. Tenía agujetas hasta en los dedos de los pies. Y ni siquiera bajé a cenar porque el simple hecho de masticar se me hacía un mundo.

—Creo que me estoy muriendo —le dije angustiada a Gucci.

El perro me miró de reojo, caminó por el colchón y se tiró encima de mí para que le rascara la barriga.

—Oye, que la que estoy sufriendo soy yo —me quejé.

Gucci se hizo un ovillo y comenzó a roncar. Suspiré y me tendí en la cama. Sabía de sobra que las agujetas empeoraban con el paso de las horas. Genial,

todavía me quedaba lo peor. Casi tuve ganas de echarme a llorar, pero llamaron a la puerta y dije débilmente:

—Adelante.

Pablo apareció en el umbral. Me dolió que él estuviera tan guapo y yo... para el arrastre. Llevaba una bandeja de comida y se acercó a la cama.

—¿Qué tal estás?

—¿Lo preguntas en serio? —le dediqué una mirada airada—. He visto tiempos mejores.

Sonrió de lado. No parecía él. Estaba más... ¿simpático? ¿Accesible? ¿Buenorro?

—Lo superarás —le restó importancia, y dejó la bandeja sobre la mesita de noche—. Tienes que comer algo. Y no es una sugerencia.

—¡Sí, mi capitán!

Sin preguntar, se sentó en el borde del colchón y a mí se me aceleró la respiración. Nuestros muslos se rozaron, y de repente dejé de sentir las agujetas. ¿Me dolería mucho tener sexo con él? ¡Stop! ¿Qué películas me estaba montando?

—Tampoco te va tan mal. Tienes a tu perro guardián para protegerte —dijo, señalando a Gucci.

—Él se preocupa más por sí mismo, pero se le perdona porque es una monada.

—Si mañana sigues igual de dolorida, podemos dejarlo para otro día.

¿El sexo? Me venía bien ahora mismo. Al ver que no respondía, Pablo añadió con voz suave.

—No es el ejército, Nati.

—Prefiero seguir —dije, con ganas renovadas—. Todavía te tengo que dar una paliza.

—Ah... una chica dura.

—Te tengo ganas —al ver que podía malinterpretarse, intenté arreglarlo—. De darte una paliza.

—Te había entendido a la primera —respondió, casi sonriendo.

—Sí, bueno... por si las moscas. No quiero que te hagas ilusiones — fanfarroneé.

¿No quiero que te hagas ilusiones? Oh... Nati, ¡venga ya!

¿Era mi impresión, o Pablo cada vez estaba más cerca de mí? Nuestras manos se rozaron por inercia y mi piel se calentó. Fue como prender una cerilla. Acababa de encenderme por completo.

—¿Y si me las hiciera? —murmuró con voz melosa.

Me tembló la barbilla y lo miré a los ojos. A aquellos ojos oscuros que en aquel momento me devoraban. Se me aceleró la respiración. Bajé la mirada hacia sus labios y él me pilló en el acto. Tragué con dificultad.

—¿Y si me las hiciera? —repitió, exigente.

—¿Respecto a qué? —musité, con un hilo de voz.

—Respecto a ti. Respecto a nosotros. Respecto a lo bien que podemos llevarnos si ambos ponemos de nuestra parte.

Aparté la mano de golpe. Un segundo, ¿qué? O sea, ¿me estaba pidiendo que fuéramos amigos? Yo estaba fantaseando con su cuerpo desnudo, y él sobre una posible amistad. Dios, me sentí patética.

—Claro —respondí cabizbaja—. Podemos ser amigos si es lo que quieres.

—Amigos —reiteró, y se puse de pie—. Te veo mañana. Qué descansas.

Se fue como una exhalación y me quedé deshecha. Joder, ¿qué acababa de pasar? ¿Acaso había malinterpretado sus palabras y en realidad me estaba pidiendo algo más? ¿O simplemente quería ser mi amigo, y punto? No tenía ni idea. Jamás me había enfrentado a un hombre como el subinspector Pablo Picasso. A ratos distante y a ratos descolocando todos mis sentidos.

No sabía qué pensar. Si Pablo había querido decir otra cosa, puede que yo acabara de cagarla para siempre al nombrar la palabra *amigos*.

13. Duele.

Pablo no me dejaba pasar ni una. Llevaba casi una hora y media entrenando. Flexiones, abdominales, cambios de intensidad... al sargento de hierro todo le parecía poco. Quizá fuera mi impresión, pero aquella mañana lo notaba más irascible. ¿Tenía algo que ver la conversación que mantuvimos la otra noche?

—Más fuerte —me ordenó—. Estira el brazo y exhala. ¿No decías que querías pegarme? Esta es tu oportunidad.

Lo hice tal y como me había explicado. Llevaba puestos los guantes de boxeo y él sujetaba una especie de saco manual. Apenas conseguí moverlo del sitio.

—No quiero hacerte daño —resoplé.

—Mantén la postura.

Adopté la posición que él me había enseñado.

—Podríamos dejarlo por hoy —sugerí, cada vez más exasperada.

—Eras tú la que quería entrenar. Te dije que te tomaras un descanso. ¿Por qué me haces perder el tiempo?

—¿Por qué eres tan poco comprensivo? —repliqué molesta. No entendía a qué venía aquel repentino cambio de actitud—. Te estás pasando.

—Porque soy tu entrenador, no un amigo al que puedes contarle tus penas. Sigue entrenando o ríndete. ¿Qué decides?

Me froté los guantes de boxeo y respiré profundamente. Conque esas tenía. Bien. Lo acribillé con una serie de golpes que a mí me dejaron agotada, pero él no retrocedió ni un milímetro. Era como si sus pies estuvieran pegados al suelo.

—Creí que querías que fuéramos amigos —le reproché, cada vez más furiosa—. Aclárate, entrenador.

Noté que se tensaba y aflojaba la guardia, así que aproveché aquel momento para propinarle un puñetazo con todas mis fuerzas. Surtió su efecto. Pablo gruñó y se echó hacia atrás. Le dediqué una mirada triunfal.

—Buen trabajo —concedió de mala gana—. Pero no te equivoques, yo no soy tu amigo. Solo un profesional que está haciendo su trabajo.

—Entonces no te entendí —murmuré, volviendo a golpearlo—. O será que tú no te explicas bien.

—Fui bastante claro —respondió, y fue evidente que estaba tan enfadado como yo. En aquel momento no lo enmascaró y me miró de una forma profunda y devastadora—. Eres tú la que preferiste entender otra cosa.

—¿Qué yo qué? —aluciné.

Pablo me empujó con el saco, perdí el equilibrio y me caí de espaldas. Me quité los guantes de boxeo y los arrojé al suelo. Estaba harta de él.

—¿Te rindes?

—Paso de tu cara, que es distinto. ¿En qué momento el entrenamiento se convirtió en algo personal? —le recriminé dolida.

Mr. Gruñón se quedó perplejo. Tardó tres segundos en recomponerse y adoptar aquella expresión calculada y distante.

—No sé de qué me hablas. Si no soportas que sea duro contigo, no tienes más que decírmelo.

Me puse de pie, acorté la distancia que nos separaba y alcé la barbilla. Lo miré a los ojos con aire decidido. No iba a permitir que siguiera dándome largas.

—¿Tú de qué vas? Te crees que eres un tipo duro, pero la verdad es que bajo esa fachada de robocop enmascaras lo que sientes —le escupí a la cara sin poder contenerme—. No me culpes a mí por no leerte el pensamiento. Te da miedo dar el primer paso.

Pablo me dedicó una mirada helada, pero noté que algo casi imperceptible en él se resquebrajaba. Había dado en el clavo.

—¿Dar el primer paso? —repitió con sorna—. No sé de qué me hablas, pero es obvio que en alguna parte de la conversación te hiciste falsas ilusiones. Por si no te lo dejé claro en la cafetería, no eres mi tipo.

Sus palabras me aguijonearon el orgullo, pero no me dejé amedrentar. No estaba dispuesta a dejarlo ahí, y sabía de sobra por la forma en la que me trataba que había algo más. O eso quería creer yo.

—Eres un cobarde, subinspector. Y me das pena —añadí resignada, pero con la cabeza bien alta—. Puede que yo sea demasiado lanzada, pero prefiero ser

así que ser como tú. Alguien que se quedará solo y amargado porque es incapaz de admitir que siente algo.

Pablo apretó la mandíbula y acercó su rostro al mío. Sus ojos oscuros se fundieron con los míos. La piel se me puso de gallina y tuve que hacer un gran esfuerzo para mantenerle la mirada. Aquel jodido hombre imponía.

—No siento nada por ti —zanjó con aire jactancioso—. Eres insoportable, impulsiva e imprudente. En tu habitación solo pretendía ser un caballero. Lamento si te di falsas esperanzas de algún tipo, pero creí que ya te lo había dejado claro.

Fue como si me golpearan. Me picaron los ojos y me aparté de él. Forcé una sonrisa y asentí con expresión vacía.

—De acuerdo —murmuré con voz temblorosa—. Me alegra que lo tengas tan claro. Es un alivio saber lo que piensas de mí.

Acto seguido salí de allí todo lo rápido que pude. Me encerré en el cuarto de baño y me metí debajo de la ducha. Porque dolía. Sus palabras dolían. Y la verdad dolía. Porque si esa era la verdad, y empezaba a sospechar que Pablo había sido sincero, me había rechazado sin contemplaciones.

Ilusa. Él tenía razón. Su actitud, sus modales y sus palabras no eran una fachada. No estaba enmascarando nada porque no sentía nada.

Se acabó, me dije. Y en cuanto me lo repetí diez veces, comprendí que era mucho mejor así. Era evidente que Pablo y yo éramos incompatibles. Ahora lo sabía de sobra.

No quería que Pablo pensase que estaba deshecha por sus palabras, aunque en el fondo lo estaba, así que bajé a cenar y me comporté con normalidad el resto de la noche. Ya está, tenía que aceptarlo. Había empezado a sentir algo por un hombre que me despreciaba. Era irónico que yo, la mujer que no creía en el amor, hubiera acabado colgada de semejante espécimen.

Se me pasaría. La vida era una puta ironía la mayor parte del tiempo. Puede que aquello fuese una especie de castigo. Que el karma me la estuviera devolviendo por todos los hombres a los que había rechazado sin contemplaciones.

—¿Quieres repetir? —me preguntó Horacio.

Sacudí la cabeza. Creo que Horacio sospechaba que me pasaba algo. Llevaba toda la noche bastante callada, así que meforcé a intervenir en la conversación. Sobre todo para demostrarle a Mr. Gruñón que sus palabras no me habían afectado.

Hablamos de temas triviales. Para mi sorpresa, fue Pablo quien no dijo ni una sola palabra. Me observaba de reojo cuando creía que no me daba cuenta. ¿Por qué lo hacía? Quizá estaba tratando de averiguar si la insoportable, impulsiva e imprudente mujer a la que le tocaba proteger iba a liársela delante de sus compañeros.

Andrea colgó el teléfono por cuarta vez y suspiró. Cuando Horacio le dedicó una mirada curiosa, ella se limitó a decir:

—Mi madre. Cada vez que no doy señales de vida durante tres días, se piensa que me ha pasado algo terrible.

—Está preocupada por ti —le dijo con suavidad Horacio.

—No hace lo mismo con mi hermano —respondió molesta—. Estuvo dos meses en el Líbano y ella no paraba de decirle a todo el mundo lo orgullosa que estaba. Y yo desaparezco tres días y monta en cólera. Ser mujer policía es un asco.

—Eres su única hija, tampoco seas tan dura —fui incapaz de contenerme y me granjeé su mirada airada—. Devuélvele la llamada, no seas así.

—Habló la que nunca llama a su familia. Si tanto te preocupa mi madre, ¿por qué no hablas tú con la tuya?

—Porque está muerta —respondí con un hilo de voz.

Andrea se puso pálida.

—Lo siento, no sabía...

Me puse de pie y forcé una sonrisa. Aquella era la gota que colmaba el vaso. Estaba harta de hacerme la fuerte. Necesitaba que Javi me abrazara, pero estaba a cientos de kilómetros de distancia. De repente me sentí tremendamente sola.

—Buenas noches a todos —me despedí.

—Nati —me llamó Pablo.

Lo ignoré. En ese momento lo último que necesitaba era escucharlo a él.

14. No soy tan malo como parece.

Escondí la cabeza bajo la almohada y rompí a llorar. No recordaba la última vez que había dado rienda suelta a mis sentimientos. Pero me sentía demasiado triste, abatida y sola como para fingir durante más tiempo.

Cuando llamaron a la puerta ahogué un sollozo. Si era Andrea, ya podía irse por donde había venido. No tenía ganas de ver a nadie.

—Nati —era la voz de Pablo.

Me senté en el colchón y apreté la almohada contra mi pecho. El que faltaba.

—Nati, ¿puedo pasar?

Aquel neandertal debía vivir en un universo paralelo. ¿De verdad pretendía que lo dejase pasar? ¿Después de cómo me había tratado? ¿Después de lo que me había dicho?

—¡Eres la última persona con la que quiero hablar! —le grité con rabia.

Oí que suspiraba. ¿Qué pretendía aquel condenado hombre? ¿Por qué no me dejaba en paz?

—Lo comprendo, pero necesito saber que estás bien.

Sacudí la cabeza sin dar crédito.

—¿Y a ti qué más te da como yo esté? —repliqué dolida—. ¡Fuera! ¡Vete!

Respiré aliviada al escuchar que sus pasos se alejaban. Con mis gritos había asustado a Gucci, que se había hecho un ovillo debajo de las sábanas. Ni siquiera tenía ánimo para hacerle carantoñas. Intenté distraerme con el móvil y leí los mensajes. Había uno de Tessa y tenía tres llamadas perdidas suyas.

Tessa: ¿cómo puedes ser tan mentirosa? ¿Creías que nunca me enteraría? Por el amor de dios, Nati. ¡Es el programa de protección de testigos! ¿Por qué no me dijiste que tu vida corre peligro? Obviamente no estás saliendo con ese inspector (eso ya lo he imaginado yo solita). Me siento impactada y defraudada. Creí que entre nosotras no existían secretos.

Genial, lo que faltaba. ¿Cómo se había enterado?

Tana. Seguro que aquella mocosa se había ido de la lengua. Marqué su número

de teléfono en un arrebató. Se iba a enterar.

—¡Hola! ¿Qué tal estás? ¿Cómo te va con el inspector macizo? —me saludó de buen humor.

—¿Cómo puedes ser tan niñaata? —le ladré.

—Perdona, ¿me he perdido algo?

—¡Le has dicho a tu hermana lo del programa de protección de testigos! ¿A ti qué coño te pasa? ¿Tienes una vida tan vacía y aburrida que necesitas meterte en la de los demás?

—¡Serás lagarta! —me chilló ofendida—. Yo no lo he dicho nada a mi hermana, ¿por quién me tomas? Sé guardar un secreto. Al menos valgo para eso.

—Oh... sí, seguro. ¿Y cómo se ha enterado? Eres una bocazas.

—Y tú una idiota —dijo, y noté el rastro de las lágrimas en su voz—. Así que mi hermana se entera de tu secreto y automáticamente decides que yo soy la culpable. Sabía que no tenías un gran concepto sobre mí, pero no me imaginaba que fueras así de cruel.

—Has sido tú. Has tenido que ser tú... ¿quién si no? —vacilé.

—No tengo ni idea. Pero cuando lo averigües, será demasiado tarde para que le pidas disculpas a esta niñaata —me colgó.

Si me había equivocado con Tana, ya era demasiado tarde para arreglarlo. Sabía de sobra que me había pasado tres pueblos. Lo había pagado con ella porque necesitaba desquitarme con alguien.

Enhorabuena, listilla. Te has lucido.

Agarré el paquete de tabaco y abrí la puerta de mi habitación. La casa estaba a oscuras y en silencio, justo lo que necesitaba. Me apetecía fumarme un cigarrillo sin soportar miradas compasivas ni disculpas banales. La compasión era lo que había tenido que soportar cuando murieron mis padres, y las disculpas no te hacían sentir mejor. Cuando sabes de sobra que los demás seguirán con sus vidas, lo último que necesitas es la compañía de un hipócrita

que se esfuerza en demostrar que está sufriendo tanto como tú.

No encendí las luces porque no quería llamar la atención. Iluminé el suelo con el móvil para no tropezarme y caminé hacia el patio. Fue la sombra de un hombre corpulento, apoyado contra el tronco del limonero, lo que me hizo gritar. El teléfono se me cayó al suelo de la impresión. Se acercó a mí y actué de manera instintiva golpeándolo con todas mis fuerzas con el codo.

—¡Soy yo! —gruñó la voz de Pablo—. Maldita sea, soy yo.

Me agarró la mano antes de que atinara a darle un puñetazo. Me latía el corazón a mil por hora y aun no me había recuperado del susto. Me zafé de su agarre con ademán orgulloso.

—¡Me has dado un susto de muerte! —le reproché.

Mis ojos se acostumbraron a la oscuridad y pude ver como se acariciaba el costado. Se lo tenía merecido.

—Joder, pues sí que te he entrenado bien. Pegas duro —hubo un deje de satisfacción en su voz.

En cualquier otro momento, habría funcionado que me regalara los oídos. Pero ya no. Estaba demasiado dolida como para aceptar un cumplido.

—¿Qué haces aquí?

Fui a recoger el teléfono, pero Pablo fue más rápido. Me lo devolvió con amabilidad y yo se lo arrebaté de malas maneras.

—Te estaba esperando.

—¿Aquí, a oscuras? —aluciné malhumorada—. Casi me da un infarto. Muchas gracias.

—Sabía que vendrías. Te cuesta conciliar el sueño cuando algo te atormenta.

Me abracé a mí misma. No me gustaba que me conociera tan bien.

—Ahora eres todo un psicólogo—ironicé—. No sé qué pretendes, pero me encantaría fumar a solas. Concédeme eso si no te importa.

—No querías saber nada de mí —dijo, a modo de disculpas—. Supuse que esta era la mejor forma de abordarte.

—Sigo sin querer saber nada de ti.

—Me lo imaginaba.

—Te lo imaginabas... —repetí con retintín—. Eres todo un lince...

Me aparté de él e intenté encender un cigarro, pero me temblaban las manos. No quería tenerlo cerca porque sus palabras me escocían en lo más profundo del alma. Ni siquiera podía mirarlo a la cara sin que me doliera.

—Solo quiero saber si estás bien.

—¡Estoy de puta madre! —grité fuera de mí.

—Nati...

Intentó acercarse a mí, pero puse las manos en alto. Se me cayó el cigarro al suelo y me agaché para recogerlo.

—Y estaré mejor cuando te pierda de vista, joder —balbuceé, rompiendo a llorar.

Me puse de pie y le di la espalda. Lo último que quería era que me viera llorar. Que se cerciorara del daño que me había hecho. Respiré profundamente e intenté tranquilizarme, pero las lágrimas comenzaron a deslizarse por mis mejillas.

Y me abrazó.

Me tensé ante aquel gesto tan inesperado. El cigarro se me cayó al suelo, otra vez. Con los brazos pegados a los costados, fui como una estatua que no lograba reaccionar. Pablo me envolvió con aquellos brazos enormes. Pegó su pecho contra mi espalda y se quedó allí, abrazado a mí. No pude soportarlo y rompí a llorar. Su boca estaba pegada a mi nuca. Mi cuerpo me traicionó y se acopló al suyo. Quise gritar de indignación porque aquello no era justo.

—Siento lo que te dije esta mañana —dijo, y me abrazó más fuerte.

—No lo sientes en absoluto. Solo lo dices para que me sienta mejor.

—Es la verdad.

—No te creo.

Me volvió hacia él sin previo aviso.

—Nati, mírame a los ojos. ¿Crees que te estoy mintiendo?

Lo miré a los ojos y vi algo que me asustó. Vi al hombre que se escondía tras

la máscara. Vi debilidad. Y sentí que era vulnerable.

—Porque no lo hago. Me da igual si tengo que pasar la noche en vela tratando de convencerte.

—No soy tu tipo —repetí el tono cargado de desprecio que él había empleado—. Y a mí me da igual, ¿sabes?

—No, no lo eres —admitió, casi molesto consigo mismo—. Eso es lo que más miedo me da.

Lo observé contrariada. Él alargó un brazo y me acarició la mejilla. Entrecerré los ojos y se me escapó el aire.

—Quizá por eso soy un capullo contigo la mayor parte del tiempo. Porque no sé afrontarlo, porque no estoy preparado y... porque sé que no está bien.

—¿No está bien? —musité—. ¿Y por qué no iba a estarlo?

—No me conoces. Es complicado —respondió reticente.

—Es una excusa. Y de todos modos no disculpa lo que me dijiste. Me has hecho daño.

—Lo sé —se pasó las manos por el pelo. Parecía nervioso. Nunca lo había visto así—. Joder, créeme que lo siento. Si pudiera dar marcha atrás jamás te habría dicho eso, porque estaba mintiéndote. Pero sobre todo me estaba mintiendo a mí mismo.

—Arregla lo que sea que sientas —le pedí sin fuerzas—. No quiero sufrir.

Me dirigí hacia el salón.

—¿Qué le pasó a tu madre? —me preguntó de pronto.

No sé por qué contesté.

—Mis padres murieron en un accidente de tráfico cuando yo era una niña. Me crié con mi abuela y mi hermano. Ella murió cuando tenía veinte años, y ahora lo único que me queda es Javi —lo miré a la cara y decidí ser sincera. No solía hablar del tema, pero por alguna extraña razón me apetecía hacerlo con él—. No necesito en mi vida a nadie que me haga daño. No sé qué demonios te pasa, pero... no soy la clase de mujer que sanará tus heridas, ni la que disculpará tus malas formas o aceptará que no puedas ser del todo sincero conmigo. Tenías razón cuando me dijiste que no era tu tipo.

—Lo entiendo —respondió sin más—. Siento de corazón lo que les sucedió a tus padres. Perder a alguien que amas es duro.

Tuve la impresión de que él sabía de lo que hablaba.

—Buenas noches, Pablo.

—Nati —me llamó, antes de que me fuera—. No soy tan malo como parece.

Sonreí porque eso lo sabía de sobra. Él me dedicó una sonrisa triste.

—Buenas noches, Nati.

15. ¿Tú de qué vas?

Aunque seguimos entrenando con normalidad, la complicidad entre nosotros brillaba por su ausencia. No es que Pablo no pusiera de su parte, sino que yo me había empeñado en construir un muro entre nosotros.

Su manera de comportarse la otra noche me había dejado desconcertada. A estas alturas ya no me empeñaba en negar que me gustaba. Pero Pablo era un hombre complicado, y yo era lo suficiente inteligente para saber que alguien así me haría daño. Había decidido que no volvería a mover ficha. Que tomar distancia era lo más prudente, y que en cuanto regresara a mi vida normal no volveríamos a vernos. ¿Para qué preocuparme por algo que no iba a ninguna parte?

—Toma una, te vendrá bien para recuperarte del ejercicio —me ofreció una barrita energética.

La observé con reticencia.

—No estoy tratando de envenenarte —insistió, de mejor humor que yo—. Hoy te he dado bastante caña. Deberías reponer energía.

Acepté la barrita y le di un mordisco.

—Está buena —admití sorprendida.

—¿Lo ves? —se sentó en el borde de la mesa—. Eres muy desconfiada.

—Se me estará pegando de ti.

—No soy desconfiado. Tardo en confiar en las personas, eso es todo. Pero cuando lo hago, llevo esa confianza hasta el límite —me explicó muy tranquilo.

—¿No te has planteado que impones un poquito? Con esa actitud y ese cuerpo no dejas que nadie te conozca. Es complicado acercarse a ti.

—¿Con este cuerpo? —replicó, torciendo una sonrisa—. No sabía que eso fuera culpa mía.

Me puse colorada como un tomate. Genial, otra vez volvía a hacer el ridículo.

—Me refiero a que eres muy grande. Yo te miro y pienso: este tío da miedo. Si al menos sonrieras de vez en cuando...

Pablo soltó una carcajada. Me quedé con cara de póker. Tenía una risa amplia y ronca, y se le marcaban unas arrugas muy sexis alrededor de los ojos.

—Así que acojono. Gracias por la información.

Me encogí de hombros, y no pude evitar sonreír. Me gustaba cuando se despojaba de aquella armadura de hombre de hielo.

—Solo un poquito. A mí no me impresionas tanto —fanfarroneé.

—¿Ah, no?

Se puso de pie y comenzó a acercarse a mí. Tragué con dificultad e intenté mantener el tipo. No podía flaquear ahora. Debía demostrarle que por muy macizo y grande que fuese, yo era capaz de no sucumbir a sus encantos.

—Yo diría que te impresiono lo suficiente...

Inclinó su rostro sobre el mío y su respiración cálida me hizo cosquillas en la punta de la nariz. Separé los labios en un gesto involuntario. El pulso se me disparó y las manos comenzaron a sudarme.

—... como para que estés intentando fingir lo contrario con todas tus fuerzas.

Resoplé y me hice la dura. Pero él continuó, y me acarició el cuello con la boca. Me estremecí de la cabeza a los pies y cerré los ojos con fuerza. Cuando los abrí, Pablo se había apartado de mí y me miraba con una sonrisa de suficiencia.

—¿Lo ves? Te pongo nerviosa —dijo, encantado de la vida.

—¿A mí? —me tembló la voz—. Para nada. ¿Ese truquito te funciona con alguien?

—No lo sé, es la primera vez que lo intento. Dímelo tú.

El corazón me latió con fuerza. Vale, quizá estaba un pelín ilusionada con aquella revelación.

—Psss... sigue intentándolo.

—Lo haré —me prometió, con esa voz ronca que me volvía loca.

Se me encendieron las mejillas y recé para que él no se percatara.

—Cuando quiero algo puedo ser muy persistente —añadió con tono misterioso.

Puede que en aquel momento a mí se me cayeran las bragas al suelo. ¿A qué estaba jugando? ¿No habíamos dejado claro que éramos incompatibles?

—Pues yo soy muy cabezota —respondí, en mis trece.

—Lo sé —caminó hacia el salón con aire decidido—. Ese es uno de tus muchos encantos.

Ma... dre... mía...

No sé qué se proponía Mr. Gruñón. Puede que quisiera volverme loca y yo se lo estuviera poniendo demasiado fácil. De cualquier forma, aquello se tenía que acabar. No era bueno para mi salud mental.

Necesitaba evadirme, así que saqué a Gucci y le pedí a Andrea que me acompañara. Prefería mil veces la compañía de Horacio, que además era tan hablador como yo. Pero había salido a hacer la compra, y Pablo se había largado a hacer la ruta de vigilancia. De mala gana, Andrea me acompañó a sacar al perro.

—¿Por qué no le pones la correa? No pienso correr si se escapa —me dijo.

Uf, cuando se ponía en ese plan me daba la sensación de que hacía una pareja ideal con Mr. Gruñón.

—No se va a escapar. Déjalo que disfrute de la naturaleza, aquí no hay tráfico. Andrea puso mala cara, pero lo dejó estar. Caminamos una al lado de la otra, sin mantener ningún tipo de conversación. No teníamos nada en común, y ella demostraba abiertamente que me detestaba. ¿Para qué ser falsa? Yo podía tener muchos fallos, pero no era ninguna hipócrita. Así que decidí dar el primer paso.

—¿Por qué te caigo tan mal? —exigí saber.

La pregunta la pilló desprevenida. Andrea, que se hacía la dura todo el rato, se quedó bastante cortada.

—No sé de qué me hablas. Si te refieres a lo que dije sobre tus padres, admito que estuvo fuera de lugar. Te pido disculpas si te hice daño o removí el pasado. No tenía ningún derecho.

—Acepto tus disculpas —respondí de corazón—. Pero no has respondido a mi pregunta.

—Ya lo he hecho. No te creas tan importante, princesa.

—No lo soy. La importancia me la concedes tú cuando ni si quiera me das una oportunidad. Es evidente que no me soportas, pero me gustaría saber por qué. No sé si te he hecho algo, así que me gustaría saberlo.

—A mí no me has hecho nada —respondió exasperada—. Buscas motivos donde no los hay.

—Oh, venga ya. Creí que eras más directa.

—¿Me estás llamando falsa? —se puso a la defensiva.

—Más bien cobarde. Te estoy animando a que me digas todo eso que tanto te molesta de mí.

Andrea se puso colorada de rabia. Reconozco que en aquel momento yo estaba disfrutando. Sabía de sobra que la había pillado con la guardia baja.

—Puede que lo que me moleste sea que por tu culpa Horacio y yo nos llevásemos la bronca. Soy una gran profesional, y tú nos pusiste en un compromiso gracias a tu falta de responsabilidad.

—No me puedo hacer responsable de algo que no sabía —le dije, con toda la tranquilidad del mundo—. No tenía ni idea de que me estabais vigilando.

—¡Pues claro que no lo sabías! —estalló, fuera de sí—. A él le preocupaba que te pusieras nerviosa. No quería asustarte, lo hizo por ti. Al parecer le importas demasiado.

La confesión me dejó sin palabras. Se refería a Pablo. Todo este tiempo se lo había estado recriminando, y resultaba que él me lo había ocultado para no asustarme.

—No te mereces tanta atención —murmuró, con algo muy cercano al dolor—. No te mereces a Pablo.

En ese momento lo supe. Por eso me odiaba tanto. Andrea estaba enamorada de él. Ahora necesitaba averiguar si era recíproco. Si Pablo y ella tenían algo, no le permitiría que jugara con las dos.

—¿Estáis juntos? —le pregunté sin tapujos.

Andrea me fulminó con la mirada.

—Lo que nosotros tenemos no es asunto tuyo —me espetó furiosa—. Pero como le hagas daño, te prometo que te las verás conmigo.

Eso era un sí. Tenía que serlo. ¿Qué mujer se preocupaba tanto de un hombre si no estaba enamorada de él? Entonces, ¿por qué coño Pablo estaba coqueteando conmigo? No le iba a permitir que jugara a dos bandas. Su actitud era despreciable.

Regresamos a la casa envueltas en un tenso silencio. Estaba subiendo las escaleras cuando me tropecé con Pablo.

—¿Ya has sacado a Gucci? Podría haberte acompañado yo si me hubieras esperado. Le he cogido demasiado cariño a ese kamikaze —me dijo.

Pasé por su lado sin hablarle, y él se quedó bastante desconcertado. ¡Se lo tenía merecido!

Me pasé el resto del día evitándolo. Me sentía decepcionada con él porque me había forjado una imagen equivocada. Creía que Mr. Gruñón era un hombre con principios, y resultaba que no era más que un tipejo al que le gustaba jugar a dos bandas.

En cuanto terminé de cenar subí directa a mi habitación. Ni siquiera soportaba estar en la misma habitación que él. Se lo regalaba a Andrea, que parecía locamente enamorada de él. Lo sentía por ella, pues era evidente que un hombre como ese no merecía la pena.

—Oye, ¿te pasa algo conmigo? —me preguntó.

Me había seguido escaleras arriba. Desde luego, no tenía un pelo de tonto.

—¿A mí? Nada, Don Juan Tenorio —le espeté, cerrándole la puerta en las narices.

Oí que resoplaba. Cuando creí que insistiría, escuché que bajaba las escaleras. Bien, seguro que sabía sumar dos más dos. A esas alturas ya tenía que haber descubierto que lo de Don Juan Tenorio iba por su relación con Andrea.

Me decidí a llamar a Tessa. No había respondido a su mensaje y ya iba siendo hora de dar la cara. Me lo cogió al primer tono.

—¡Menos mal! ¡Ya creí que te habías olvidado de mí! Porque al fin y al cabo, ¿quién soy yo? ¿Tu mejor amiga?

Siguió despotricando durante al menos diez minutos en los que la dejé hablar sola, hasta que tomé la palabra.

—He dejado pasar el tiempo porque supuse que ya te habrías tranquilizado.

—¡Pues ya ves que no!

—Si sirve de algo... solo pretendía protegerte. No quería asustarte. Estás embarazada —me disculpé. Y estaba siendo sincera.

La oí suspirar. En el fondo era una blanda.

—Cielo, estoy embarazada... no enferma. ¿De verdad pensabas que no me iba a enterar?

—Si Tana no se hubiese ido de la lengua, te habrías enterado después de dar a luz. O tal vez nunca.

—Mi hermana no me contó nada, ¿de qué hablas?

Mierda. Así que la había cagado con Tana. Genial. Otra persona a la que añadir a la lista de disculpas.

—Creí que había sido ella. ¿Cómo te has enterado?

—Sabía de sobra que me estabas mintiendo desde que te vi con aquel subinspector. Nati, te conozco desde los quince años. Tú nunca te irías con un tío con el que llevas poco tiempo a visitar a su abuela enferma. Y si tuvieses novio, que por cierto sería el acontecimiento del siglo, me lo habrías contado.

Pues sí que me conocía bien.

—Me costó bastante trabajo que Javi me contara la verdad, pero ya sabes cómo es. El pobre miente fatal. Le dije que lo sabía, prácticamente le tendí una trampa. Me puse como una loca y le grité que no me podía creer que él también me hubiera mentido. Cuando me dijo: *¿cómo te has enterado de lo del programa de protección de testigos?*, te puedes imaginar la que se formó. Ni se te ocurra liársela a él también, que te conozco. Lo puse entre la espada y la pared.

¡Oh, menudo traidor!

—Anda... perdóname ya. Sé que lo estás deseando. Voy a ser la madrina de tu hijo.

—Puede que sea una niña —dijo ilusionada.

—Soy un poco bruja. Si digo que es niño, será niño. No sería bueno para él que su madre y su madrina estuvieran enfadadas, ¿no?

—¡Uf, tú ganas! Soy una blanda, qué remedio. ¡Pero no me vuelvas a mentir! Y dime que estás bien, por lo que más quieras.

—Estoy bien —la tranquilicé—. Son como unas vacaciones.

—¿Y qué tal con el subinspector? Tana dice que te vuelve loca.

—Tana exagera —respondí de mala gana—. No merece la pena.

—¿Lo dices porque te rechazo? Hija, no seas tan rencorosa.

¡Y dale con el tema!

—Lo digo porque es un falso. En serio, es lo peor...

Y sin darme cuenta, comencé a contarle toda la historia desde el principio. Le conté nuestras idas y venidas, el coqueteo, las discusiones, reconciliaciones y todo lo demás. Le expliqué lo que había averiguado de Andrea, y despotriqué hasta que me quedé muy a gusto. Tessa me escuchó con atención hasta que me callé.

—¿Estás segura de que tienen algo?

—¿No has oído nada de lo que te he dicho? —me quejé.

—La tal Andrea te dijo que lo que ellos tuvieran no es asunto tuyo. Desde mi punto de vista eso no es una afirmación, Nati. Puede englobar muchas cosas, desde que son buenos amigos hasta que la que siente algo por él es ella, lo cual no significa que sea recíproco. Dices que él te ha lanzado señales, ¿y si le gustas de verdad?

Me quedé algo confusa. Visto así, puede que mi amiga tuviera razón.

—Estás tan enfadada que ni te lo habías planteado, ¿a qué sí? —adivinó.

—Bueno... pero no me digas que no es sospechoso.

—A veces las cosas no son lo que parecen. Cuando conocí a Héctor, creí que

era la clase de hombre que no merecía la pena. Y me empeñé en huir de él porque supuse que me rompería el corazón. ¿Qué habría pasado si no le hubiera dado una oportunidad? Ahora no estaríamos juntos, ni estaría embarazada...

Maldición, Tessa tenía razón. ¿Quién hubiera dicho que ella y Héctor iban a acabar juntos? Y, sin embargo, cuando los veía era evidente que estaban hechos el uno para el otro. Se querían con locura.

—¡Gracias por hacerme un lío! —exclamé angustiada.

—Sé que tienes miedo. Nunca te has enamorado, y de repente llega alguien que te rompe todos los esquemas —me leyó la mente—. No le des una oportunidad a él, sino a ti misma. ¿Me dejas que te de un consejo?

—Por favor.

—Escucha a tu corazón. Sé que suena típico, pero déjate llevar.

Cuando colgué, me hice un ovillo en la cama. Gucci estaba acostado sobre la almohada y me miraba con sus ojitos saltones. Lo acaricié con cara de circunstancia.

—Qué me deje llevar. Cómo si fuera tan fácil...

No quería seguir dándole vueltas al mismo tema, al menos esa noche. Necesitaba que mi corazón y mi mente, que no se ponían de acuerdo, se tomaran un descanso. Así que primero le escribí un mensaje a Javi, y luego otro a Tana.

Yo: eres un debilucho. Gracias por desmontar mi tapadera, ¡traidor!

Javi: ☹

Javi: no fue culpa mía.

Yo: te perdono porque eres el único hermano que tengo.

Escribir el mensaje de Tana fue más complicado. Me había pasado tres pueblos con ella. ¿Cómo lo arreglaba? Decidí ser sincera.

Yo: siento muchísimo lo que te dije el otro día. Sé que no tengo perdón, y que te dije cosas horribles. Estaba cabreada porque alguien fue cruel conmigo y lo pagué contigo. Admito que nunca te he valorado lo suficiente, pero la verdad es que fuiste tú quién me escuchó cuando más lo

necesitaba. Ahora me has demostrado que la que no vale la pena soy yo. Ojalá que puedas perdonarme, porque me encantaría ser más que tu compañera de piso o de trabajo. Quiero ser tu amiga.

Envié el mensaje y esperé su respuesta. Al cabo de unos minutos lo leyó, pero no me contestó. Seguía dolida conmigo. Necesitaba tiempo.

Tenía el sueño bastante ligero, así que me espabilé en cuanto escuché un murmullo de voces. Miré el teléfono: eran las tres y media de la mañana. Me había quedado dormida con el móvil en la mano, esperando a que Tana respondiera mi mensaje.

Movida por la curiosidad, fui hacia la puerta y pegué la oreja. Reconocí las voces de Andrea y Héctor, que discutían susurrando.

—Me desconcierta tu actitud, eso es todo —dijo ella.

—¿Por qué no lo sueltas ya? —replicó él, a la defensiva.

Hubo un largo silencio hasta que Andrea volvió a hablar.

—¿Qué estás haciendo con ella?

—No sé a qué te refieres —respondió esquivo.

—Sabes de sobra a lo que me refiero. Tú y esa mujer.

—No hay nada entre nosotros.

—No lo parece, Pablo. Tienes responsabilidades. No es nada profesional por tu parte.

—¿Te atreves a juzgarme? —un conato de ira se apoderó de él.

—Por supuesto que sí. Después de todo lo que hemos compartido, después de todo lo que hemos vivido... nos conocemos lo suficiente para hablar con claridad —ella estaba rota de dolor.

—Entonces grábate esto en la cabeza: ella no me interesa.

—No te creo. He visto como la miras.

—No sé de qué me hablas.

—Pablo... —a ella se le quebró la voz—. Sabes de sobra que te quiero y que

no soportaría...

Dejé de escuchar y me separé de la puerta. No podía más. Estaban hablando de mí. Y él se lo había negado.

Ella no me interesa.

Esa era toda la confirmación que necesitaba. Pablo y Andrea estaban juntos. Él renegaba de mí porque intentaba mantenerla a su lado. Y yo se lo pondría fácil. Si había algo entre nosotros acababa de terminar en ese instante.

Regresé a la cama deshecha por la verdad. Me acurruqué en las sábanas y me abracé a Gucci. Ni siquiera tuve ganas de llorar. No tenía ganas de nada.

Cuando comprobé el móvil, Tana había respondido a mi mensaje.

Tana: gracias por ser sincera.

Apreté los labios. No solo acababa de perder a Mr. Gruñón, sino también a Tana.

16. Combustión.

Me levanté más temprano que Pablo porque no le iba a permitir que siguiera jugando conmigo. En la cocina me encontré con Horacio, que ya estaba desayunando.

—¿Café? —me preguntó.

—Sí, gracias.

Él me sirvió una taza. Al menos me despediría de los batidos de Pablo.

—Has madrugado más de lo habitual —se sorprendió.

—Solo una hora antes. No podía dormir.

—¿Hoy también entrenas?

—Supongo. Hablando de eso, y ya que estamos despiertos los dos, ¿por qué no me entrenas tú hoy?

Cualquier cosa con tal de no aguantar a Pablo. Él no pareció muy convencido.

—¿Yo? No quiero quitarle el puesto a Mr. Gruñón —dijo, recordando mi mote.

—No he firmado un contrato de exclusividad con él —respondí irritada—. ¿Tanto miedo te da?

—No es miedo, pero tampoco quiero que me utilices contra él. Si quieres que te entrene yo, por mí no hay ningún problema. Pero dejemos las cosas claras, ¿de acuerdo?

—No estoy pidiéndote que lo hagas para darle celos. Jamás te utilizaría de esa forma, Horacio. Es solo que... hoy me sentiría más cómoda si me entrenas tú. Siempre que no te importe o te ponga en un comprimido, claro.

—Si es así, no hay ningún inconveniente.

—¡Genial! —respondí entusiasmada. Me terminé la tostada de un bocado y me puse de pie—. ¿Cuándo empezamos?

El entrenamiento con Horacio fue bastante bien. Él no era ni la mitad de duro que Pablo, así que pude seguirle el ritmo. Tampoco era ingenua. Sabía que Mr. Gruñón me exigía tanto porque quería que diese lo mejor de mí. Pero aquella mañana, después de escuchar su conversación con Andrea, lo último que me apetecía era verle la cara.

—Flexiona las rodillas y contrae el estómago, así evitarás una lesión —me explicó Horacio. Se puso detrás de mí y me colocó una mano en el vientre—. Esto tiene que estar duro.

—¿Lo estoy haciendo bien?

—Inclina la espalda hacia delante, flexiona las rodillas un poco más...

Me di cuenta de que me estaban observando y alcé la vista. Allí estaba Pablo, vigilándonos desde lejos. Y por su expresión, no le hacía ni pizca de gracia lo que estaba viendo. Tenía la mandíbula tensa y sus ojos echaban chispas. Comprendí que en aquella postura parecía que estábamos haciendo otra cosa.

—Justo así, perfecto. No te distraigas, Nati.

Asentí sin poder apartar los ojos de Pablo. Él me miró cabreado, incapaz de disimularlo. Le devolví la mirada y enarqué las cejas. No tenía por qué darle ninguna explicación. Horacio se percató de su presencia.

—Buenos días, Pablo.

El subinspector se dio media vuelta y no le devolvió el saludo. Cinco segundos después estaba saliendo por la puerta principal.

—¿Seguimos? —sugirió Horacio, un tanto mosqueado por lo que acababa de suceder.

—Sí.

Cuarenta y cinco minutos después, fue Horacio quien me ordenó que parara. Yo estaba rebosante de energía. Casi hiperactiva. Creo que el encontronazo con Pablo me había afectado a los nervios, porque de pronto me habían entrado unas ganas locas de salir a correr.

—¿Nos hacemos unos kilómetros?

Horacio me miró alucinado.

—¿Se ha apoderado de ti el espíritu de las Olimpiadas? Aunque quisiera, sabes de sobra que no podemos alejarnos tanto de la casa.

Me quedé un poco chafada. Necesitaba que me diera el aire. Olvidar la expresión funesta de Pablo, como si me estuviera gritando que lo había traicionado. No entendía a aquel hombre.

—Si quieres, te acompaño a sacar al perro. Como siempre, diez minutos máximo. Por los alrededores y volvemos —concedió Andrea, que nos estaba escuchando desde el salón.

Me sorprendió que se ofreciera ella, pero no se me ocurrió una manera educada de decirle que no. Así que acepté. Cinco minutos después, estábamos paseando con Gucci.

—No me gusta el frío —dijo ella, rompiendo el hielo.

—A mí sí.

—Soy más de verano —respondió, como si de pronto fuésemos un par de amigas hablando del tiempo.

La miré de reojo, pero no dije nada. No entendía a qué venía aquel cambio de actitud.

—He estado pensado en lo que hablamos el otro día. Me gustaría que nos llevásemos bien —dijo, ante mi cara de estupor.

—¿Así, de repente? —pregunté, sin saber qué mosca le había picado.

—Ayer estaba un poco enfadada, pero ahora lo veo más claro. No es que te esté pidiendo que seamos amigas —replicó a la defensiva—. Simplemente digo que deberíamos llevarnos bien, eso es todo. ¿No es lo que tú querías?

—¿Cómo vamos a llevarnos bien cuando las dos sentimos algo por el mismo hombre? —le solté alucinada, sin poder contenerme.

Esa era yo, directa y sin tapujos.

Andrea me observó con los ojos abiertos como platos. Lo estaba digiriendo, supuse. Hasta que de pronto se echó a reír, doblándose por la mitad. Me la quedé mirando con cara de póker. ¿Me había perdido algo?

—¿No estarás pensando que Pablo y yo...?

Asentí con expresión airada. No me gustaba que se rieran de mí, y menos

después de haber escuchado su conversación con Pablo. Esa en la que me dejaba a la altura del betún.

—¡Pero si somos incompatibles! —exclamó, como si aquella fuese la mayor tontería que había escuchado en su vida.

La contemplé con recelo. No me lo tragaba.

—No te creo. Tenéis algo, sea lo que sea.

—No tenemos esa clase de relación —insistió, esa vez más seria.

—¿Nunca? ¿Ni siquiera alguna vez vosotros...?

—¡No! —volvió a reírse—. ¿Pablo y yo? Jamás de los jamases. Qué locura.

Ahora sí que estaba perdida del todo. No entendía nada. ¡Pero si los había oído! A ella, reclamándole que se comportara de una forma tan íntima conmigo.

—Pero... yo creía que vosotros... que te caía mal porque...

—¿Estaba celosa? —terminó mi frase—. Entre Pablo y yo jamás ha existido nada de ese tipo. Somos muy amigos, y lo que nos une no tiene nada que ver con eso. Debe ser él quien comparta contigo esa parcela de su vida. No me corresponde a mí, sobre todo cuando es tan celoso de su intimidad. Sé que he sido dura, e incluso puede que injusta contigo. Pero solo estaba preocupándome por él porque no quería que le hicieras daño.

—¿Qué yo le hiciera daño? ¿Yo? ¿En serio?

—Sí. Sé que nada de esto tiene mucho sentido para ti, pero estaba siendo sobreprotectora con él por una razón. Hasta que ayer tuve una conversación con él, y bueno... me quedaron claras algunas cosas que antes me preocupaban.

—Os escuché —admití dolida—. Si te refieres a esa agradable conversación que mantuvisteis sobre mí, me quedó bastante claro que él no siente nada por mí.

Andrea me miró con la boca abierta, y luego sonrió de medio lado.

—Escuchar detrás de la puerta está fatal.

—No me vengas con esas. En el fondo me alegro de haberlo hecho, porque ahora sé lo que piensa de mí. Imagino que os estaréis riendo a mi costa. Sea lo

que sea que tengáis vosotros —terminé con retintín.

—Pero es que no tenemos nada —repitió muy tranquila.

—Lo que tú digas —musité sin dar crédito.

—Deberías haber seguido escuchando detrás de la puerta. Está claro que te perdiste la parte más importante. Si lo hubieras hecho, te habrías sorprendido de lo que me contó. Cuando le pedí que dejara de mentirme, fue sincero de una vez por todas. En el fondo me alegro de que no lo hicieras, porque es mejor que te lo cuente él. Creo que ya va siendo hora de que seáis sinceros el uno con el otro.

Y así me quedé, más perdida que nunca. Porque Andrea no tenía nada con Pablo (si la creía), y porque según ella me había perdido la parte más importante de la conversación. ¿Y ahora qué?

Esa noche los ánimos estaban bastante caldeados, así que la cena transcurrió en silencio. Pablo se había pasado todo el día respondiendo a Horacio con monosílabos. Yo le había pagado a él con la misma moneda. Y así estábamos, sin dirigirnos la palabra los unos a los otros.

Todos nos fuimos a dormir temprano. No tenía sueño, así que me puse a cotillear Instagram. Tessa había subido una foto de su incipiente barriga. Le comenté que estaba preciosa. Luego me metí en el perfil de Tana, que acababa de subir una foto antigua con Gucci en la que había escrito: *te echo de menos*. Le di a *me gusta*, por si pillaba la indirecta.

Fui al baño antes de acostarme. Iba a cerrar la puerta cuando alguien la empujó con violencia. El corazón me dio un vuelco.

—¡Está ocupado! —le grité a Pablo, que se metió dentro de todos modos.

El cuarto de baño era demasiado pequeño para los dos, así que me apreté contra el lavabo. Me di cuenta de que solo llevaba puesta una camiseta de tirantes sin sujetador y unas braguitas. Me crucé los brazos por encima del pecho para taparme. Él iba sin camiseta, enseñando aquellos abdominales que parecían dibujados con Photoshop. Me esforcé bastante en mirarlo a la cara. Estaba cabreado.

—¿Qué demonios te pasa conmigo? —me ladró.

—Me has asustado —fingí que no lo había escuchado—. Otra vez. Y ahora, si no te importa, está ocupado.

Le hice un gesto con las manos para que se largara.

—De aquí no me muevo hasta que me digas la verdad.

Por su actitud, supe de sobra que lo decía en serio.

—Nada.

—¿Nada? —repitió con sorna—. ¿Me cambias por Horacio a la menor oportunidad?

—No seas infantil.

—Creo que me merezco una explicación —insistió con rabia.

—Lo que te mereces es un puñetazo como no salgas de aquí. Podría dártelo. Eres un gran maestro —le advertí.

No se amedrentó.

—Tendrás que echarme por la fuerza. Adelante. No pienso ir a ningún sitio.

—Qué actitud tan madura por tu parte —ironicé, y él me fulminó con la mirada

— Estás celoso porque te cambié por Horacio.

—Aquí la gran adulta eres tú, que esquivas los problemas a la menos oportunidad —no negó que estaba celoso, lo que me sorprendió bastante—.

¿Se puede saber qué tiene Horacio que no tenga yo?

—Uy, un montón de cosas —lo provoqué, y a él se le descompuso la expresión

—. Es más agradable, más hablador, me da desayunos como Dios manda...

—Podemos cambiar el desayuno, si es lo que te preocupa —respondió cabizbajo.

—Pero no podemos cambiarte a ti.

—Ahora resulta que él te gusta más que yo —dijo furioso.

—Si es así, no es asunto tuyo.

—No te gusta más que yo —dijo con una seguridad aplastante, y se acercó a mí como un lobo hambriento. Intenté retroceder, pero me golpeé contra el lavabo—. De hecho, esto lo has hecho para provocarme. ¿Y sabes qué? Que funciona. Joder. Funciona.

—Estas celoso —musité, mirándole los labios.

—Sí.

Su sinceridad me obligó a agarrarme al lavabo.

—Así que dime, ¿qué demonios te pasa conmigo? ¿Por qué lo has hecho, Nati?
—alargó un brazo y me acarició la mejilla. La piel se me puso de gallina—.
¿Querías que me volviera loco? Porque lo estás consiguiendo...

Bajó la mano hasta mis labios. El corazón me palpó deprisa. Luego enterró la mano en mi pelo y acercó su rostro al mío. Deseé con todas mis fuerzas que me besara.

—Porque te escuché hablar con Andrea —balbuceé—. Y no te permito que juegues a dos bandas, cretino.

Pablo dejó de tocarme. Se quedó anonado, asimilando lo que significaba. Entonces asintió y sonrió de medio lado.

—Conque es eso... —dijo para sí mismo, y pareció aliviado.

—¿Hay algo entre vosotros? —exigí saber.

—¿Y a ti qué más te da?

—Te juro que te mato —siseé, y lo empujé para que se apartara de mí. Apenas lo moví del sitio.

—No hay nada entre nosotros. Nada —me aseguró, mirándome a los ojos.

Respiré aliviada. Lo creía.

—¿Hasta que parte de la conversación escuchaste? ¿No te han enseñado que es de mala educación espiar conversaciones ajenas? —ronroneó, acariciándome el cuello con la boca.

Eché la cabeza hacia atrás. Me estaba volviendo loca con aquella tortura tan deliciosa.

—Hasta que dijiste que yo no te importaba, maldito idiota.

La risa de Pablo reverberó contra mi garganta. Enterré las manos en su pelo. Quería mucho más.

—Deberías haber seguido escuchando. Dije cosas mucho más interesantes...

—¿Cómo cuáles?

Pablo se separó un poco para mirarme a los ojos. Su intensidad me traspasó. Supe que no había marcha atrás. Ambos lo estábamos deseando.

—Como que me gustas. Mucho.

Y me besó. Me pilló tan desprevenida que no supe reaccionar. Cerré los ojos cuando su boca apretó la mía. Y me morí del gusto. Fue una sensación deliciosa que me acarició el estómago. Sus labios sabían a gloria. Me acarició la boca, casi pidiéndome permiso. Y cuando se lo concedí, me tomó por completo. Todo explotó cuando nuestras lenguas se encontraron.

Pablo me agarró de las caderas y me subió encima del lavabo. Jadeé excitada y él metió las manos por dentro de mi camiseta. Me agarró los pechos y yo reprimí un gemido de satisfacción. Se frotó contra mí como si fuera un animal. Le acaricié los brazos y él volvió a besarme, aquella vez con una rudeza que me desarmó.

—Necesito esto... te necesito a ti —gruñó entre beso y beso—. No puedo contenerme más.

—No te contengas —le pedí excitada.

No dejó de besarme mientras una de sus manos bajó hacia mis muslos. Separé las piernas. Metió la mano por dentro de mis braguitas y me acarició la hendidura. Me contempló fascinado cuando me retorcí de placer.

—¿Te gusta?

—Sí... no pares, por favor... —le supliqué agonizando.

Pablo me penetró con los dedos. Joder, estaba a punto de correrme. Allí, encima del lavabo. Con las manos de Pablo y la casa en silencio. Como si fuésemos un par de adolescentes demasiado cachondos como para hacerlo en la cama. Arquee la pelvis y gemí. Casi estuve a punto de gritar cuando él me arrancó las bragas y metió la cabeza entre mis muslos.

Y llamaron a la puerta.

—¿Está ocupado? —preguntó Horacio.

Los dos nos quedamos petrificados.

—Me queda un buen rato, lo siento —dije con voz temblorosa.

—¿Por qué las mujeres tardáis tanto ahí dentro? —se quejó—. Volveré en diez

minutos.

Suspiramos aliviados. Recogí mis braguitas del suelo y me las puse a toda prisa. Me daba tanta vergüenza mirar a Pablo después de lo que acababa de suceder que no lo hice. Iba a abrir la puerta cuando él me tomó de la cintura y me volvió hacia él. Me besó con pasión, como si no fuésemos a volver a vernos.

—Adiós —musité acalorada.

Salí del baño tan mareada que me costó llegar a mi habitación. Cuando lo hice, apoyé la espalda contra la puerta y comencé a reírme como una histérica.

17. Mejor imposible.

Me sonó el móvil, lo que me sacó del trance. Todavía me hervía la piel, y sabía de sobra que aquella noche sería incapaz de conciliar el sueño. Madre mía, ¡vaya con el subinspector! Qué manos, que manera de besar...

Me alegré al ver que era Tana. Leí su mensaje y sonreí. Íbamos por buen camino.

Tana: ¿te crees que voy a perdonarte porque le des “me gusta” a una foto de Instagram?

Yo: no lo sé, pero sales muy guapa.

Yo: no creo que me escribas solo para decirme eso, ¿no?

Tana: qué conste que tu mensaje del otro día me ablandó un poquito, ¡pero estás en periodo de prueba!

Yo: entendido ?? ??

Tana: ¿de verdad quieres que seamos amigas? ¿O lo dijiste solo para quedar bien?

Yo: lo dije porque lo sentía.

Tana: ok.

Tana: y ahora, ponme al tanto de tus progresos con el Señor Macizo. ¿Cómo la tiene de grande? Ja, ja, ja

Yo: acabamos de tener más que palabras en el cuarto de baño.

Tana: STOP! Qué se pare el mundo. ¿Lo dices en serio? No me lo creoooooooooooo.

Yo: sí.

Tana: pero no me dejes así, ¡entra en detalles! ¿Sabes lo aburrida que es mi vida sexual últimamente? Deja que me recree con la tuya.

Yo: resumiendo; creí que tenía algo con su compañera, pero me equivocaba. Él se puso celoso porque le pedí a Horacio que me entrenara. Y cuando estaba en el baño, entró sin llamar. Cuando quise darme cuenta nos estábamos metiendo mano.

Tana: ja, ja, ja. ¡Cochina! ¡Parece una peli porno!

Yo: nos interrumpieron, así que cada uno se fue a su habitación.

Tana: ¿en serio? Tía, tienes que ir a su habitación y rematar la faena. Seguro que el pobre se estará subiendo por las paredes.

Yo: ¡qué dices! Ni de coña. Tengo más dignidad que eso. No se repetirá, eso te lo prometo.

Tana: prometo, prometo... hasta que te la meto. ¡No seas tonta, Nati! Olvida el orgullo. Cuando un empotrador te acorrala y te baja las bragas en el cuarto de baño una no se resiste. Echa una canita al aire, y ya si eso te arrepientes mañana. ¿En serio te vas a quedar con esa calentura en el cuerpo? Porque yo no podría.

Yo: eres lo peor. No sé para qué te cuento nada.

Yo: creo que voy a acostarme. No sé cómo voy a mirarlo a la cara mañana.

Tana: ¿quién te ha visto y quien te ve? Ese hombre te gusta demasiado. No te lo habrías pensado en otro momento.

Dios mío, Tana tenía razón. Le daba tantas vueltas porque me importaba de verdad. No quería que fuese como las relaciones que había tenido antes. Mr. Gruñón me gustaba.

Yo: puede que tengas razón. Mañana te cuento.

Tana: ¡te llamaré como no lo hagas! ¡Chao! Dale besitos a Gucci.

—Tu dueña te manda besitos —le dije al perro.

El chihuahua se puso bocarriba para que le rascase la tripa.

—¿Entiendes algo de lo que te digo?

Como no entendía su idioma, lo acaricié hasta que se quedó dormido. Yo, por el contrario, no iba a conciliar el sueño. Pasaría la noche fantaseando con las manos, los besos y el cuerpo de Mr. Gruñón.

Cuando me desperté al día siguiente, Pablo ya me estaba esperando en la cocina. Recordé lo que habíamos compartido en el baño hacía pocas horas y me puse más colorada que un tomate. Él estaba de espaldas, cocinando algo que olía de maravilla.

—Buenos días —lo saludé.

—Buenos días, ¿qué tal has dormido?

Había dormido fatal, para qué engañarnos. Lo de anoche me había dado bastante en lo que pensar.

—Bien —mentí.

Me sirvió un abundante plato repleto de huevos revueltos con bacon y tostadas. También había zumo de naranja y café. Se me hizo la boca agua.

—¿Cómo? ¿Se han acabado los batidos? —pregunté impresionada.

—Es bueno hacer excepciones de vez en cuando —respondió, sentándose a mi lado. Tuve la sensación de que se refería a algo más. ¿Tal vez a nosotros?

—Tú sigue preparándome desayunos como estos, y jamás volveré a cambiar de entrenador —dije encantada.

—Dudo que lo hicieras después de lo de anoche.

Casi me atraganté de la impresión. Él comenzó a comer como si nada. Lo miré de reojo y me di cuenta de que sonreía. Era lo peor.

—No sé a qué te refieres —murmuré con inocencia—. Lo que no acaba, no se puede decir que haya existido.

—¿Intentas convencerme a mí, o a ti misma? Porque por tu cara, diría que esta noche has pensado mucho en mí.

Carraspeé incómoda. Quería avergonzarme, pero no tenía ni idea de que a mí me encantaba jugar.

—Tú sí que has pensado mucho en mí. Para cuando te atrevas a llamar a mi puerta, quiero que sepas que te estaré esperando.

A él se le oscurecieron los ojos.

—Tienes razón —respondió muy tranquilo, y se acabó el café sin apartar la mirada de mí—. He pensado mucho en ti.

Su confesión me pilló con la guardia baja y no supe qué decir. Entonces él se puso de pie, y como si no acabara de romper todos mis esquemas, añadió:

—¿Preparada para que te de caña?

Me lo quedé mirando con cara de boba. ¿De verdad me estaba pidiendo...?

—Nati, ¿vienes a entrenar o qué? —insistió, con una sonrisa socarrona.

—¡Sí!

Me levanté con torpeza. Uf, ¿por qué se lo ponía tan fácil?

El día se me pasó volando. Tras el entrenamiento con Pablo, saqué a Gucci a dar una vuelta acompañada por Horacio. Luego ayudé a Andrea a preparar el almuerzo. Nuestra relación había mejorado hasta el punto de llevarnos bien. No es que de repente fuésemos amigas, pero notaba que ella se esforzaba para que nos entendiésemos.

Cuando llegó la noche, Andrea y Horacio se quedaron charlando en el patio, y yo me apoltroné en el sofá. Estaban echando en la tele *Mejor imposible*, una de mis películas favoritas. Pablo llegó con un bol de palomitas y se sentó a mi lado. Peligrosamente cerca.

—Me encanta esta película —me dijo.

—A mí también.

—No te pega —se sorprendió—. No pareces una romántica.

—Es que no lo soy —respondí con una sonrisa. Era evidente que él me tenía calada—. No es la típica película romántica. Pero me gusta que él sea capaz de mejorar gracias al amor. Y me encanta Jack Nicholson.

—¿Qué tiene de malo el amor?

—No tiene nada de malo. Es solo que... no soy mucho de cuentos de hadas. Hace mucho tiempo que aprendí a sacarme yo sola las castañas del fuego. No necesito que nadie venga a salvarme —le expliqué, con un deje de amargura.

—¿Y qué tal un compañero? Alguien que te escuche cuando necesitas desahogarte y te tienda una mano en los momentos difíciles. Creo que tienes un concepto equivocado del amor. Lo del tipo que viene a salvarte con la capa de Superman es un mito.

Lo miré con interés.

—¿Tú has estado enamorado?

—Sí.

—¿Y qué pasó?

—Se terminó —respondió, y noté que el tema le escocía demasiado como para continuar.

Lo dejé estar. Quizá algún día se animara a contarme el resto de la historia. Pero en lugar de seguir preguntando, me acurruqué a su lado y fingí prestar atención a la película. Mr. Gruñón olía de maravilla, como siempre. Nuestras manos se rozaron y noté las cosquillas en el estómago.

Me gustaba demasiado. Ay, ¿qué me estaba pasando?

Su dedo índice comenzó a dibujar círculos sobre el dorso de mi mano. Me mordí el labio. Si tuviésemos la casa para nosotros solos, ya me habría abalanzado sobre él. Pero allí estaba, inmóvil como una pardilla. Yo siempre era de las que tomaban la iniciativa, pero con él me sentía muy perdida.

Noté que me estaba mirando y un súbito calor se apoderó de mí.

Gírate. Haz algo, me ordené.

Volví la cabeza hacia él. Nos miramos. El corazón me latió muy deprisa. Aferró mi mano y me atrajo hacia él.

—Eres preciosa.

—A mí... —*me encanta todo de ti. Te comería a besos. Estás buenísimo*—. Me gusta tu barba.

Él frunció el ceño. *¿Me gusta tu barba?* ¡Qué clase de cumplido era ese! Oh... Dios mío... ¿dónde me había dejado el cerebro? ¿Es que no era capaz de hilar dos frases coherentes si lo tenía delante?

—Uhm... —él se rascó la barbilla—. Gracias. Se lo diré a mi barbero.

Venga, Nati. Tú puedes hacerlo mucho mejor. Di lo que sea. Cualquier cosa.

Él me miró como si esperara algo más, pero mi lengua estaba atascada. Me soltó la mano y me acarició el muslo. Tragué con dificultad.

—Me gusta como te queda a ti. Nunca me han gustado los hombres con barba.

—¿No? Entonces me lo tomaré como un cumplido —dijo complacido.

—Sí, bueno... excepto cuando te comportas como Mr. Gruñón. Entonces tu barba hace juego con tu cara de mala leche —hablé atropelladamente.

A Pablo se le esfumó la sonrisa de la cara.

¿Acababa de llamarlo Mr. Gruñón? *Hola, soy Nati, la mujer más bocazas del mundo.*

—¿Me has puesto un mote? —preguntó alucinado.

—Eh... no, a ver... solo al principio, cuando me caías fatal. Pero no se lo conté a nadie.

Pablo apretó la mandíbula. No me creía.

—Bueno, a Horacio. Una vez. Fue para desquitarme, ¡pero ya nunca te llamo así! —intenté arreglarlo.

—Se te acaba de escapar —me acusó.

Se apartó de mí. Genial, ahora sí que la había fastidiado.

—¿Estás enfadado?

—¿Por qué iba a estarlo? Dímelo tú. ¿Mr. Gruñón tiene sentido del humor? —ironizó.

—No lo sé... ¿lo tiene?

Pablo puso mala cara, hasta que de repente aflojó una sonrisa. Suspiré aliviada y le golpeé el hombro. Casi me lo había tragado.

—Así que Mr. Gruñón... qué ingeniosa.

—Sabes que en el fondo he acertado.

—Conque esas tenemos... —se abalanzó sobre mí para hacerme cosquillas.

—¡Para! —le pedí, llorando de la risa—. ¡Por favor, Mr. Gruñón!

—¿Cómo me has llamado?

—Ja, ja, ja.

En algún momento de la pelea, él acabo tirado encima de mí. Los dos respirábamos con dificultad. El bulto de sus pantalones se apretó contra mi estómago. No pude más. Coloqué las manos sobre su pecho y fui a besarlo.

—¿Interrumpo algo? —bromeó Horacio, complacido por lo que estaba viendo.

Los dos nos separamos de golpe.

—No, nada —respondió Pablo, que se tensó de inmediato.

Acababa de cortarnos el rollo. Andrea no dijo nada, pero no sé si por la cara que puso le agradó lo que acababa de ver. Creo que para ella aún seguía en período de prueba.

18. Combustión, II Parte.

Fui la primera en irme a la cama. Habíamos estado a punto de besarnos, otra vez. Pero era evidente que a Pablo le importaba mucho mostrarse cariñoso conmigo delante de sus compañeros. No sé si por un excesivo alarde de profesionalidad, porque creía que ellos iban a juzgarlo o porque simplemente se mostraba tal y como era en la intimidad. El caso es que no pude soportarlo más: estar sentada a su lado, sin poder tocarlo.

Y decidí escaquearme. Así que allí estaba, con los ojos abiertos como platos. Sabía de sobra que iba a pasar otra noche más sin dormir. Por su culpa. Por culpa de Pablo.

¿Qué me estaba pasando? En cualquier otra ocasión, me lo habría quitado de la cabeza con un revolcón rápido. Luego hubiera seguido con mi vida, esa que tanto me gustaba. O esa con la que aparentaba estar encantada de la vida. Ya no lo tenía tan claro. ¿Y si en realidad me había refugiado en mi soledad para no sufrir? Tenía a Tessa y a Javi, pero no era lo mismo. Me había acomodado a saltar de cama en cama. Mi vida era mi trabajo y mis ligues de una noche. Y ahora, sin saber por qué, se me antojaba vacía.

Me hice un ovillo bajo las sábanas cuando escuché que la puerta se abría. No por miedo, pues reconocí su olor de inmediato. La presencia de Pablo llenó la habitación por completo. Una parte de mí lo había estado esperando con ansias. La otra temía ese momento porque sabía que podía cambiarlo todo.

Lo escuché caminar hacia mi cama y se me aceleró la respiración. No dijo nada. Destapó las sábanas, se tumbó a mi lado y se pegó a mí.

—Tenemos algo pendiente —susurró contra mi oído.

Él me besó la mejilla, y luego dejó un reguero de besos cortos y húmedos por todo mi cuello.

—Me refiero a lo que sucedió en ese baño, entre nosotros —continuó con voz ronca, y me agarró las manos. Las llevó hacia su pecho, animándome a que lo tocara.

Lo acaricié a tientas, casi con miedo.

—Porque desde entonces no dejo de pensar en ti —pronunció aquella

confesión con la voz temblorosa, como si le hubiera costado mucho atreverse a cruzar la puerta de mi habitación—. Y me temo que no voy a poder pegar ojo hasta que lo terminemos.

Me agarró las manos, tiró de mí y me colocó encima suya con una facilidad pasmosa. Me agarró de las caderas y me presionó contra su erección, como si quisiera demostrarme que hablaba en serio.

—Estás a tiempo de pedirme que me vaya. Tal vez deberías echarme de tu cama, porque si no lo haces, voy a ser incapaz de mantener las manos alejadas de tu cuerpo. He luchado en vano contra lo que siento, pero a menos que tú me lo pidas, voy a dejar de resistirme.

No lo dudé.

—Bésame —le pedí excitada.

Pablo no necesitó más. Encontró mi boca con una pasión desatada. Con un hambre voraz y contagioso. Nadie me había besado así. Con tanta necesidad... y a la vez ternura. Y yo le devolví el beso, dejándome llevar de una vez por todas. Rindiéndome ante aquel hombre que, para bien o para mal, me volvía loca.

—¡Ay! —se quejó—. Algo me ha mordido.

—Gucci —adiviné, y bucéé entre el mar de sábanas para encontrar a aquel granuja.

El perro comenzó a ladrar como un poseso hasta que conseguí calmarlo.

—Creo que te quiere solo para él —Pablo me lo arrebató y lo colocó en el suelo. Le tiró un cojín para que se acostase allí—. ¿Te enfría tener público?

Ahugué una risa.

—En este momento, no podría enfriarme ni una ducha de agua helada.

—Menos mal, porque no podría soportar más interrupciones —gruñó, antes de volver a besarme.

Me quitó la camiseta y fue directo a mis pechos. Su barba me hizo cosquillas en la cintura. Ahugué un gemido cuando él succionó uno de mis pezones. Me apreté contra su erección, retorciéndome de placer. La boca de Pablo devoró mis pechos. Yo metí las manos dentro de su camiseta y le acaricié el abdomen, duro como una piedra. Le arranqué la camiseta y le palpé los músculos. Él me

agarró las tetas y enterró la cabeza en el canalillo. Me froté contra él, cada vez más excitada.

Con una mano, le abrí la bragueta y lo acaricié por encima de los calzoncillos. Noté que respiraba con dificultad. Me tiró del pelo y me besó la garganta.

—No es normal lo que me haces sentir... —murmuró con voz ronca.

Me volví loca. Por sus palabras, por su manera de tocarme, por sus besos.

Con la mano enterrada en mi pelo, Pablo me obligó a arquearme hacia atrás. Fue lamiéndome, devorándome... mientras metía una mano por dentro de mis braguitas. Yo hice lo mismo. Metí la mano por dentro de sus calzoncillos y comencé a masturbarlo. Él me acarició. Al principio con el pulgar, casi torturándome. Y luego con los dedos, penetrándome hasta que me hizo gritar.

No sé durante cuánto tiempo nos tocamos, porque perdí la noción del tiempo. Pablo volvió a besarme, enredando su lengua con la mía. De repente se separó de mí y me agarró la cabeza para llevarla hacia su erección.

—Chúpamela —me pidió—. He soñado muchas veces con esto.

Me encantó que fuese tan directo.

—¿Con que me la meta en la boca?

—Sí, joder.

Me volvió loca saber que tenía tanto poder sobre él. Le bajé los calzoncillos y él terminó quitándoselos de una patada. Cuando me la metí en la boca, él soltó un gruñido y me agarró el pelo. Comenzó a mover la pelvis, penetrándome por inercia.

—Sí... justo así... —murmuró medio ido.

Chupársela a un hombre nunca me había puesto tan cachonda, así que comencé a tocarme. Cuando Pablo vio lo que hacía, fue él quien tomó la iniciativa.

—Para... no quiero terminar así —jadeó, tendiéndome en la cama.

Me bajó las braguitas y se colocó entre mis muslos. Ahogué un sollozo cuando su boca fue directa a mi sexo. Frotó la cara contra aquella parte tan vulnerable. Y luego... luego se empleó a fondo. Me dio el mejor sexo oral que había experimentado nunca. Apretó su boca contra mi clítoris, hasta que estallé de placer.

—No tengo preservativo —murmuró, mientras se acoplaba entre mis piernas—. Pídeme que pare.

—No pares, por favor...

Elevé las caderas para demostrarle lo mucho que lo necesitaba. Su polla se frotó contra mi hendidura. Los dos habíamos perdido la cabeza.

—Esto no está bien —respiró con dificultad. Se la agarró para colocarla en la entrada de mi vulva—. Somos un par de inconscientes...

—Ah...

Abrí las piernas cuando empezó a penetrarme. Me abracé a su espalda y susurré su nombre. Pablo se enterró en mí. Nos quedamos inmóviles, acostumbrándonos al otro. Disfrutando de toda esa intimidad durante algunos segundos. Hasta que él comenzó a moverse y yo a gemir.

—Voy a correrme dentro... joder...

—Hazlo —le ordené. Luego me arrepentiría, lo sabía de sobra. Pero en aquel momento, ninguno de los dos podía ser sensato.

—Nati...

Giré para ponerme yo encima. Apenas duré tres segundos. Cuando comencé a cabalgarlo, Pablo se corrió y me apretó contra él. Encontré el punto exacto. El clímax. Un orgasmo devastador que me dejó deshecha sobre su cuerpo. Y allí me quedé, mientras él respiraba con dificultad y me acariciaba la espalda.

—Dios... —Pablo se llevó las manos a la cabeza. Parecía confundido—. No sé qué me ha pasado.

Sabía de sobra a lo que se refería. A ambos se nos había ido la cabeza. No habíamos podido controlarnos.

—Ya está hecho —le resté importancia.

—Te puedo haber dejado embarazada —se preocupó—. Es culpa mía, lo siento.

—Tomo la píldora —lo tranquilicé—. Nunca como medida anticonceptiva, pero...

Pablo se volvió hacia mí. Me contempló con aquella manera tan suya de

mirarme. Y quise descifrar todos sus pensamientos.

—¿Estás bien? —preguntó con suavidad.

No estaba acostumbrada a que me hicieran esa pregunta. Generalmente, los tíos con los que me acostaba siempre preguntaban: *¿qué tal he estado?* Como si tuviera que puntuarlos para que su ego no sufriera ningún daño.

—Sí. Estoy... mejor que bien —admití.

Él se acercó a mí y me besó. Fue un beso distinto a los demás. Tierno, dulce, delicado. Uno en el que se recreó durante mucho tiempo. Me gustó que me besara después del sexo. Que compartiéramos una intimidad que nunca le había permitido a otro hombre.

Luego se tendió en la cama. Parecía exhausto, algo que me hizo bastante gracia. No me extrañaba, porque yo también lo estaba. Lo habíamos hecho como dos animales.

—Estoy desentrenado —dijo jadeando—. Llevaba demasiado tiempo sin hacer esto.

Lo miré confundida. No me lo creía. Seguro que lo decía por aparentar.

—¿En serio? —lo dudé. Se me escapó la risa floja. Pero si estaba hecho un semental—. ¿Cuánto tiempo?

—Casi cuatro años.

Se me desencajó la expresión. No podía hablar en serio. Solté una carcajada, pero él no se rio. Al principio creí que se estaba quedando conmigo, pero por su cara comprendí que estaba siendo sincero. Me apoyé sobre el codo para mirarlo a la cara.

¿Era la primera mujer con la que se acostaba en cuatro años? Guau. No supe qué pensar ni cómo sentirme.

Cuatro años. ¿Lo había escuchado bien?

—Pues para llevar tanto tiempo tampoco se te da tan mal... —dije lo primero que se me vino a la mente.

—¿Qué no se me da mal? Vaya, gracias. Menudo cumplido —respondió un tanto herido.

Me acerqué a él y lo besé en el hombro. Acababa de agujijonear su orgullo.

Cuatro años sin sexo y yo le venía con esas. Decidí ser sincera.

—Ha estado más que bien. Ha sido... increíble —admití en un susurro.

—No lo digas para que me sienta mejor —me pidió.

Ahora entendía su fogosidad, que hubiera perdido los papeles de aquella manera... todo tenía sentido. Solo quedaba un pequeño cabo suelto. ¿Por qué me había elegido a mí? Cuatro años sin sexo era una barbaridad.

—Sabes de sobra que estoy siendo sincera.

Él se volvió hacia mí. Su expresión destilaba algo nuevo para mí. Necesitaba averiguar el qué.

—Lo sé.

—¿Cómo has podido vivir tanto tiempo sin sexo? —le pregunté sin poder contenerme.

Pablo suspiró. La pregunta no le hacía ninguna gracia. En cierto modo, imaginaba lo vulnerable que debía de sentirse en aquel momento. Un hombre que llevaba tanto tiempo sin tocar a una mujer, y que de repente se desprendía de su coraza.

—No me mires como si fuese un extraterrestre.

—Puede que seas de otro planeta... —bromeé, intentando quitarle hierro al asunto—. No me digas que nunca te entran ganas...

—Ganas sí. Encontrar a una mujer con la que quisiera acostarme, no —fue franco, y me dejó sin palabras.

Esa mujer era yo. Yo. ¿Por qué?

—Por eso te he preguntado si estabas bien. Temo haber sido un maldito salvaje. Si he sido muy rudo contigo, te pido disculpas. Espero no haberte hecho sentir incómoda —se preocupó. Parecía angustiado de verdad.

Me acurruqué junto a él. De repente me resultó un hombre tremendamente triste. ¿Qué ocultaba?

—Creo que ninguno de los dos estaba preparado para esto. Y para serte sincera, los dos hemos perdido completamente los papeles. ¿Y qué? En el sexo no hay que pedir disculpas cuando se disfruta.

—Eres maravillosa, ¿lo sabías?

—Creí que no era tu tipo.

—Te mentí.

Sonreí como una boba. Creo que me estaba volviendo loca, literalmente, por aquel hombre.

—¿Mientes a menudo? —le pregunté—. Para hacerme a la idea de que tengo que andar con pies de plomo contigo.

—No. A veces, solo a las chicas que me atienden en una cafetería y ligan descaradamente conmigo.

Me ruboricé ante el recuerdo. Cómo habíamos empezados, y míranos ahora.

—Por eso tengo que decirte algo.

Lo escuché con atención, y él me miró a los ojos.

—Quiero que entiendas que lo de hoy ha sido un paso muy importante para mí. Como ya te he dicho, no soy la clase de hombre que echa una cana al aire de vez en cuando. Así que si no estamos en el mismo punto, será mejor que me lo digas ahora. No quiero hacerme ilusiones si esto no va a ninguna parte.

Me quedé sin palabras, así que él añadió:

—Me gustas, Nati. Te quiero en mi vida.

Me habría caído de no estar en la cama. Las palabras se me quedaron atascadas en la garganta. Que le gustaba. Que me quería en su vida. Las mariposas hicieron una fiesta en mi estómago. Y sin embargo, no dije nada.

Él me acarició los brazos y preguntó con dulzura:

—¿Tanto miedo te da?

—No, es solo que... —decidí ser sincera. Se lo merecía teniendo en cuenta que él lo había sido conmigo—. No estoy acostumbrada a esto. Nunca he tenido una relación seria. Al parecer somos muy diferentes.

—Lo somos, ¿y qué? —le daba igual.

—Que tienes razón, tengo miedo —admití, deshecha como un flan.

—¿Tanto miedo te da el amor?

—Sí —musité, por primera vez en mi vida—. ¿Es eso lo que empiezo a sentir por ti?

—No lo sé. Eso tendrás que decidirlo tú.

Y cuando me abracé a él, lo supe de sobra. Eso se parecía mucho a todas las películas románticas de las que tanto me burlaba. A los libros de amor que fingía no robarle a Tessa. Y a ese sentimiento del que yo llevaba toda la vida renegando. Porque puede que el príncipe azul, sin capa, tuviera más de Mr. Gruñón de lo que yo había imaginado en un principio.

19. ¡Mentiroso!

Me desperté a la mañana siguiente como si aún siguiera soñando. Todavía no me lo podía creer. Lo de anoche había sido maravilloso. Estaba... en una nube. Jamás había experimentado tanta complicidad con un hombre. Y no solo era que el sexo con Pablo fuese increíble, sino que me hacía sentir algo distinto. Cuando me había quedado dormida acurrucada en su pecho, me había sentido completa por primera vez en mi vida. No quería volver a estar sola. Y ahora sabía muy bien por qué: me había enamorado de él. Irremediablemente.

No sé cuántas veces lo hicimos, porque perdí la cuenta a la tercera. Lo que sí comprendí era que Pablo tenía un apetito insaciable. Al parecer, cuatro años de sequía daban para imaginarse un montón de posturas.

Rodé en la cama para abrazarme a él, pero me encontré su lado del colchón vacío. Vaya, ¿a dónde había ido?

Gucci me miró con resentimiento desde su cojín en el suelo.

—Lo siento, pequeñín. Tienes que entender que lo de ayer era solo para adultos.

Me vestí y bajé en dirección a la cocina, convencida de que lo encontraría allí. ¿Cómo se comportaría Pablo delante de sus compañeros? ¿Intentaría ocultarlo? ¿Actuaría con normalidad? Aún teníamos una conversación pendiente. Necesitábamos definir nuestra relación, aunque por sus palabras me había quedado claro que él quería *más*.

Igual que yo. Lo que me llevaba a la siguiente pregunta: ¿cómo podía cambiarle la vida tanto a una en un par de semanas?

Fui a abrir la puerta de la cocina, pero me detuve al escucharlo hablar por teléfono. Reconozco que lo mío con espiar conversaciones ajenas no tenía nombre, pero no pude contenerme.

—Cariño, no te pongas así... —lo oí decir.

¿Cariño? Se me activaron todas las alarmas. ¿A quién llamaba cariño?

—Estoy trabajando, pero pronto volveremos a vernos.

¿Con quién iba a verse? Se me crisparon los pelos de la nuca.

—Pues claro que te he echado de menos —le dijo, a quien fuese que estuviera hablando por teléfono—. No he parado de pensar en ti.

Vale, esto no pintaba bien. Por si las moscas, me quedé a escuchar el resto de la conversación. No quería sacar conclusiones precipitadas como la última vez, ¿no?

—¿Qué si te quiero? Te quiero con toda mi alma, princesa. Eso nunca lo dudes.

Algo se rompió en mi interior. Estaba hablando con otra mujer. Le decía que la quería. La había llamado princesa.

—Adiós, mi amor. Nos vemos pronto. Te llevaré a cenar ese sitio que tanto te gusta. Te quiero.

Mi corazón se partió en mil pedazos. No, aquello no podía estar pasando. Pablo y otra mujer. Alguien a quien amaba, a la que llamaba princesa y a la que iba a llevar a cenar a algún estúpido restaurante caro.

Corrí hacia mi habitación, incapaz de detener las lágrimas. Todo lo que me había dicho... todo lo que me había contado sobre sí mismo. Maldito fuera Pablo Picasso, ¡me había mentido! Me había creado una ilusión. Todo en él era falso. ¿Para qué? ¿Para acostarse conmigo?

Era evidente que amaba a aquella mujer. Le hablaba con complicidad y cariño. Con una dulzura con la que a mí no me había tratado nunca... excepto cuando me había besado.

Subinspector... Pablo... Mr. Gruñón. No los conocía. No conocía a ninguno de ellos.

Me quedé un buen rato sentada en la cama, haciéndome a la idea de que me había enamorado de una mentira. De un maldito impostor.

Para una vez que te enamoras... estúpida. ¡Te has lucido!

Llamaron a la puerta y me limpié las lágrimas. Intenté aparentar normalidad cuando él entró a mi habitación. Yo también podía actuar, eso desde luego.

—Hola, no sabía si estabas despierta.

—Acabo de levantarme.

Él camino hacia mí. Parecía avergonzado, quizá porque acababa de mentirle a su novia. O a su mujer. A saber quién era la desconocida de la llamada. Puede que una de muchas. Quizá ya se tenía bien aprendido el guion de hombre atormentado.

—Perdona que no te haya despertado, pero parecías tan cansada que no me atreví.

Se arrodilló a mis pies y me cogió las manos. Cuando me miró a los ojos, me devastó que interpretara tan bien su papel. El de hombre honorable. El de caballero.

¿Quién era? Por Dios, ¿quién era?

—¿Estás bien? —se preocupó.

—Sí —musité, y traté de forzar una sonrisa—. ¿Y tú?

Traté de ver un gesto, algo que lo delatara. Pero Pablo lucía renovado, como si el polvo lo hubiese llenado de energía. Eso es lo que había sido para él. Un puto polvo.

—Estoy... no sé cómo sentirme. Nati, lo de ayer fue...

—Estuvo bien.

—¿Bien? —enarcó una ceja—. Te noto rara. Si te asusté con lo que te dije ayer, bueno... no era mi intención. Entiendo tu tesitura, sé que esto es nuevo para ti. Podemos ir despacio si lo prefieres. Sabré adaptarme a ti. Quiero estar contigo.

¡Menudo cínico!

Asentí con expresión neutral. Lo único que deseaba era perderlo de vista para poder llorar tranquila. Me sentí tan decepcionada que no tenía ganas de nada.

—Oye... —me acarició la barbilla. Me dolió que, a pesar de haber descubierto la verdad, yo siguiese siendo vulnerable a sus caricias—. Tengo una buena noticia.

¿Qué eres un mentiroso de la peor calaña?

—Se acabó el programa de protección de testigos, nos largamos de aquí. Hoy mismo. Te llevo a casa.

—¿En serio? —pregunté, sin dar crédito.

—Sí, la policía ha detenido a El águila cuando intentaba cruzar la frontera. Salomón lo delató en cuanto lo trincaron. Menuda lealtad la de los criminales. Dentro de unas semanas tendrás que testificar en el juicio, pero al menos se han acabado estos días de encierro para ti.

Suspiré aliviada. Él me apretó la mano.

—Haz la maleta. Nos vamos a casa.

Pasé todo el viaje en coche en silencio, apenas interrumpido por los comentarios de Pablo. Fingí que dormía porque no podía seguirle la corriente durante más tiempo. Me moría de ganas de cantarle las cuarenta, y ahora que íbamos a separarnos para siempre, nada me lo impedía.

Cuando Pablo aparcó delante de mi portal, contemplé que Tessa, Héctor, Tana y mi hermano me estaban esperando.

—Les dije que llegabas —me contó Pablo.

Abrí la puerta del coche y Gucci saltó de mi regazo. Se fue corriendo hacia Tana, que lo recogió y comenzó a besuquearlo. Pablo y yo nos bajamos a la vez. Entre Tessa y Tana me apretujaron, y mi hermano se quedó charlando un rato con Pablo.

—Gracias por cuidar de ella —oí que le decía.

Por cuidar de mí. Puf, si él supiera con quién estaba tratando.

—Cielo, ¿estás bien? —se preocupó Tessa—. Estás pálida. Quizá hayas cogido algún virus.

Sí, un virus llamado amor. Pero como toda enfermedad, tenía su cura. Y la mía estaba a punto de llegar en cuanto pusiera a Pablo en su sitio.

—Lo estaré —le respondí—. Vuelvo en un momento.

Tana y Tessa me miraron sin entender. Fui directa a Pablo y lo agarré del brazo.

—Él y yo tenemos que hablar —le expliqué a Javi, que me lanzó una mirada interrogante.

Me alejé varios metros, para que ellos no pudieran escucharnos. Tenía los brazos en jarras y la actitud beligerante.

—¿Me vas a contar ya lo que te pasa? —preguntó cansado Pablo.

No era ningún tonto. Mi actitud le había hecho sospechar.

—Más bien, ¿qué es lo que te pasa a ti? —me tembló la voz.

Pablo me miró desconcertado. Cuando intentó acercarse a mí, puse las manos en alto.

—Me temo que tendrás que explicarme a qué te refieres.

—Deja de mentirme —le pedí, y se me quebró la voz—. Por favor.

La expresión de Pablo se endureció.

—Nati, ¿de qué estás hablando?

—¡Eres un mentiroso de mierda! —le chillé, completamente fuera de mí.

Pablo se quedó petrificado. Yo rompí a llorar, y él me observó sin dar crédito. Cuando quiso caminar hacia mí, retrocedí. Me miró dolido.

—Tranquilízate. Yo... no sé de lo que estás hablando, o lo que crees que he hecho. Pero seguro que es un malentendido. Mírame a los ojos y...

—¡No te quiero mirar a los ojos! —grité como una histérica—. ¿Para qué? Te sabes muy bien tu papel. El del pobre hombre atormentado que lleva cuatro años sufriendo. Seguro que cuando me la estabas metiendo por dentro te estabas partiendo de risa.

Pablo apretó la mandíbula. Sus ojos echaban chispas.

—Ten cuidado con lo que dices —advirtió—. No tienes ni puta idea de lo que hablas.

—¡Por supuesto que no! ¡No sé quién eres! ¿El hombre que sufre en silencio? ¿El subinspector de hielo? ¿Quién eres, eh? ¿Quién eres? —lo empujé cuando fue a tocarme—. Andrea, esa mujer con la que hablabas hace unas horas por teléfono... ¡todo son mentiras!

—Un momento, ¿te refieres a mi llamada de hace unas horas?

—¡Sí! ¡Me refiero a todo! Si querías acostarte conmigo, no tenías más que decírmelo. ¡Eres un mentiroso de mierda!

—Te estás equivocando.

—¡Acabo de abrir los ojos! —exclamé furiosa—. ¿Se lo haces a todas? Porque es un papelón. ¡Enhorabuena, me la has colado!

Comencé a aplaudirle. Pablo me miró como si no me viera. Sacudió la cabeza, atónito.

—¿Eso es lo que crees? —su voz destiló rabia—. Fui sincero contigo, joder. Abrí mi corazón como jamás lo había hecho con otra mujer. ¿Y ahora me vienes con esas? Creí que eras diferente.

—Y yo creí que merecías la pena, pero me equivocaba.

—¿Sabes qué? Gracias por abrirme los ojos —pronunció aquellas palabras con un inconfundible dolor que me hizo vacilar—. Muchísimas gracias. Me equivoqué contigo.

Se dio la vuelta, ante mi estupefacción.

—Cómo te atreves a...

—Por cierto —añadió, esa vez sin mirarme—. La mujer con la que crees que hablaba, esa supuesta amante. No existe. Hablaba con mi hija. La que te hubiera presentado si tú no acabaras de decepcionarme como ninguna persona lo ha hecho antes.

Estuve a punto de caerme. ¿Su hija? Un segundo... eso no era... ¿él tenía una hija?

—Te lo habría contado todo —añadió con pesar—. Si me hubieras dado tiempo, te habría abierto las puertas de mi corazón. De mi vida. De mi familia.

—Pablo, espe...

—Adiós, Nati.

Lo vi marchar y no logré reaccionar. Seguía asimilando aquella verdad. Dios mío, ¿qué había hecho? Cuando alguien me puso una mano en la espalda, no me di cuenta de que era Tana hasta que habló.

—¿Qué acaba de suceder? ¿Estás bien?

Negué con la cabeza mientras las lágrimas me empapan el rostro, y luego me lancé a sus brazos.

Acababa de cometer el mayor error de mi vida.

20. El juicio

Todos habían querido acompañarme para que no pasara aquel mal trago sola. Por mucho que les había explicado que lo haría detrás de una mampara, para preservar mi anonimato. Pero sabía de sobra que se preocupan por mí por una razón muy sencilla: lo mío con Pablo.

Había intentado ponerme en contacto con él varias veces, hasta que comprendí que necesitaba su espacio. La había cagado, ¿para qué engañarnos? Él no volvería a cogerme el teléfono. Y aquel día, a la única persona que echaría en falta sería a Mr. Gruñón.

Me había abierto su corazón y yo se lo había escupido a la cara. Él, que llevaba cuatro años sin acostarse con una mujer. Que estaba dispuesto a presentarme a su hija. Que había creído en lo nuestro y me había pedido que fuéramos en serio.

—Oye, puedes hacerlo —me animó mi hermano.

Todos lo sabían. Después del espectáculo que había montado, las miraditas censuradoras no se habían hecho de rogar. Tessa y Tana trataban de animarme comentando que a Pablo se le pasaría. Pero Javi había sido el más crítico conmigo.

Estábamos en la sala de espera y me llamarían de un momento a otro. No paraba de mirar de reojo con la esperanza de encontrarlo.

—Lo buscas a él —adivinó Javi.

Asentí.

—Yo tampoco habría venido si tú me hubieras tratado así.

—Gracias, Javi. Pero eso ya lo sé.

—Lo único que digo es que... —Javi me pasó un brazo por encima de los hombros—. Cuando nuestros padres murieron, los dos lo encajamos de distinta forma.

Lo miré asombrada. Nunca hablábamos del tema.

—No creo que sea el momento de...

—Tú nunca lloraste, ni mostraste debilidad. Lo aceptaste de una manera

envidiable —prosiguió ante mi atenta mirada—. Siempre he admirado tu fortaleza, hermanita. La manera en la que parecías no necesitar a nadie. Y luego, cuando la abuela murió, fuiste tú quien me consoló. Me dijiste que solo nos necesitábamos el uno al otro. Te lo creíste. Ojalá yo hubiese tenido la fuerza necesaria para decirte que no tenías razón.

—Javi, eso ya da igual...

—No, no nada igual. Aunque ese hombre apareciera por la puerta, en este instante, diciéndote que te perdona, tú volverías a cagarla. Buscarías el menor indicio para desconfiar de él y echarlo todo por la borda, ¿y sabes por qué?

Me picaron los ojos.

—Porque temes que te hagan daño. Te da tanto miedo sufrir que te dices a ti misma: *estoy bien así, me gusta estar sola*. Pero no es verdad. Los dos lo sabemos. Te da tanto miedo perder a aquellos que amas que prefieres no amar a nadie. Llevas toda la vida siendo sobreprotectora conmigo, con Tessa... joder, ¿cuándo vas a empezar a cuidar de ti misma? En el buen sentido. En el sentido de permitirte que alguien como Pablo te ame sin contemplaciones.

Inspiré con fuerza. Mi hermano nunca me había hablado con tanta claridad, pero tenía razón. Pensaba que era Pablo quien tenía una coraza para luchar contra el mundo, pero resultaba que yo tenía una armadura más pesada: yo misma.

—Así que si vuelve a darte una oportunidad, no la cagues —me guiñó un ojo—. Vaya, te están llamando.

Mi hermano me dio una palmadita en la espalda.

—Adelante, campeona —me animó.

Me quité un peso de encima cuando terminé de testificar. No sabía lo que sería de El águila, pero esperaba que pasara el mayor tiempo posible entre rejas. Aunque en aquel momento lo que más me pesaba eran las palabras de mi hermano.

No podía culpar a Pablo por no estar allí. Era lógico. No quería saber nada de mí, ¿para qué seguir castigándonos?

Así que cuando me dirigí hacia el baño de los juzgados, me sorprendió

encontrármelo apoyado en la pared. Mi expresión se iluminó al reconocerlo, pero él no dio muestras de alegría.

—Hola —lo saludé con timidez.

—Te he estado escuchando. Lo has hecho bien.

—Gracias —musité, feliz de volver a verlo—. Creí que no vendrías.

—Tenía que cerciorarme de que todo iba bien —se encogió de hombros.

Lo dijo como si tal cosa, pero sabía de sobra que estaba allí por una sola razón: yo. Le preocupaba, aunque tratara de enmascararlo. Aquello me dio un halito de esperanza.

—Lo siento muchísimo.

Él se tensó.

—No hace falta. Lo pasado, pasado está.

—Pero... es que creo que aún tenemos una conversación pendiente.

—No es cierto, Nati —su seguridad fue tan aplastante que me derrumbó—. Me alegro de volver a verte. Ojalá que todo te vaya bien.

Me tendió la mano y entendí que quería que se la estrechase. ¿Ya está? ¿Así acababa nuestra historia?

—Te estaré esperando —le dije, y él se quedó bastante sorprendido—. Por si algún día quieres hablar o...

—Eso no va a pasar, lo lamento.

—Puede que tengas razón, pero tengo la impresión de que tú me echas de menos tanto como yo a ti —me envalentoné, decidida a ganarme a pulso esa oportunidad—. Sabes mi teléfono. Llámame, Pablo.

Le apreté la mano, y me recorrió aquella corriente de electricidad que siempre me dejaba atontada. Fue él quien cortó el apretón.

—Adiós, Nati.

Me quedé compungida viéndolo marchar. No sabía si era un *hasta siempre*.

21. Adiós.

A El Águila le cayeron los suficientes años como para que yo no tuviera que vivir más con miedo. Esa fue la última vez que hablé con Pablo. Aunque hablar, lo que se dice hablar...

Él me envió un escueto mensaje que decía: *Le ha caído la pena máxima. Espero que todo te vaya bien. Saludos, Pablo.*

Hacía casi un mes que no sabía nada de él. Pero seguía teniendo una pizca de esperanza. Me decía a mí misma que el haberlo visto en los juzgados significaba algo, al igual que su mensaje. No tenía por qué hacerlo. Pero si se preocupaba de que me fuera bien, significaba que algo seguía sintiendo, ¿no?

No las tenía todas conmigo. Sabía de sobra que Mr. Gruñón podía llegar a ser muy orgulloso. En eso, desde luego, nos parecíamos bastante.

Las palabras de mi hermano, por otra parte, me habían calado hasta el fondo. Seguía pensando en lo que me había dicho.

“Temes que te hagan daño. Te da tanto miedo sufrir que te dices a ti misma: *estoy bien así, me gusta estar sola.* Pero no es verdad. Los dos lo sabemos. Te da tanto miedo perder a aquellos que amas que prefieres no amar a nadie”.

Javi tenía razón. Joder, y tanto que la tenía. La muerte de mis padres me había convertido en alguien que huía del amor para no volver a sufrir. Y luego nuestra abuela, el último vínculo que nos quedaba con ellos... a los veinte me había quedado tan sola que me había refugiado en esa soledad. Me daba miedo perder a quienes quería porque me aterrorizaba volver a pasar por lo mismo. Javi, Tessa, Héctor, Tana... apenas tenía personas en mi vida a las que amaba de verdad.

Sabía que tenía que hacerlo. Necesitaba reconciliarme con mi pasado para pasar página. Para que si Pablo y yo volvíamos a tener una oportunidad, no fuesen mis medios los que la pifiaran. Así que allí estaba, delante de la tumba de mis padres. Deposité el ramo de flores sobre la lápida y contuve la respiración. Jamás había vuelto a pisar aquel lugar después de su entierro.

—Bueno... hace mucho tiempo que no hablamos —dije, con la esperanza de que ellos me estuvieran escuchando—. Sé que debería haber venido antes,

pero tú solías decir que soy bastante cabezota. Joder, mamá... cuánto te he echado de menos.

Rompí a llorar y me derrumbé. Estuve un buen rato reconciliándome con mis propios sentimientos, aceptándolos de una vez por todas.

—Os he necesitado. Muchísimo. Durante toda mi vida —inspiré. Dolía, pero a la vez era catártico—. Me hice la fuerte, pero no ha servido de nada. Finalmente, el amor me ha encontrado. Y vaya que si lo ha hecho. Me he enamorado perdidamente de un hombre al que apenas conozco. De alguien que hace que me tiemblen las piernas, que se me erice todo el vello de la piel... y que convierte mi mundo tranquilo en un caos cuando me besa.

Por alguna razón, estuve convencida de que ellos me estaban escuchando. Me sentí mejor.

—Ojalá pudiera presentároslo. Estoy segura de que os gustaría.

Me agaché para acariciar la lápida. Una corriente de aire, el olor a azahar de mi madre... me envolvió. Fue una sensación acogedora que me llenó de paz.

—Javi y yo cuidamos el uno del otro. Si lo vierais... el pobre se cree el más listo de los dos, pero anda un poco perdido. Supongo que pensaba que Tessa y él acabarían juntos. Pero no os preocupéis, seguiré cuidando de él.

Me puse de pie y sonreí.

—Os quiero muchísimo. Os he echado de menos —me despedí de ellos—. Donde quiera que estéis, seguid velando por nosotros.

Y así, después de tantos años, me reconcilié con mi dolor. Quedé en paz con mi pasado, pero sobre todo conmigo misma. Si Pablo llamaba, ahora estaba preparada para él.

22. Mi celestina es un chihuahua

Supe que algo iba mal cuando Tana regresó a casa sola y completamente blanca. La miré extrañada porque sabía que había ido a dar un paseo con Gucci. Se quedó temblando en el umbral de la puerta, así que fui a su encuentro.

—¿Qué ha pasado? ¿Te encuentra bien? —me preocupé—. ¿Y el perro?

—No lo sé —susurró muerta de miedo—. Estábamos jugando en ese parque de perros. Apareció uno muy grande, Gucci se asustó y... salió corriendo.

—Vale, tranquila —le dije, a pesar de que era yo quien empezaba a ponerse nerviosa—. Lo encontraremos, vamos.

—Tú no lo entiendes —musitó angustiada, y comenzó a llorar—. Llevo casi una hora buscándolo.

No me dejé amedrentar por el miedo. Gucci no se podía perder. Era un perrito adorable. Íbamos a volver a verlo.

—Lo encontraremos —le aseguré, y fui corriendo hacia la puerta de Tessa. Necesitábamos ayuda.

—Es culpa mía, ¡por haberlo dejado suelto! —comenzó a berrear Tana—. ¿Y si lo he perdido para siempre? Sé lo que hacen con los chihuahuas. Los explotan para sacarles dinero...

Cuando Tessa y Héctor abrieron la puerta, les expliqué atropelladamente la situación. Salimos de inmediato a buscar al perro. Nos repartimos las zonas más cercanas con la esperanza de que no hubiera ido muy lejos. Preguntamos a la gente, a los comerciantes... por si lo habían visto. Pero era como si se lo hubiera tragado la tierra. Y entonces sí que me asusté.

Tres horas después, habíamos empapelado toda la ciudad con un anuncio en el que se ofrecía una recompensa si nos devolvían al perro. Tana estaba convencida de que alguien se lo había llevado. Yo empezaba a temer que ella estuviera en lo cierto, porque Gucci era un perro muy inteligente. De haberse perdido, ya habría vuelto a casa. Se sabía el camino y adoraba a su dueña.

Estaba pegando un cartel en una farola cuando recibí un mensaje de Pablo.

Pablo: dime que el Gucci del anuncio no es nuestro Gucci.

Yo: me temo que sí. A Tana se le escapó.

Pablo: voy a dejar algunos carteles en la comisaría, si no te importa.

Yo: toda ayuda es bien recibida, ¡gracias!

Pablo: luego me daré una vuelta por algunos sitios y haré varias preguntas. Te mantendré informada.

Observé complacida la pantalla. Pablo era un hombre maravilloso.

Yo: de acuerdo. Seguimos en contacto, ¡gracias!

Pablo: ??

No me despegué del teléfono en todo el día. Cuando llegué a casa, era casi de noche y Tana estaba que se subía por las paredes. No quise decirle que Pablo nos estaba ayudando para no crearle falsas ilusiones, pero tenía la esperanza de que él lo encontraría. No sabía por qué, pero confiaba en Pablo para resolver la situación.

—Me quiero morir —Tana estaba tirada en el sofá en plan dramático mientras que Tessa, Héctor y Javi intentaban consolarla en vano—. ¿Qué voy a hacer sin mi bebé? Es el único que me quiere.

—No digas eso, mema —la contradije.

Ella hizo un puchero.

—Mi pobre perrito. ¿Sabéis lo cotizados que están los chihuahuas? Puede que algún desalmado lo haya cogido. Gucci es muy sensible, ya lo sabéis. Se morirá de tristeza si no vuelve conmigo.

Tessa y yo nos miramos sin saber qué hacer. Para Tana, su perro era su mejor amigo. Lo llevaba a todas partes con ella y le hablaba como si fuera una persona. Incluso yo me había encariñado con aquella ratita de ojos saltones.

Cuando me sonó el móvil, descolgué el teléfono y me alejé de allí. Era Pablo.

—Dime que tienes buenas noticias —le supliqué.

—Lo he encontrado.

—¿En serio? —comencé a saltar de alegría—. ¿Dónde está?

—Lo tengo en casa. No puedo llevároslo porque tengo a la niña en casa, pero dile a Tana que venga a buscarlo.

—Oh, a Tana —respondí decepcionada—. Claro, se va a poner muy contenta. No quería verme ni en pintura. Pues ya está, tenía que asimilarlo.

—Gracias, de verdad. Un millón de gracias.

—No hay de qué. Te mando la ubicación por Whatsapp.

Cuando colgué el teléfono, me dirigí hacia el salón, donde Tana seguía llorando a moco tendido.

—¿Alguna noticia? —preguntó esperanzada.

—La mejor noticia del mundo. Pablo ha encontrado a Gucci. Lo tiene en su casa.

Tana gritó tan fuerte que estuvo a punto de perforarme los tímpanos. Saltó del sofá y se abrazó a mí como un mono.

—¡Oh, Dios mío! ¡Gracias Señor, muchísimas gracias! —exclamó, mirando al techo—. Te prometo que cumpliré mi palabra.

—¿Qué has prometido? —aluciné, y me partí de risa.

—Nada, cosas mías —volvió a abrazarme—. ¡Mi pequeñín va a volver con su mami! Ay, ¡estoy que no quepo en mí de la felicidad!

Todos sonreímos. A veces se producían los milagros. Entonces, Tana dejó de dar saltitos y me miró muy seria.

—Un segundo, ¿qué Pablo? ¿Tu Pablo? ¿El subinspector macizo? —se emocionó.

—El mismo. Me envió un mensaje en cuanto vio los carteles. No sé cómo lo habrá hecho, pero lo ha encontrado.

—Madre mía, ese hombre vale oro. Lo que me lleva a la siguiente conclusión... —dijo, y soltó una carcajada—. ¡Mi chihuahua es una celestina! Si es que ya sabía yo que el talento de Gucci estaba desaprovechado...

—No te sigo.

—¡Nati! —me zarandeó Tana, y volvió a reírse—. Es una señal del destino. Como esas películas de amor que tanto me gustan. ¿Hola? ¡Tienes que ir tú a

por él!

—¿Yo? No...

—¿A qué estás esperando? —insistió.

Todos me miraron esperanzados. Temí desilusionarlos, pero Pablo había sido bastante claro.

—Él no quiere verme.

—¿En serio? Te ha llamado a ti —me contradijo, como si yo no me enterara de nada—. Te está lanzando una indirecta, cielo.

—Pues claro que me ha llamado a mí. Tiene mi teléfono.

Tana puso los ojos en blanco.

—También tiene el mío, cabeza de chorlito. Se lo di en la comisaría. A el pobre le preocupaba tanto que te metieras en un lío que me pidió que lo avisara si hacías una locura.

Parpadeé confundida. ¿Qué?

—¿No crees que si de verdad quisiera que fuera yo a por Gucci, me habría llamado a mí? —insistió.

Todos asintieron al unísono. Comencé a ilusionarme. Puede que tuviera razón, ¿y si...?

Un segundo, ¿qué le había dicho yo cuando nos despedimos en el juzgado?

Sabes mi teléfono. Lláname.

¡Pablo me estaba lanzando una indirecta!

—Adelante. Ve a buscar a ese hombre y dile de una vez lo que sientes por él —me animó Tana.

Asentí, pero mis pies no se movieron del suelo.

—¡Oh, mueve el culo de una puñetera vez! —me ordenó Héctor, y todos lo miraron asombrados. Él se encogió de hombros—. ¿Qué? Ahora me he convertido en un romántico.

Solté una carcajada y corrí todo lo deprisa que pude. Tenía que reconquistar al amor de mi vida.

Una niña de unos cinco años me abrió la puerta. Iba en pijama y llevaba dos coletas. Me miró de arriba abajo, evaluándome. Me hizo bastante gracia porque era un clon de su padre. La hija de Pablo.

—Buenas noches, ¿cree que son horas de llamar a una casa? —me soltó, sin una pizca de vergüenza.

Me la quedé mirando con expresión divertida. Menudo elemento.

—Lucía, ¿quién es? —escuché la voz de Pablo desde dentro.

—Una mujer muy guapa —respondió su hija. Luego entornó los ojos y me miró en plan cómplice—. ¿Eres la novia de mi papá? El pobre está muy solito.

Me aguanté la risa. Madre mía, aquella niña era oro puro.

—Está por verse —le guiñé un ojo.

Ella sonrió entusiasmada. Tenía las dos paletas melladas.

—En casa hace falta otra mujer, ¡yo no puedo con él! —exclamó la muy teatrera.

Me partí de risa. No sabía a quién había salido, pero no se parecía nada a su padre. En aquel momento, Pablo venía andando sin camiseta por el pasillo. Se me hizo la boca agua al mirarlo. Ay... qué bueno estaba.

La niña se inclinó hacia mí y susurro en plan cómplice.

—¿A que está fuerte? Le gusta ir sin camiseta por casa. Se cree muy guapo...

Ahugué una carcajada cuando Pablo se acercó a nosotras.

—Lucía, ¿no estarás molestando a la señorita?

—Papi, ¿es tu novia? A mí me gusta. ¿Nos la quedamos? —preguntó ilusionada.

Pablo me miró con cara de circunstancia.

—Eso tendrá que decidirlo ella, ¿no? Anda, vete a la cama.

¿Cómo que tendría que decidirlo yo? ¿Quería decir que...?

—¡Di que sí, por fa! —me suplicó la niña—. A Papa le hace falta una novia. Y yo soy muy buena, ¿a qué sí, papi?

Su padre la miró con adoración.

—A ratos, princesa. Y ahora, deja que hablen los mayores. Nati, pasa —me

invitó, apartándose de la puerta.

—Nati... —murmuró la niña, y de repente le arreó a su padre una patada—. Papi, ¡se llama como la mujer con la que sueñas a veces!

A Pablo se le descompuso la expresión. Lo miré asombrada. ¿Decía mi nombre en sueños?

—Muchas gracias, tesoro —ironizó él.

Ella me dedicó una sonrisa traviesa. La muy bribona lo había hecho aposta.

—¡Me voy a jugar con Gucci! —dijo, corriendo por el pasillo—. Gucci y Nati me gustan, papi. Ojalá se queden a vivir para siempre con nosotros.

—Los conoces de hace unos minutos —la contradijo él, y tuve ganas de golpearlo.

—Me fio de mi instinto —respondió ella, y se volvió hacia mí—. ¿Me llevas al parque de atracciones?

—Si tu padre me deja, por supuesto —le prometí.

La niña sonrió de oreja a oreja.

—Me gusta Nati, papi —dijo, antes de desaparecer por una puerta.

Él me miró de reojo.

—Ya te la has ganado —me acusó—. Eso es jugar con ventaja.

—La niña tiene buen gusto. Y es un bombón.

—Tiene cinco años y siempre se sale con la suya. No sé qué haré con ella cuando sea más mayor —dijo, con un tono reluciente de orgullo. Luego se puso serio y me miró a los ojos—. ¿Qué haces aquí?

—Tu quieres que esté aquí —le dije convencida.

Cuando sus ojos se fundieron con los míos, me puse algo nerviosa.

—Me has hecho daño.

—Lo sé —me mordí el labio—. Pero... creo que me echas tanto de menos como yo a ti.

—¿Eso crees?

Inspiré. Iba a jugármelo todo a una carta.

—Sí.

Él no dijo nada. Tenía tantas ganas de tocarlo, de besarlo, que...

—¿Te puedo contar una historia?

Me miró intrigado.

—Adelante.

Me retorcí las manos con nerviosismo. Allá iba.

—Va sobre una niña que perdió a sus padres cuando era demasiado pequeña. Creció con su hermano y su abuela porque apenas tenían familia —él me escuchó atentamente, así que proseguí—. Cuando sus padres murieron, su mundo seguro y feliz cambió por completo. Decidió hacerse la fuerte para que dejaran de preguntarle qué tal estaba. Creció haciéndose la dura, fingiendo que no necesitaba que nadie cuidara de ella. Luego, a los veinte años, perdió a su abuela, la mujer que la había criado. Ella se había acomodado a su vida. A su trabajo, a sus amigos, y a los hombres que iban y venían. No quería cambiar porque la aterrorizaba volver a perder a alguien. Hasta que te conocí.

Pablo acertó la distancia que nos separaba y me cogió las manos. Sonreí con tristeza.

—No es que no creyera en el amor, sino que nunca encontró al hombre indicado. Y cuando lo hizo, tenía tanto miedo que buscó motivos para huir. Lo siento mucho, Pablo.

—¿Y ese hombre soy yo? —preguntó con ternura.

—No, tu vecino. Eres tonto, subinspector.

Los dos nos echamos a reír.

—Quiero otra oportunidad. Quiero ese nosotros que me prometiste. Y me da igual ir despacio, deprisa... o cómo sea. Porque te quiero en mi vida, Pablo.

—Pero si no sabes nada de mí... —se temió—. Tengo una hija.

—Me gusta tu hija.

Pablo se inclinó sobre mi rostro y me acarició las mejillas.

—Tú también le gustas a ella. Nos gustas a los dos —admitió, con voz ronca.

Sonreí como una boba.

—Quiero saberlo todo de ti —le pedí.

Pablo asintió con pesar. Era evidente que le dolía hablar del tema, pero iba a hacerlo por mí. Me arrastró con él hacia el sofá y nos sentamos muy juntos.

—La madre de Lucía, mi mujer, murió poco después de que ella naciera. Fue un golpe muy duro para mí. De repente, me vi completamente solo con una hija recién nacida.

Lo escuché impresionada. Jamás me lo habría imaginado.

—Me costó asimilarlo. Es cierto que conté con la ayuda de personas que se interesaron por mí —señaló un cuadro que había sobre el mueble de la tele. Andrea y Lucía salían abrazadas mirando a la cámara—. Andrea es mi cuñada, la hermana de la madre de Lucía.

Me tapé el rostro con las manos, avergonzada.

—Nunca te haces del todo a la idea, y en mi caso me preguntaba: ¿por qué el mundo es tan injusto? Lidio con criminales todos los días... éramos una familia feliz, ¿sabes? Así que me hice una promesa; jamás volvería a dejar a ninguna mujer entrar en mi vida. Nunca, a no ser que me enamorase de verdad. Lo hice para protegernos a Lucía y a mí. Ella se ha criado sin madre. La pobre está deseando que su papi se eche una novia.

—Cuatro años es mucho tiempo —musité, apenada por él. Imaginaba lo mal que lo había pasado y lo solo que debía haberse sentido.

—Nunca hubo nadie que me hechizara —murmuró, mirándome a los ojos con un amor que me traspasó—. Hasta que te conocí.

—Al parecer no sé leer las señales... —dije consternada.

—Es más culpa mía que tuya. Como ya te dije, estaba bastante desentrenado. Resulta que conozco a una mujer encantadora en una cafetería, y soy tan bruto que no sé comportarme.

—¿Te gusté? Aquel día... creí que te había horrorizado.

—Tú nunca podrías horrorizarme, Nati.

Una sensación cálida se apoderó de mí. Cada vez estábamos más pegados.

—Me encandilaste, pero no supe reaccionar. De repente, siento un flechazo en una cafetería. Todo lo que llevo tanto tiempo esperando, justo delante de mis

narices. No sé qué me paso, supongo que me asusté. Creí que me estabas tomando el pelo —admitió avergonzado—. Cuando volví a verte en la comisaría, yo solo buscaba una oportunidad. Pero era evidente que tú estabas muy cabreada por cómo te había tratado, y yo no supe cómo arreglarlo. Entre los dos pusimos de nuestra parte para empeorar la situación.

—Sí, así es.

—Y luego... en casa de aquel amigo tuyo. No tienes ni idea de cómo me sentí. Me imaginé que estabais juntos. Para una mujer que me gustaba, y resultaba que estaba con otro hombre.

—No hay nada entre nosotros —le aseguré.

—Lo sé, pero no lo sabía en ese momento. Para entonces ya estaba muy cabreado contigo, pero sobre todo conmigo mismo. Siempre que intentaba acercarme a ti, uno de los dos metía la pata. Para colmo, llegué a pensar que te estaba empezando a gustar Horacio —se sinceró, bastante abochornado.

—Siempre fuiste tú —musité, y me pegué a él.

Pablo me sostuvo el rostro y me miró con un amor profundo y sincero que me devastó.

—Ahora lo sé. Como ya te dije una vez, voy a mi ritmo —bromeó.

—Eres lento —le dije, acariciándole la boca con la mía—. Pero te quiero.

Él me sentó a horcajadas encima suya.

—¿Significa eso que me perdonas? —pregunté ilusionada.

—En mi corazón, te perdoné en cuanto creí que no volveríamos a vernos.

Me abracé a él.

—Lo quiero todo contigo —murmuró, buscando mi boca—. Y si tú estás de acuerdo, no me separaré de ti nunca. Llevo demasiado tiempo solo.

—Me parece bien —musité con una sonrisa.

—Y por si no te ha quedado claro, te quiero con toda mi alma, Nati. No sé qué has hecho conmigo, pero me tienes embrujado. Estoy loco por ti.

—Y susurras mi nombre por las noches —le recordé.

Él no lo negó. Fui a besar a mi príncipe. A mi Superman sin capa. A ese

hombre que amaba con todas mis fuerzas. Entonces, una bola de pelo saltó encima del sofá y se interpuso entre nosotros. Cogí a Gucci en brazos.

—No es apto para todos los públicos —le dije al perro, y lo estrujé con cariño. Antes de bajarlo al suelo, le susurré al oído—: gracias, pequeñín.

—¿Acabas de darle las gracias al perro? —preguntó asombrado Pablo.

—No estaría aquí de no ser por él.

—¡Lo sabía, papi! ¡Se va a quedar a vivir con nosotros, yujuuuuuu! —gritó entusiasmada la niña.

Los dos nos reímos.

—Bésame, Mr. Gruñón —le ordené.

Pablo enarcó una ceja.

—¿Cómo me has llamado? Te vas a enterar.

Y me besó. Me besó como tanto me gustaba. Con cariño, con devoción, con ternura. Poniendo puntos suspensivos a una historia que acababa de comenzar. Porque como todos los cuentos de hadas, lo mejor estaba por llegar.

23. Epílogo

Lucía era una de esas sorpresas que a veces te regala la vida. Apenas llevábamos tres meses juntos, pero sabía de sobra que lo mío con la niña había sido amor a primera vista. Pablo solía bromear con que se sentía un poco celoso.

—¿Y si nos comemos un helado? —sugirió él.

La niña puso cara de aburrimento y tiró de mi mano en dirección a las sillas voladoras.

—Jo, papi, eres un muermo —se quejó.

Me encogí de hombros.

—Gana la mayoría —le dije.

—No es justo. Dos mujeres contra un pobre hombre, ¿qué va a ser de mí?

—Papi, no seas gruñón —lo regañó la niña.

—¿Cómo me has llamado, listilla?

—Mr. Gruñón —se partió de risa ella—. Me lo ha enseñado Nati. ¡Te pega muchísimo!

Me aguanté la risa. Pablo puso cara de pocos amigos.

—Muchas gracias, cariño. Acabas de bautizarme —dijo, y me atrajo hacia él para besarme.

—A mí me gusta —musité, y le devolví el beso.

—¡Vamos Nati! —me pidió la niña, y echó a correr hacia la atracción.

Allí estábamos, en el parque de atracciones. Apenas me había costado trabajo meterme a la pequeña en el bolsillo. Los adoraba a los dos.

—Lo siento, Mr. Gruñón. Me reclaman.

—Me quedaré con las mochilas —se hizo la víctima.

No obstante, su sonrisa se ensanchó en cuanto lo saludamos desde la atracción. Mr. Gruñón, Lucía y la mujer que no creía en el amor. Qué trío más extraño. Y sin embargo, la vida nunca me había sabido tan dulce.

NOTA DE LA AUTORA

No soy muy amiga de las redes sociales (no tengo twitter, Instagram, página de fb... en definitiva, ¡qué soy un bicho raro!), pero si te ha gustado este libro o quieres enviarme un mensaje, puedes escribirme al siguiente email: beccadevereuxautora@gmail.com ¡te responderé lo antes posible! Además, te avisaré de las próximas publicaciones.

Si es la primera vez que lees algo mío, puedes encontrar la historia de Tessa y Héctor en Amazon: “Querido plan b”. Si ya la has leído y te has quedado con ganas de más, me complace anunciarte que muy pronto estará disponible la historia de Tana.

Espero que esta historia te haya hecho pasar un rato muy agradable.

¡No olvides dejar tu opinión en Amazon! Gracias por leerme.

